

ALICIA  
CAMERON

*Delfina*

Y EL  
ARREGLO PELIGROSO

# Delfina y el Arreglo Peligroso

Escrito por

Alicia Cameron

Traducción al español realizada por Jennifer Yaeggy.

# Dedicatoria

Para Alan, mi mejor amigo, asistente profesional sin sueldo, y amor, con mucho cariño.

# Capítulo 1

Tomando en cuenta de que la casa no había recibido visitas durante muchos años, a excepción del anciano Sr. Rigby-Blythe, y adicionando el hecho de que se acababa de convertir en huérfana, la casa de Delfina Delacroix parecía estar desproporcionadamente llena de familiares, especialmente tías. Seguramente había un número igual de tíos, pero ya que ellos estaban congregados en una esquina del salón, tomando vino y conversando, lo peor que podía decir de ellos era que impedían el flujo de calor que emanaba de la enorme chimenea. Sus tías, sin embargo, revoloteaban a su alrededor como jejenes, al punto de seguirla a su recámara y opinar acerca de todo, desde su vestido hasta su pelo. El murmullo de sus voces hablando una encima de la otra hacía imposible que Delfina pudiera entender una sola palabra. Eran las hermanas de su mamá, que no era decir mucho. Ninguna de las hermanas se parecía, y menos a Delfina. El pelo de su mamá había sido color café, mientras que una tía era blanca con el pelo rubio debajo de su turbante y otra era morena y de pelo oscuro. La tercera hermana era gordita, a diferencia de las demás, y su pelo era rojo como las hojas de un árbol en otoño.

El grupo la siguió a la planta baja, rodeándola mientras entraba al salón principal, donde estaban congregados sus parientes varones que hasta hace poco conoció, además de una cantidad de desconocidos que sus tías habían invitado al funeral. Éstos últimos no podían contener su curiosidad, mirando y observando los cuartos y la decoración de la casa más grande del condado, a la cual nunca habían sido invitados. También era evidente su curiosidad por Delfina, la jovencita que solo habían podido observar a la distancia pero con quien nunca pudieron entablar conversación mientras viajaba al pueblo en el carruaje con su mamá para ir de compras en las tiendas más a la moda.

Ella tenía veintidós años, y ahora estaba sola en el mundo, a pesar de la aglomeración de desconocidos invadiendo su hogar. El Sr. Rigby-Blythe era su único conocido, y lo miró a los ojos al entrar al salón. Ella sospechaba que él era el responsable de la presencia de ese enjambre invasor. Él estaba vestido con el mismo traje negro descolorido que siempre usaba, y se veía tan viejo y decrepito que daba la impresión de que en cualquier momento podía dar su último respiro. Solamente sus ojos mostraban la chispa de vida que seguía ardiendo en su interior. En esta ocasión, brillaban tal como solía hacer durante los pocos minutos que normalmente le eran permitidos a Delfina estar con él antes de que tratara asuntos legales con su mamá.

Lo siguiente era leer el testamento, por supuesto. La casa Delacroix era una mansión grande, construida durante el período de la Reina Anne, y era el orgullo de su mamá. Muchos de sus características arquitectónicas se le habían explicado, al igual que la vida de su tatarabuelo, quién la construyó. Ella sabía que descendía de un linaje largo y e ilustre que había recibido muchos favores y honores de la realeza, incluyendo un título de la nobleza, el cual se perdió por falta de un heredero varón. Era una espina en el corazón de su papá, según le había informado su mamá con frecuencia, que Delfina no nació varón, tanto que no soportaba mirarla. La muerte de su padre tres años después de que ella naciera hacía que las palabras no le calaran tanto, ya que ella no se acordaba de él. Pero la persistente mención del tema le indicó que esa espina también había perforado el corazón de su mamá. Sin embargo mucho de lo que ella hacía lastimaba a su mamá. —Me harías el favor, Delfina, de.... Sentarse recta. Modular el tono de voz. No correr. No expresar sus opiniones. Comer lo que se había preparado. Mantener pulcros sus vestidos. No

hablar con los sirvientes. Usar la ropa indicada. Leer lo que su mamá decía. Nunca entrar al cuarto de su mamá.

Delfina llevaba puesto un vestido que su mamá mandó a hacer específicamente para esta ocasión, una vez que el doctor le confirmó que la tuberculosis acabaría con su vida. Estaba confeccionado con seda brocada de la mejor calidad, sobre un fondo de satín negro pesado. La falda fácilmente era el doble de ancho de cualquier otra dama presente, quienes portaban vestidos de seda o muselina con cintura alta y faldas que se conformaban más al cuerpo. Su tía Eloísa en particular, a pesar de sus 55 años, llevaba un vestido tan efímero que casi era escandaloso. Tenía un turbante de seda sobre su pelo rubio y una pluma (teñida de negro, obviamente). Delfina pensó que su tía estaba loca. Su propio vestido seguramente costó mucho más que el de su tía, y la mujer seguramente se estaba congelando en la antigua mansión.

Delfina paseó por el cuarto, saludando a las personas con un movimiento de la cabeza, mucho más de lo que se le hubiera permitido hacer en presencia de su mamá. Una mujer con un vestido gris vaporoso se acercó a saludarla, tendiéndole la mano, diciendo —Querida, cuánto lamento...

Delfina se detuvo y miró a la mano extendida de la señora. No sabía qué hacer. Nunca nadie había osado tratarla de una manera tan familiar en toda su vida. Una de sus tías, la amable tía Sibila, contestó: —Señorita Beauford, tan amable de su parte habernos acompañado hoy—, y estrechó la mano de la pobre dama.

La señorita Beauford miró a Delfina con una expresión que ella nunca había visto, pero que temía podía ser lástima. Luego sonrió un poco y se alejó.

Que una mujer así sintiera lástima de Delfina la dejó tiesa de la vergüenza, pero reaccionó lo suficiente como para preguntarle a su tía—, Beauford, ¿no era ese el apellido de mi mamá?

—Por supuesto, querida. Beauford es el apellido de mi papá, que descanse en paz. Todas fuimos Señorita Beauford en algún momento. Phoebe Beauford es una prima segunda o tercera tuya. ¿Tu mamá no te lo dijo cuando las presentaron?

—Nunca la había visto antes de hoy.

Su tía Sibila se le quedó mirando fijamente. —Pero ella es un pariente. Vive en el pueblo. —Delfina no le contestó—. Tal vez tu mamá pensó que ella y su hermana tratarían de aprovecharse de la generosidad de sus parientes más acaudalados...

Su tía la acompañó para que hablara con otro grupo de personas originarias del pueblo, ninguno de los cuáles intentaron saludarla de la misma manera, sino que se limitaron a reverencias breves, las cuales Delfina correspondió con mayor brevedad.

\*\*\*

Lady Margarita Pelleter, la más abrupta de sus tías, con cejas tan oscuras como su carácter, y un vestido al estilo Diane, observaba a Delfina desde el otro lado del salón. —Es muy severa. Es tan fría como Emilia.

—No sé si tú, pero yo creo que le debemos dar una oportunidad —contestó Lady Eloísa Carswell, dueña del vestido escandaloso y grandes ojos azules que expresaban su carácter cariñoso—. Solamente ha tenido un ejemplo a seguir durante toda su vida. No me gusta hablar mal de los difuntos, pero Emilia era...

—Sí. Debemos hacer todo lo posible para que salga adelante. Pero si realmente es como Emilia...

—¡Exactamente!

\*\*\*

Después de que se marcharon los dolientes y que se leyera el testamento, Delfina tuvo que aguantar la plática durante la cena antes de poder escapar a su cuarto. Estaba pasmada. Además del martirio del día por tener que interactuar con más personas de las que había conocido en toda su vida previa, acababa de enterarse que era extremadamente adinerada.

Ella había pensado que la decisión de su mamá de no salir y participar en actividades sociales se debía a un ingreso limitado. Comían poco y mantenían encendidos pocas chimeneas. Su ropa era el único lujo que permitía su mamá, y Delfina pensó que era solo para mantener las apariencias ante las demás personas del pueblo y los sirvientes, y que las demás frugalidades eran necesarias para mantener la ilusión. Pero era totalmente falso. La finca Delacroix era la más grande y exitosa del condado. Su papá fue dueño de varias propiedades esparcidas en toda Inglaterra, incluyendo varios edificios y casas en Londres. Tenía invertido dinero en muchas cosas, y al parecer, podía pagar el rescate de un rey.

Su mucama, Susana, una mujer cuarentona con la cara marcada por líneas de amargura, le ayudó a desvestirse esa noche sin decir palabra, pero hizo el comentario antes de salir del cuarto —Su dinero atraerá las ratas de alcantarilla de Londres. Lady Delacroix me dijo eso antes de morir. —Las arrugas alrededor de su boca se hicieron más intensas con la mueca de disgusto. Ella había sido la esclava devota de su mamá, y su espía también.

Delfina casi nunca hablaba con la señora que le había servido durante tantos años, pero ahora le contestó. —No necesita preocuparse por lo que suceda en Londres, Susana.

—¿No irá entonces? —preguntó la mujer, sorprendida, y contenta, pensó la chica.

—Sí, si iré —contestó Delfina— a principio de la temporada. Pero usted no me acompañará.

Susana parpadeó, luego salió del cuarto con una expresión que hubiera agriado un vaso de leche.

El dinero, pensó Delfina, ya mostraba sus beneficios.

\*\*\*

—¿Adinerada?

—¡Hasta decir ya no!

—Qué maravillosamente vulgar eres, Hildegart. ¿Cómo puede ser que nadie lo sepa? Si no podemos confiar en los chismosos, ¿de qué sirve?

—Vivían en el campo con su mamá. Religiosas.

—Como lo somos todos. ¿Joven, entonces?

—Casi la deja el tren. Veintidós, me parece.

—Pasó la juventud y el color se fue de las mejillas. Pero la vida nos enseña que siempre hay penas por sobrellevar.

—El viejo Midas dice que tiene más dinero que él.

—Entonces supongo que podemos perdonarle su rostro.

—¿Su rostro?

—El rostro que impidió que su mamá la presentara a la sociedad.

—Foggy la vio. No está desfigurada, hasta donde pudo observarla. Solo que se viste de manera anticuada. Se ve raro, dice él.

—Bueno, Foggy tampoco se viste a la moda, así que no podemos darle mucho peso a su opinión. Espero que no piense empezar con una moda nueva, justo cuando la sociedad ha adoptado este ensueño de clasicismo. Sería de muy mal gusto que una jovencita rica intentara cambiar las

cosas. Tendría que cortarme el pelo. Pero una huérfana con montañas de dinero y sin defecto físico alguno es un premio inesperado.

—Bueno, en cuanto a eso, tiene varias tías maternas.

—Siempre es así. ¿Quiénes son?

—Lady Carswell, la mamá de Foggy, por supuesto. La Sra. Lynfield y Lady Mags Pelleter.

—¡Dios mío! Mejor enfrentarse al Duque.

—Wellington tal vez sería un mejor adversario que Lady Mags. En fin, creo que veré que sucede durante el baile de los Castlereigh, que es cuando se rumora que hará su primera aparición.

—Entonces supongo que yo tendré que hacer lo mismo. Los acreedores en este momento están clamando por mí. Qué aburrido. ¿Crees que debería usar una peluca, para ganarme su favor?

—Sí. Suena raro. Su peinado era altísimo, como en los retratos de los abuelos, dice Foggy.

\*\*\*

Delfina Delacroix estaba sentada en el sillón dorado claro de su tía Sibila que le hacía juego a otros tres iguales, además de varias sillas, en el salón secundario en la casa de Russel Square. La Sra. Sibila Lynfield era la más adinerada de sus hermanas, ya que felizmente no logró casarse con un aristócrata sin dinero como sus hermanas. El Sr. Lynfield era apuesto y tenía dinero, y estaba completamente enamorado de su entretenida y regordeta esposa. Ya en sus cincuenta, su vestido de muselina bordada de color verde oscuro complementaba el tono rojo de su pelo. Su pelo lo tenía corto, de acuerdo con la moda más reciente, adornado con una banda de seda del mismo color del vestido.

El vestido de su sobrina estaba confeccionado con seda brocada color azul oscuro, que podría ser usado para tapizar varias sillas, y su pelo café (a pesar de las instrucciones rigurosas dadas por la señora de la casa a la mucama que la atendió) estaba apilado sobre su cabeza en bucles y espirales con un listón plisado adornándolo. Era sorprendente que no usaba polvo y lunar falso. Estaba sentada completamente quieta y recta en la silla y no se movía. Sus facciones eran regulares, y su rostro tenía forma triangular. Sus grandes ojos color turquesa podrían haber sido el punto focal y su mejor rasgo, pero eran tan cerrados y fríos como los de su mamá.

Tengo a la chica soltera más acaudalada de toda Inglaterra en mi sala, pensó la Sra. Lynfield, aunque no le ha servido de nada.

Las tres hermanas decidieron que Sibila, quien no tenía hijas, sería la encargada de cuidar a Delfina y presentarla a la sociedad luego que terminara el período estricto de luto. Resolvieron rescatarla de la casa Delacroix, donde vivió toda su vida cual ave en jaula de oro, hablando únicamente con los sirvientes, y sin tener permitido las visitas. La Sra. Lynfield le había escrito hace cinco años a su hermana, ofreciéndole presentar a la niña a la sociedad, pero nunca recibió respuesta.

La Sra. Sibila Lynfield fue escogida para cuidar de la chica, ya que era obvio que las hijas solteras de sus hermanas (Christiana Carswell y Lady Roberta Pelleter, afortunadamente también muy atractivas) quedarían a la sombra de la atención prestada a la Señorita Delacroix por su fortuna. La Sra. Lynfield, que solamente tenía un hijo que estaba fuera del país, estuvo de acuerdo.

El Sr. Lynfield, en contraste con su tono suave usual, tomó a Delfina por los hombros la noche anterior y le dijo: —Eres muy bienvenida aquí —cosa que la sorprendió, y más aun cuándo se le acercó para darle un beso en la mejilla. Los ojos de Delfina se abrieron tan grande como platos, y sintió tanta sorpresa como si le hubiera pegado una bofetada.

Cuando Lord Peregrine, Pinky para sus amigos, que también estaba allí con la familia para

darle la bienvenida, intentó articular sus sentimientos, Delfina casi brincó de la sorpresa. Era cierto que el rostro grande y poco atractivo del Lord ya grande acercándose a uno repentinamente era algo desconcertante, pero tenía las mejores intenciones. Totalmente el opuesto al carismático Sr. Lynfield, Lord Peregrine era más tosco y un poco pasado de peso, y dependía de su afable esposa. Eloísa, la más cariñosa de las hermanas, aceptó casarse con el joven durante su primera temporada, precisamente porque siempre se atragantaba de la vergüenza cuando intentaba hablarles a las damas de su edad. Su corazón compasivo buscó la manera para que él se sintiera más cómodo, y eventualmente él le propuso matrimonio, aunque Eloísa tuvo que llenar varios vacíos en su propuesta con su imaginación. Ella lo aceptó.

Lord Carswell se limitó a darle unas palmadas en el brazo a Delfina a manera de bienvenida, lo que causó que la chica lo mirara como si fuera un lunático escapado de un asilo. Eso era injusto, pensó Sibila. Él no estaba loco, simplemente era un poco tonto.

Parecía que todo lo necesario para presentar a su sobrina a la sociedad era llevarla con la mejor costurera de la ciudad y actualizar su guardarropa anticuado, arreglar su pelo, y cuidar que no tropezara con los cazafortunas mientras buscaba un partido adecuado. Pero su sobrina resultó ser más problemática de lo previsto. A todas las sugerencias en cuanto a la moda actual, Delfina preguntó: —¿Es necesario? —a lo que su tía contestó que pensaba que sería algo bonito para ella. Delfina contestó que no.

—¡Pues lo sería para mí! —exclamó exasperada su tía. —Realmente no puedes ser vista en Londres cual esperpento. —Delfina pestañeó rápidamente, y el corazón amable de su tía se sintió envuelto en arrepentimiento. —No me refería a ti, mi niña, tan solo a tu ropa.

—Mi mamá importó esta tela de Italia a un enorme costo, y lo confeccionó una costurera en el pueblo quien trabajó en las tiendas más lujosas de Londres. —Escuchó que su tía murmuró — ¡Hace treinta años! —pero lo ignoró—. Supongo que el costo de mi vestido es mayor que el del suyo.

—Seguramente sí —contestó Sibila Lynfield con sarcasmo—, y si fueras un cojín o una silla o algo parecido, diría que estás vestida con mucha elegancia. Pero como eres una joven dama que va a debutar en la sociedad, vestirás con algo adecuado.

Se vieron a los ojos, y los ojos fríos de Delfina se sorprendieron al ver el fuego en los ojos de su tía. Estuvieron así durante un minuto, tal vez, y luego Delfina se levantó tranquilamente y contestó —Lo consideraré —antes de salir del salón.

Su tía se dejó caer sobre una silla y miró hacia arriba a la figura alta y anciana de su mayordomo, quien se permitió mirar a su ama a los ojos por un segundo. —¡No sé qué hacer con ella, Fiennes! —exclamó.

—Tiene mucho espíritu —murmuró el mayordomo, tosiendo.

—¿Así lo llamamos ahora? Se parece a Emilia... —empezó, hablando de su recién difunta hermana, pero se detuvo. Fiennes conocía a todas sus hermanas, habiendo trabajado para su padre, pero no era algo que podía discutir con él. Nuevamente sus ojos se encontraron, y ella no tuvo que terminar la frase con “por lo testaruda” para que él lo entendiera.

\*\*\*

El Sr. Rigby-Blythe hizo pasar a la joven con velo a su oficina, pensando que el velo era redundante, ya que el vestido tan fuera de moda, ahora una capa de terciopelo morado sobre una cantidad enorme de seda color lila, suficiente como para hacer tres vestidos según la moda en día, delataba la identidad de la dama.

—Señorita Delacroix, un placer.

—Señor Rigby-Blythe, al fin podemos conversar.

La acompañó a que se sentara enfrente de su enorme escritorio de caoba, y sus ojos brillaron. —Nuestras conversaciones clandestinas en la casa Delacroix serían escandalosas, si no fuera porque ya soy un anciano.

Delfina sonrió, la primera sonrisa que él había visto que ella diera. —Creo que si me hubiese propuesto matrimonio, señor, hubiese aceptado la oferta.

—¡Qué lástima que no tenía un caballo con la fuerza para llevarnos hasta Gretna Green!

—Sí, creo que Trusty nos hubiera dejado tirados antes de llegar a Speltham —contestó con un poco de tristeza, mencionando el pueblo a treinta kilómetros de su hogar.

—Bueno, no sirve pensar en lo que pudo ser, querida niña. ¿En qué te puedo servir? Tu tío Lynfield me comentó que debo consultarlo a él en cuanto a todo lo que te concierna.

Delfina hizo una mueca de disgusto. —¿Y qué le respondió?

—Hice lo que haría cualquier abogado, querida. Solamente sonreí. Si el Sr. Lynfield quiso interpretarlo como que yo estaba de acuerdo, él estaba en toda su potestad de hacerlo.

—Yo sabía, señor, que tener una relación más estrecha con usted iba a ser una alegría para mí. Ahora que podemos hablar, me gustaría disfrutar de la ocasión. ¿Podría darme un poco de té?

Con un gesto teatral, el Sr. Rigby-Blythe jaló un cordel que hizo sonar una campana.

Mientras tomaban el té, Delfina se enteró de muchos detalles que ella desconocía sobre su fortuna. Sería completamente de ella al cumplir los veinticinco años, aunque existía la suposición que, antes de cumplir esa edad, ella tendría un esposo quien se encargaría de manejar el dinero. Su tío materno, el Sr. Juan Beauford, quien vivía en París, era el ejecutor con la ayuda del Sr. Rigby-Blythe en Londres. Todas las cuentas serían enviadas al Sr. Beauford, pero de todas maneras le había asignado una buena suma mensual para cubrir sus gastos cotidianos. Él, como todo hombre, no entendería el interés de su sobrina por los temas financieros de su herencia, ya que él sabía que los cerebros de las mujeres no tenían la capacidad para entender ese tipo de asunto.

—Pueda tener otros gastos además de la ropa que mis tías insisten que necesito. ¿Puedo contar con su ayuda para saldarlos?

El Sr. Rigby-Blythe la miró con sus ojos reumáticos pero alegres. —Creo —dijo él—, que serás una jovencita muy a la moda. Y por ende, eso saldrá muy caro.

—Yo no lo creo.

—Si hay demasiados gastos —sugirió de manera práctica—, más de los que se consideraría normal, pueda que se pierda uno que otro entre el montón.

—¿Entonces debo acceder a ir con la modista?

—Sí, considero que sí, y con el que confecciona abrigos, y el sombrerero. Y pueda que quieras tener tus propios caballos y rentar un establo. Muchas jovencitas de sociedad tienen sus propios caballos y carruajes para salir a pasear al parque y que las admiren.

—No deseo que me admiren —respondió Delfina sin emoción.

El Sr. Rigby-Blythe tomó un sorbo de su té. —Entonces sería mejor que no usaras la ropa que tu mamá te ordenó. Pueda ser que sean de la mejor calidad, pero están tan fuera de moda que te convierten en un hazmerreír.

Delfina ya se había dado cuenta de eso, viendo cómo las personas que pasaba en la calle la señalaban y luego hablaban de ella. La resistencia que tenía a comprar ropa nueva se desvaneció como una burbuja. Ella estaba en contra simplemente porque quería escapar otra versión del control que le había impuesto su mamá. Pero cuando su único aliado verdadero hizo el mismo comentario que sus tías, al fin accedió. Por lo menos ya no sería un espectáculo. —¿Y los

caballos? —preguntó.

—Son el tipo de gasto que tu tío Juan aprobaría sin duda. Él quiere que te hagas notar para que puedas conseguir un esposo y liberarlo de la carga de tus finanzas. Es más de lo que él pensó manejar en su vida.

—¿Me podría enseñar a manejar yo misma mis finanzas?

Él la miró especulativo por un momento. —Es un trabajo un poco tedioso para una dama, pero si es tu deseo, lo haré—. Suspiró. —Querida niña, no creo que te sea de utilidad. Tu fortuna será manejada por tu esposo, quien quiera que sea, y probablemente antes del final de la temporada. Eso no lo dudo.

Ella siguió como si no lo hubiera escuchado, y le dijo: —Mi tía visita a sus hermanas los jueves en la tarde, a menos que tenga invitación para algo más. Les gusta hablar de mí, así que sería muy conveniente que pudiera venir a su oficina esos días, usando el pretexto de ir a la biblioteca.

—Nunca hubiera imaginado que las tretas te fueran tan fáciles, querida.

—Anteriormente nunca tuve la necesidad. —Vio cómo los ojos del Sr. Rigby-Blythe se mojaban un poco más con su broma, y agregó —Mis tías son mucho más simpáticas que mi mamá, señor, en sus distintas maneras de ser. Pero tengo el temor de encontrarme atrapada en una situación peor a la que ya viví. El matrimonio es la respuesta de ellas a todo, pero no creo que deba confiarles mi futuro tan a la ligera.

—Quisiera poder aconsejarte, querida niña, pero el mundo de la alta sociedad no es mi fuerte. Tengo algunos clientes, oigo algunos rumores, pero dudo que sea suficiente para evitar un mal matrimonio.

—¡Ah! Sí entiende. Siempre creí que así sería. Aunque hablamos poco, siempre vi un mundo de entendimiento en sus ojos.

—Y yo en los tuyos. Tu mamá era una mujer difícil de llevar. No me imagino tu vida con ella.

Los ojos de Delfina se tornaron serios. —Ella no me quería, pero nunca dejó que me apegara a otra persona. Más de una vez despidió a algún sirviente por mostrarme aunque sea el más mínimo afecto, incluyendo a mi nana. Me gustaría que usted la buscara, señor, para cerciorarme que se le hubiera indemnizado satisfactoriamente.

El abogado tomó su pluma y le preguntó unos detalles, escribiendo la poca información que le pudo brindar su cliente. —Empezaré a investigar el asunto inmediatamente. Puede ser que su dirección haya quedado registrada en alguna nota dentro de los papeles de tu mamá que no he revisado todavía.

—Antes de venir a Londres, visité a la Señorita Beauford, una prima lejana, según tengo entendido. Ella estaba muy agradecida que mi mamá le haya permitido a ella y su ya fallecida hermana vivir en la casita donde reside. Mi tía Eloísa me llevó antes de que partiéramos de Delacroix, y hasta ella se sorprendió del estado de la casa. Tiene fugas y la pared está manchada de agua y humedad, y la pobre criatura que allí vive tan orgullosa de los platos de cerámica fina de su mamá y sus manteles blancos. ¿Cómo pudo permitir mi mamá que la casa estuviera en esas condiciones? Quiero que se repare lo más pronto posible.

—Tengo entendido que tengo la autoridad para hacerle el mantenimiento necesario a la casa Delacroix y todas sus propiedades, sin tener que recurrir a la autorización de tu tío. Mandaré a hacer las reparaciones necesarias —pausó un segundo antes de continuar— ¿puedo proponerte algo, Señorita Delacroix?

Ella asintió con un movimiento de su cabeza, sentada en la silla con la espalda erguida y sin moverse.

—Mientras se realizan las reparaciones en la casa, ¿por qué no invitas a la Señorita Beauford a pasar un tiempo en Londres como tu acompañante? Tengo el presentimiento de que con la compañía de la Señorita Beauford tus tías estarían más dispuestas a darte un poquito de más libertad, y ellas estarían menos preocupadas.

—Es una buena idea, señor, pero aunque me sentí mal por su condición, tengo que decir que me pareció más frívola que mis tías.

El señor Rigby-Blythe soltó una carcajada. —Su honestidad es muy refrescante, querida. Pero yo conozco a Phoebe Beauford desde que era joven, y aunque no es exactamente un genio, sé que tiene dos cualidades que la convierten el tipo de compañera que necesitas. Es extremadamente leal y obediente.

Ella también se rio, un sonido poco usual pero del todo encantador. —Me ha convencido, señor. En cuanto tenga el permiso de mi tía Sibila, le escribiré para invitarla. —Delfina se levantó y el abogado también. Ella se puso los guantes y dijo: —Adiós, señor. Con gusto esperaré nuestra próxima reunión.

El Sr. Rigby-Blythe movió su cabeza de lado a lado después de que su cliente partió. Durante largo tiempo él había deseado poder ayudarla porque la hermosa mansión donde vivía con su frígida mamá no era el mejor lugar para una jovencita. Se le permitía salir al jardín y al pueblo, éste último solamente en compañía de su mamá. Él creía que la mamá lo hacía solo por el espectáculo, para presumir de la heredera de la casa más grande del condado. El egoísmo de la mamá era algo que casi llegaba a ser una aflicción psicológica.

Él y la joven habían intercambiado pocas palabras y algunas miradas significantivas a través de los años, y él veía en ella un buen sentido del humor y un espíritu desesperado por escapar. Su determinación por hacer las cosas era novedosa para él. Esperaba que no se le entregara al primer pretendiente con una sonrisa encantadora y las primeras palabras halagadoras que recibiría en su vida. Pero, aun así, después de la vida que vivió con su mamá, ¿cómo no iba a ser persuadida por cualquier muestra de afecto? «Mantente firme, joven dama, contra la labia y los corazones negros del Bello Mundo» pensó el decrepito abogado.

## Capítulo 2

Sibila Lynfield le mandó cartas a sus hermanas inmediatamente después del cambio de parecer de su sobrina, después de quejarse nuevamente que Delfina no tenía nada a la moda que ponerse para el baile de los Castlereigh. Ese era el evento social donde lanzarían a Delfina como un nuevo miembro de la alta sociedad, misma que ya hablaba de ella y estaba impaciente por conocer a la joven dama más codiciada de Londres.

—No puedo llevarte usando un vestido como yo lo hubiera usado hace veinticinco años cuando a mí me presentaron —dijo por enésima vez.

Su esposo arqueó las cejas. La entrada de su esposa a la sociedad fue algo más de veinticinco años atrás. Él se recordaba muy bien. La Sra. Lynfield frunció su ceño. No era momento para que su esposo recordara aniversarios.

—Está bien —contestó su sobrina plácidamente mientras continuaba comiendo su salmón a la crema.

—¿De veras? —preguntó su tía—. ¡Querida, qué bien! — exclamó. Se paró como para correr a abrazarla, pero la mirada fría y la ceja levantada de su sobrina la detuvieron. No importaba. No dejaría que diera marcha atrás. Ella y sus hermanas tomarían la batuta y le renovarían el guardarropa en un instante.

Sonrió y se volvió a sentar, planeando las actividades del día siguiente en su mente. Miró nuevamente a su sobrina y se dio cuenta de un brillo alrededor de su cara que no había notado anteriormente.

—¿Qué es eso que tienes en el pelo?

Delfina levantó su mano y tocó su sien. —¿Se ve el color? Necesito lavármelo nuevamente, pero no sé cómo mi sirvienta hacía el tinte. Se me había olvidado.

—¿De qué color es tu pelo?

—Rubio, como el de mi papá. Era demasiado para Mamá. Decía que le recordaba lo que perdió al morir Papá, así que me lo empezó a teñir a los siete años.

\*\*\*

*No pensé que nada que Emilia hiciera me pudiera sorprender, escribió la Sra. Lynfield en la carta a su hermana Eloísa, Lady Carswell. La chica tiene el pelo casi plateado como su papá. Yo pensé que se había oscurecido naturalmente con la edad, pero Emilia mandó que se lo tiñera un color café sin vida para que no le recordara de lo que perdió, según le dijo a Delfina. Pero yo creo que fue para impedir que su hija fuera su rival en cuanto a su apariencia. Pobre niña. Aún es fría, pero a pesar de todo, me estoy encariñando con ella.*

\*\*\*

Además de sus tres tías, Delfina se encontró rodeada por otras mujeres. Estaba parada, temblando, vestida solamente con su ropa interior, mientras un gran número de mujeres la movían de un lado a otro. Su pelo causó sensación. Todavía estaba húmedo y colgaba libremente hasta debajo de su cintura. Sus tías y varias de las sirvientas lo habían inspeccionado más de cerca, cautivadas por el color.

—Es hermoso, querida. Aparte de tu papá, nunca había visto este tono en mi vida —comentó su tía Margarita.

—¡Es cómo un ángel! —exclamó su tía Eloísa.

Delfina se observó en el espejo después de que la solución astringente se la había aplicado varias veces, cada vez quitando más del tinte café. Ella no estaba segura de que fuera hermoso. Se veía raro después de tantos años de tenerlo café. Admitió que ahora el color de sus ojos encajaba mejor, pero aparte de eso, no tenía idea por qué hacían tanto escándalo. Afortunadamente sus cejas y pestañas eran oscuras, si no hubiese parecido un fantasma.

Estaba ejerciendo mucha paciencia. Suponía que la habían tocado más durante la última media hora que en los seis meses anteriores en la casa Delacroix. Era casi doloroso, y el deseo de retraerse ante cada contacto era casi abrumador, pero ella era demasiado disciplinada como para mostrar esa debilidad.

Ahora las mujeres pasaban cintas medidoras alrededor de su cuerpo y discutían telas y estilos como si ella no estuviera presente.

—Tomé la libertad de traer unos vestidos... —dijo Madame Godot, una modista francesa, indicando la pila de ropa sobre la cama.

—No, no —dijo tía Margarita, Lady Pelleter. —Ella no puede usar ropa así. Debe vestir con creaciones únicas, elaboradas exclusivamente para ella.

—Necesita algo para ponerse ahora, Mags—, contestó tía Sibila. —No podemos ir ni con el sombrerero sin que tenga algo decente.

Y así fue cómo Madame Godot les sacó ventaja a las otras modistas presentes. Levantó un vestido de muselina con rosas sobre un fondo amarillo, «à la jeune fille» según Madame.

El nivel de ruido a su alrededor subió nuevamente mientras sus tías discutían el color y el estilo del vestido.

—No —dijo Delfina. Todos quedaron congelados. Ella no había dicho una sola palabra previo a ese instante. —El amarillo no va conmigo. —Se acercó a la pila de vestidos sobre la cama. —No el vestido crema, pero sí el blanco —dijo, dejando caer el vestido color crema al piso, de donde una sirvienta lo rescató. —El color lavanda, pero no olivo. —Nuevamente cayó un vestido al suelo. —No estoy segura del azul. —Lo levantó contra su cuerpo y miró a sus acompañantes inmóviles.

—¡Tiene toda la razón! —exclamó Madame Godot, recuperándose de la sorpresa. —El azul sí, pero no los colores cálidos con ese pelo tan hermoso.

El enjambre volvió a entrar en acción, y telas apropiadas para ropa tanto de día como de noche la cubrieron. Casi no podía distinguir las palabras de una persona o la otra.

Le cortaron el pelo un poco sobre su frente, y con planchas calientes le hicieron rizos alrededor de su cara. Su pelo largo fue peinado al estilo clásico, que era tan popular. Finalmente, le pusieron un vestido de muselina azul pálido con cientos de diminutos moños alrededor del ruedo de la falda, encima del corsé más corto y diáfano que había usado en su vida, y ¡listo!

Su imagen en el espejo era completamente extraña para ella, y preguntó —¿Cómo es que uno no se congela al usar un vestido así?

Su tía Eloísa puso encima de los hombros de Delfina la elegante chalina que ella tenía puesta. El semicírculo de ojos detrás de ella se mostró satisfecho con el atuendo.

—¡Creo que no la dejarán en paz! —dijo su tía Eloísa.

—Sin duda los hombres, buenos partidos o no, caerán rendidos ante sus pies —comentó cínicamente Lady Pelleter. —Tendremos que ser precavidas.

Delfina conocía a Lord Pelleter. No tenía mucha confianza en las decisiones de su tía.

Tendría que considerar el problema ella misma, en el caso no muy certero de tener una presentación a la sociedad exitosa. Había llegado a su límite. —¿Podría estar a solas ahora? —preguntó en un tono frío.

—No, querida, *Monsieur* René, el instructor de baile, llega dentro de 15 minutos. Y la pobre Señorita Beauford está en el salón, esperándote. Y esta tarde, ya que tienes un vestido decente, podemos salir a buscar telas para tus otros vestidos.

—¿Tendremos que hacer todo eso hoy?

—Sí, por supuesto. Todas mis hermanas se quedarán para almorzar.

—Está bien —suspiró Delfina, arrepintiéndose de haberle hecho caso al Sr. Rigby-Blythe.

\*\*\*

—¿El baile de los Castlereigh! Hoy veremos a la Señorita Delacroix con uno de sus divertidos vestidos. Lady Scott me contó que la vio usando una capa de terciopelo de cinco metros de ancho un día mientras caminaba en la calle.

—¿No! ¿En serio?

—Absolutamente. Era demasiado opulento hasta para ir a la ópera.

—Pues ya no tardará tanto. —El anfitrión hizo un brindis. —¿A todos nosotros, los solteros desesperados que nos persiguen los acreedores, que el mejor sea el vencedor!

Los cuatro caballeros rieron y brindaron con él. Uno de ellos preguntó —¿Por qué las que tienen dinero tienen que ser las excéntricas?

—Es el precio que debemos pagar, mi cínico amigo, por una vida de abundancia y placer.

\*\*\*

Delfina, aún con el vestido azul pálido puesto, entró en el salón donde la esperaba la tímida señorita Beauford. Quería terminar esta conversación lo más rápido posible. La señorita Beauford se levantó, pero por la expresión que tenía, era obvio que no reconoció a Delfina.

Ella extendió su mano en esta ocasión, una costumbre que temía tendría que adoptar. —Delfina Delacroix —dijo para ayudar a la otra mujer.

La señorita Beauford hizo una reverencia rápida, y comentó —Usted... ¿Señorita Delacroix? Pero su pelo es...

—Diferente, bello —dijo con la voz cansada —así me han dicho. —Observó de cerca a la señorita Beauford. Su vestido era color gris y de corte sencillo, y de lana. No se podía ocultar el tipo de material, al igual que las manchas de lodo alrededor del ruedo (el precio a pagar por viajar del campo a la ciudad) y el hecho que ya empezaba a verse gastado en ciertos puntos. Las botas estaban en aún peor estado. —No, eso no servirá.

Caminó a la puerta, y llamó al mayordomo. —¿Fiennes! —Este apareció como un genio a su lado. —¿Ya se fueron las costureras?

—Me parece que aún están empacando sus cosas, señorita Delacroix.

—Diles que vengan. —Giró para ver a la señorita Beauford, quien tenía las mejillas ruborizadas.

—Le aseguro, señorita Delacroix, que no es necesario que me compre un vestido...

—¿Se le explicó que está aquí como mi dama de compañía? —interrumpió Delfina —¿y usted accedió?

—Oh, sí. Estoy más que feliz y dispuesta a serlo. ¡Un viaje a Londres! No tiene idea de lo especial que...

—¿Entonces quiere que me vea mal? ¿Me acompañará a los bailes vestida así? —Delfina gesticuló con sus manos hacia el vestido de lana.

Tía Sibila entró. —¿Por qué necesitas a las costureras, Delfina? *Monsieur* René se está preparando en la salita del lado... —Giró hacia la señorita y sonrió. —Hola nuevamente, señorita Beauford. Qué bueno verla otra vez. —Su tía bajó la voz un poco cuando le habló de nuevo a su sobrina. —¿Y qué es lo que escuché cuándo entré? Las damas de compañía generalmente no van a las fiestas. Para eso estamos tus tías.

Delfina arqueó las cejas y miró por encima del hombro de su tía hacia la pequeña mujer, quien se sentía muy incómoda por la situación en la que estaba. —¿Tiene algo en contra de bailar, señorita Beauford?

—Pues, no. Era una de mis cosas favoritas cuando era más joven. Pero no he...

—No importa. Ella irá conmigo —le dijo a su tía en tono firme —a todas las fiestas.

El mayordomo abrió la puerta para que entraran las cuatro costureras.

—Bueno, señoras. Tenemos quince minutos, yo creo, para planificar el guardarropa de la señorita Beauford para la temporada. Ella irá conmigo a donde yo iré, así que todo lo que yo necesito, ella también lo necesitará. Esa cantidad increíble de diferentes atuendos que me han persuadido de que son necesarios, supongo que también lo serán para ella.

Las costureras, entusiasmadas, entraron y rodearon a la pobre señorita Beauford.

—¿Cuáles son sus colores favoritos? —preguntó Delfina por encima de la plática de las otras mujeres.

—Generalmente uso café y a veces gris —contestó, no queriendo admitir que solamente poseía dos vestidos.

—Muy bien. Algo de verde entonces, y tal vez bronce para las noches—, dijo Delfina, especulando. —Y tendremos que ir donde el zapatero, y realmente no podemos salir y que la vean con eso. —Apuntó con un dedo el triste sombrero que la señorita Beauford dejó sobre el sillón. —Iremos con el sombrerero también.

Tía Sibila, quien estuvo congelada de la sorpresa hasta ese momento, objetó —Pero, Delfina, el costo... —Su sobrina la ignoró y caminó hacia la puerta.

—Iré con *Monsieur* René, y puede buscarnos allí señorita... creo que le diré señorita Phoebe, y usted me puede decir Delfina. En todo caso, al parecer ya empezó con el baile, así que cuando hayan terminado, búsqume en la salita al lado para la lección.

Salió del cuarto, y su tía exclamó —¡Pero Delfina! —La Señora Lynfield luego giró para hablarle a las costureras. —No más de dos de cada vestido —dijo, mordiéndose el labio y observando a la señorita Beauford. —Aunque tiene razón. Que sean tres de cada uno, y nada muy vistoso —advirtió a las modistas. Miró a la señorita Beauford de manera compasiva. —Estoy segura de que estarás de acuerdo.

—Sí, por supuesto —dijo la señorita.

—Entonces, Señora, para ver si entendí —dijo la eficiente y ambiciosa *Madame* Godot. —Necesitamos tres de cada uno de vestidos para la mañana, vestidos para salir a caminar, para salir en el carruaje, vestidos para la noche y probablemente tres capas. ¿Y vestidos para montar?

—¿Tiene? —preguntó la Sra. Lynfield a la Señorita Beauford. Ella movió la cabeza para decir que sí. —Entonces solamente dos para montar.

—¿Vestidos de gala o para salir por las tardes? —preguntó otra costurera.

—Supongo que sí.

—¿Será eso suficiente? —preguntó *Madame* Godot

La Sra. Lynfield estaba ansiosa por seguir a su sobrina antes de que sucediera otro incidente,

así que contestó mientras caminaba a la puerta. —Oh, supongo que tiene razón, *Madame Godot*. Cuatro de cada uno. —Hizo un gesto con su mano y salió del salón.

Regresó para asomar su cabeza por la puerta, observando que las modistas tenían rodeada a la pobre señorita Beauford y, en un intento por mantener la frugalidad, dijo: —Pero algunos de ellos pueden ser modelos que ya tengan confeccionados.

— *Bien sûr, Madame* —contestó ese bastión de la frugalidad, *Madame Godot*, quien intentaba con todas sus fuerzas no empezar a reír.

\*\*\*

—¡Allí está! —exclamó Hildegart Foster al oído de Lord Gascoigne. El noble hizo una expresión de disgusto, pero giró para ver a los recién llegados y su corazón cayó de decepción. Era mucho, mucho peor de lo que había pensado. A decir la verdad, iba a retorcerle el pescuezo al honorable Foggy Carswell. ¿Cómo pudo describir a esa pobre alma como ‘casi bonita’? Ni siquiera el brillo de su oro podría convencer a alguien de eso. Su cara era plana como un plato, con un par de ojos que mostraban temor mientras observaba el salón de baile. Su peinado era el estilo más sencillo permitido, un simple moño detrás de su cabeza. El vestido color ámbar que llevaba puesto estaba mucho más a la moda de lo que le habían comentado, pero era demasiado juvenil para su edad. ¿Cuántos años tendría? Tenía mucho más de los veinte. ¿Será que él podría? Pensó en la gaveta en su estudio llena de recibos sin pagar y tomó un paso adelante.

Cuando lo hizo, Sibila Lynfield se movió hacia un lado y vio la tercera persona del grupo, una jovencita que estaba ajustando su falda que, al parecer su acompañante, el Sr. Edgar Lynfield se había parado en ella. El vestido era de *Madame Godot*. Lo sabía porque estuvo a la venta durante algunos meses, llamando la atención de varios por lo lujoso y el precio discretamente discutido. La seda color piel y la red de plata que la adornaba, caían de tal manera que enfatizaban la figura delgada de quien lo usaba, y se ensanchaba en la parte de atrás, formando una pequeña cola. Cecile, la bailarina francesa que llevó con *Madame Godot* le había suplicado que le comprara ese vestido, pero él se mantuvo firme. *Madame Godot* le quitó el collar de encaje alto y rígido que originalmente era parte del vestido para que fuera un poco más apropiado para una jovencita apenas haciendo su debut en la sociedad. Era, sin duda, el vestido más suntuoso de todo el salón. La chica que lo llevaba puesto estaba demasiado quieta, su cuello y hombros visibles arriba del maravilloso vestido. Su cara pálida estaba enmarcada por rizos plateados, y sus ojos turqueses se encontraron con los de él. La legendaria Reina del Hielo, con su mirada sin expresión.

Él se sacudió y se le olvidó poner su habitual expresión aburrida. Los ojos no se movieron, sus párpados no bajaron con la modestia normal de una dama. Ella mantuvo el contacto visual. Eventualmente, sin dejar de mirarlo, se inclinó hacia su tía (él pudo ver cómo las mismas expresiones faciales de las hermanas Beauford se reflejaban en el rostro de la joven y supo que ella era la señorita Delacroix) y le dijo algo al oído. Su tía lo vio y le contestó algo, algo que hizo que se retrajera y se girara para hablar con su acompañante. Eso no sería suficiente para detenerlo. Puede que su reputación no fuera de un santo, pero muchas damas inocentes se sentían atraídas a los hombres con experiencia.

Hildegart caminaba a su lado mientras se acercaban, y él habló con el Sr. Lynfield, pidiendo que les presentaran a las damas.

Lynfield, vestido de manera precisa y elegante para el baile, suspiró y lo observó con astucia. —Bueno, supongo que tendré que hacerlo —dijo con poco entusiasmo. —Ella es la Señorita Beauford. —Ambos se inclinaron levemente hacia la avergonzada señorita vestida de color ámbar. —Y la Señorita Delacroix. El Sr. Hildegart Foster y el Vizconde Gascoigne de Raith,

etc., etc.

Después de hacer una pequeña reverencia—, ¿Etc.? —preguntó la Señorita Beauford, quien tenía una mente lógica.

—Oh, sí. Tiene un sinfín de otros títulos. Realmente debería indicarlos todos, pero lo conozco desde hace tanto que ya se me olvidaron —contestó el Sr. Lynfield, sintiéndose aburrido con la conversación.

—Señorita Delacroix, que bella se ve esta noche —dijo Hildegart Foster mientras se inclinaba sobre su mano.

—Sí —contestó la señorita Delacroix, limitándose a observarlo.

Su tía rio con falsa alegría, diciendo —Estábamos bromeando que todos nos vemos muy bien esta noche. Todos vestidos para la ocasión, ¿cierto?

Su esposo la miró con compasión. —Ciertamente. Caballeros, ¿vinieron a pedir un baile? Estamos bloqueando la puerta.

La señorita Delacroix levantó su vista hacia el vizconde, pero él había tomado la mano de la señorita Beauford y besó el aire encima de la mano. —¿Puede acompañarme al baile que se está formando?

Su tío arqueó una ceja en dirección de Delfina, mientras que su tía intentaba contener su sorpresa. —Y así empieza —dijo él de manera lacónica.

—Oh, señor... digo, *Milord*. ¡Una cuadrilla! Necesitaré que me ayude. No he bailado mucho durante los últimos doce años.

—Señorita Delacroix, ¿puedo? —Hildegart Foster rápidamente tomó su mano cuando ella asintió y se dirigieron hacia la pista de baile juntos.

El vizconde notó que ella no miró a Foster por más tiempo del que era absolutamente necesario durante baile. Parecía que estaba contando los pasos. Dentro de poco su compañera de baile le confesó la razón. —Mi prima y yo apenas estamos aprendiendo a bailar la cuadrilla, así que, por favor, disculpe mi mala coordinación.

—¡Baila maravillosamente, Señorita Beauford! —Ella rio alegremente y él levantó la vista para ver si su prima lo notó. Aparentemente no fue así. Parecía estar conversando con Hildegart, aunque sus respuestas eran casi solo monosílabas.

Cuando los pasos del baile lo acercaron a Edgar Lynfield, este lo vio a los ojos justo en el momento en que tomó la mano de la Señorita Delacroix, siguiendo los pasos del baile. Lynfield lo miró irónicamente. Tal vez el haber ofrecido bailar con la Señorita Beauford para ser diferente a todos los demás pretendientes fue una treta muy obvia, pero funcionó. Ocasionalmente le dirigía la mirada, pero nunca la observó mirándolo. Tal vez su encanto empezaba a fallar.

Más tarde esa noche, mientras ella se encontraba rodeada por un círculo de admiradores que intentaban llamar su atención, él obtuvo el premio deseado al ver cómo los ojos de ella lo seguían por el salón de baile. Él inclinó su cabeza un poco hacia ella, dejando que una sonrisa lentamente se esbozara en sus labios. Ella no apartó la vista ni se ruborizó, hasta que Nigel Stanhope puso su mano sobre el brazo de ella para llamarle la atención. Ella respingó y la mirada que le dio a Stanhope debería haberlo convertido en una estatua, tal cual Medusa. Al parecer, no le gustaba que la tocaran.

Él bailó con otras jóvenes damas, y algunas de las esposas de sus amigos. Deambulaba por el salón de baile, platicando con sus conocidos y riendo con sus amigos. Él sentía cómo ella lo observaba a cada instante. Sonreía en su interior. Antes de retirarse, llegaría a despedirse casualmente de ella, lo que seguramente aumentaría su interés.

Él sería el contrapunto al comportamiento de Hildegart y los demás que habían decidido

adorarla, y eso le daría curiosidad.

Robert Duncan, otro de sus contemporáneos, caminó hacia él. —¿Qué le has hecho a la Señorita Delacroix, viejo réprobo? Lo único que hizo durante nuestro baile fue hacer preguntas acerca de ti. Preguntas del todo raras, por cierto. Su tía aparentemente la advirtió de lo obvio, pero escuché que le preguntaba también a Lady Carswell sobre tu persona.

Gascoigne bostezó. —No tenía idea de que yo fuera tan interesante. Pero deberíamos estar contentos de que sus tías ya le advirtieron que me ignore por no tener un solo centavo.

—No creo que eso sea lo único que Mags Pelleter le haya dicho. Es una mujer franca, Lady Pelleter. Y tú disfrutas de que aconsejen a las jóvenes damas que se mantengan lejos de ti. Te hace parecer más interesante.

Cuando se despidieron, Gascoigne caminó en la dirección general hacia la heredera, quien estaba sentada al lado de su dama de compañía en una banca contra la pared. Ella le hacía señas a todos los caballeros que la dejaran sola. No era un gesto usual para una debutante, y eso le pareció entretenido. No se podía decir que era por engreída, sino que fue una petición para que la dejaran en paz.

Él se preguntó si también él sería recibido con el mismo gesto, pero lo dudaba. Ella lo observó mientras se acercaba, mirándolo a los ojos con sus extraordinarios ojos color turquesa.

—Damas, me despido. Espero que su primer baile haya sido una experiencia placentera, Señorita Delacroix.

La Señorita Beauford empezó a contestar, pero Delfina levantó la mano y la detuvo.

—Señor, ¿podría llegar mañana a las nueve a la casa en Russel Square? Quisiera hablarle.

Por poco Gascoigne mostró su sorpresa ante esa petición. Fingió dudar un segundo, y luego contestó —¡Por supuesto!

La Señorita Delacroix se levantó, indicándole a la Señorita Beauford que la acompañara. Se alejó de él y no volteó a ver hacia atrás.

\*\*\*

Tito Gascoigne se observó a sí mismo en el espejo para afeitarse. ¿Qué podría querer esa jovencita tan rara con él? Se decía que él era apuesto, por supuesto, y él se observó detenidamente. Portaba el pelo un poco largo, y caía sobre su cara para tapanle un ojo. Una amiga le había dicho que su pelo era de los colores de otoño. Una cara larga con ojos alegres color miel, una nariz algo puntiaguda y una mandíbula fuerte. Su sonrisa, que guardaba para raras ocasiones, enmarcada por dos camanances profundos, era lo que le daba el apelativo universalmente aceptado de atractivo. Él estaba de acuerdo. Su encanto con las mujeres y su habilidad para manipularlas en el juego del coqueteo era legendario. Durante los años tuvo varias oportunidades de casarse con jóvenes damas adineradas, a pesar de que el tío Edgar les hubiese advertido en su contra. Sin embargo, siempre sucedía algo justo a tiempo, como un caballo ganador en una carrera, o una buena mano al jugar cartas, que siempre le permitió escapar de la trampa del matrimonio. Se formó el club de *Casados o Muertos* cuando los miembros se dieron cuenta de que una apuesta ya no era suficiente para mantenerse solventes. El matrimonio con una heredera era la única alternativa que les quedaba. Eso, o enlistarse en el ejército. Pero el fragmento de una bala que permanecía en su hombro, además de una cicatriz profunda en el costado eran suficientes para recordarle que ya había cumplido su deber con Rey y Patria.

Él fue un buen soldado, para su propio asombro. Criado por padres hedonistas e imprudentes, él también se convirtió en hedonista. No tomó mucho tiempo para que malgastara su herencia, a excepción de las propiedades que por decreto real le pertenecían al título de vizconde.

Él tuvo la intención de ser mejor que su padre, de cuidar de la finca en Shropshire, de resanar todos los males incurridos durante el tiempo que su papá estuvo a cargo, pero fue demasiado para él. El riesgo y la aventura de pertenecer al ejército iba bien con su personalidad, y disfrutó del compañerismo que encontró durante las noches largas y a veces húmedas que pasó dentro de su carpita en la península Ibérica. Siempre fue un líder nato.

Ahora, los únicos hombres quienes lideraba lo seguían solo en sus modales, en cómo amarrarse la corbata. La manera descuidada en que él se la amarraba se convirtió en una moda a seguir, lo que le causaba mucha gracia.

Además, estaba la asociación, formada de madrugada una noche en una taberna, del *Club de los Casados o Muertos*.

*Seis hombres se encontraban sentados alrededor de la mesa en el Salón de Cribb esa noche cuando Lord Grandiston dejó caer una bolsa con dinero sobre la mesa.*

*—Tus ganancias, Marqués, todavía a tiempo. No podía pasar debido a una endemoniada carreta que se me atravesó.*

*Los caballeros sentados a la mesa levantaron sus copas para brindar a su compañero, el oscuro y apuesto Marqués de Cabernet, quien guardó la bolsa con un movimiento de hombros característico de los franceses.*

*—Merci, mes amis, pero temo que esto no me salvará. Necesito casarme, y rápido, o creo que moriré.*

*—Tan dramático, Pascal —comentó Gascoigne, —toma otra copa.*

*—Les Français sont dramatiques, oui, pero también somos prácticos. Llegué a mi fin en Londres. Podría huir, pero solamente hasta donde los fondos en esta bolsa me lleven. ¿Y luego qué? Más vale volarme el cerebro.*

*—¿Así de mal estás? —preguntó Lord Jeremías Lockhart, su cuerpo grande desplomándose en la silla. —¡Qué desgracia! Yo estoy en la misma situación. Los lobos me están rodeando, y no serviría de nada pedirle ayuda a mi papá. Él está peor que yo.*

*Gascoigne comentó —Hablas de casarte con una heredera. ¿No te vi bailar con la Señorita Frobisher anoche?*

*—No hablas en serio —contestó el Honorable Daniel Galbraith, sentado en la esquina. —Su papá es un patán.*

*—Entonces cuando se casen, el apellido del Marqués (quien se rumoraba fue rescatado de la guillotina cuando era pequeño) le dará algo de distinción. Y recibe diez mil al año, creo. Eso le dará igual distinción al Marqués.*

*—Yo estoy dispuesto, pero no hay caso. Su papá y dos hermanos ya me dijeron que no lo intentara. No fueron exactamente caballerosos, pero hay que admirar su estilo.*

*—¡Gretna!*

*—No, una licencia especial. Ya tiene veintiuno, ¿cierto? No necesita el consentimiento de su papá. Tengo un pariente que es obispo. No eres católico, ¿o sí? —preguntó Hildegart, pasándose la mano por la cara para apartar su pelo de enfrente de sus ojos.*

*—No.*

*—¿Podrías convencerla?*

*—Creo que le gusto.*

*—Entonces estarán casados antes de que termine la semana.*

*—El marqués se sentó derecho en su silla, viendo una luz al final del túnel. —Pero no puedo acercarme a ella.*

*—¿Entre todos los invitados del baile de los Heston? Eso lo arreglamos nosotros, amigo*

mío —respondió Hildegart, sus ojos brillando de la emoción.

—Casarse bien o morir. Casados o muertos, creo que es la situación de todos los hombres aquí, —dijo Gascoigne, parándose (aunque algo tambaleante) y levantó su copa para brindar nuevamente. —¡Al Club de los Casados o Muertos, señores! Juramos ayudarnos en nuestro afán de casarnos con una heredera adecuada. Y el Marqués es nuestro primer galán.

—Algo parecido al club de secuestros irlandés del siglo pasado, los que secuestraban a sus novias —comentó Galbraith.

—Ninguna mujer será secuestrada o forzada para casarse. Somos ingleses, y somos más civilizados que eso —contestó Gascoigne. —Usaremos el poder de la persuasión para convencer a nuestras damas, pero el Club hará todo lo posible para evadir la vigilancia de las familias que tienen perjuicio en contra de los hombres que buscan sus fortunas a través del matrimonio. Seremos cazafortunas, pero somos caballeros.

—¡Casados o muertos! —brindó cada uno a su vez. Pidieron papel y pluma y las reglas de la Club se escribieron con pulso cada vez más tembloroso mientras fluía el vino esa noche. Así fue como inició la Club, el cual seguiría hasta que todos los miembros estuvieran casados.

Los compañeros desesperados casi que firmaron el pacto con su sangre, dedicados a ayudarse mutuamente para derribar las defensas de sus respetables blancos femeninos. Él supuso que se podía considerar como algo despreciable, pero no sentía remordimiento. Cada uno de los miembros de *Casados o Muertos* era un hombre que consideraba el matrimonio como un último recurso. Todos tenían la intención de comportarse en el matrimonio como lo dictaba la sociedad: tal vez no siempre fieles, pero discretos en sus amoríos. Todos juraron no volver a apostar y no disfrutar de compañía femenina pagada, al menos no en exceso. Él mismo tenía la intención de ser un esposo modelo, o por lo menos lo sería en la opinión de su inocente esposa.

El acuerdo que firmaron esa noche se encontraba en una gaveta de su escritorio:

*Artículo uno: El caballero dará aviso al grupo de su intención de cortejar a una heredera.*

*Artículo dos: En el evento de que más de un caballero tuviera la intención de cortejar a la misma dama (que pudiera suceder a menudo en estos tiempos difíciles), el grupo entero decidirá, al cuidadosamente estudiar las interacciones en los eventos sociales durante la siguiente quincena, cuál de los interesados (si alguno) tuviera más posibilidad de conquistar a la dama. Los demás dejarán el campo libre para que él continúe.*

*Artículo tres: Todos los miembros de la Club harán lo que el interesado les pida para ayudarlo a conquistar a la dama, y a frustrar las intenciones de sus rivales.*

*Artículo cuatro: Quien logre el acometido de casarse permanecerá como miembro de la Club durante los siguientes seis meses, ayudando a sus compañeros solteros.*

*Artículo cinco: Se demanda discreción absoluta.*

*Artículo seis: Nuevos miembros de la Club se pueden sugerir, pero deberán ser aprobados por todos los miembros existentes antes de que se puedan integrar al Club. No se le permitirá ser miembro del Club a un hombre que no se comporte como caballero.*

El siguiente mes, Jeremías, Lord Lockhart, se casaría con Maxine Dawson, heredera de un terrateniente adinerado. La Señorita Dawson era callada y no muy bonita, pero para Gascoigne era obvio que los dos se habían enamorado. Idearse maneras para que Lockhart pudiera pasar tiempo a solas con la cuidadosamente vigilada Señorita Dawson había llevado la imaginación de los miembros al límite, pero después de varias ocasiones el pez mordió el anzuelo. Luego de una enorme pelea con su papá, la Señorita Dawson declaró su intención de casarse. Calmadamente amenazó con fugarse a Gretna para casarse si sus padres no lo aprobaban. Los ojos de Lockhart

brillaban cuando les contó la historia; estaba tan orgulloso de su futura esposa.

El caso de Deville fue más complicado, incluyendo un viaje apresurado a Gretna con la joven Lady Harriet Conway, su hermano persiguiéndolos y terminó con un duelo en Gretna. Al final, el hermano, herido, fungió como testigo durante la ceremonia. Lady Harriet era una dama impertinente, y Gascoigne seriamente se preguntaba quién se arrepentiría más de ese matrimonio, si su amigo o ella.

¿Debería ahora declarar su intención a sus compañeros? La chica más rica de Inglaterra, la encantadora pero fría Reina del Hielo. Él sabía que Hildegart y tal vez otros también lo harían, aunque la invitación que recibió para verla esa mañana seguramente contaría como prueba de que su declaración era la de más peso.

\*\*\*

La bolsa de dinero que el Sr. Rigby-Blythe le entregó cuando salió de su oficina le estaba resultando muy útil. Una moneda entregada a Fiennes aseguró que el Vizconde Gascoigne entrara a la casa y que lo llevaran a la biblioteca donde ella lo esperaba, durante un momento del día en que solamente los sirvientes estaban despiertos. Fiennes se mostró sumamente desinteresado en la moneda, por supuesto, pero le preguntó —¿Estará con usted la Señorita Beauford cuando reciba al vizconde, Señorita?

—No. Quiero hablarle al vizconde en privado.

Fiennes tosió. —La reputación del vizconde... —empezó.

—Entiendo completamente, Fiennes. Usted puede quedarse en el corredor mientras él esté aquí, si siente que sea prudente. Así, si hubiera algún problema, solo necesito llamarlo. Dudo mucho que el vizconde trate de insultarme en la casa de un caballero.

Fiennes pensaba lo mismo. A su ama no le agradaría lo que iba a suceder, él lo sabía, pero la joven dama enfrente de él no mostraba señas de estar perdidamente enamorada.

El Vizconde Gascoigne entró a la biblioteca y encontró a la dama sentada de la misma manera rígida y peculiar que notó la noche anterior. No se levantó, pero le indicó que tomara asiento en una silla de cuero enfrente de ella. Después de inclinarse lo mínimo hacia ella en saludo, él se sentó.

Delfina lo observó detenidamente. La noche anterior trató de averiguar lo más que pudo a cerca de él.

*Su tía resaltó su terrible reputación con las mujeres, y le dijo que no tenía un solo centavo a su nombre al mismo tiempo que la advertía sobre los cazafortunas.*

*Su tío se indignó al escuchar que lo tachó de cazafortunas, y le dijo a su esposa que nombrara una heredera que Gascoigne hubiese cortejado por su dinero. Ella no le pudo responder, por lo que dijo —Tal vez está esperando algo que valga la pena, que considere digno de su grandeza. Los Gascoignes siempre han sido orgullosos, y ahora Delfina...*

*—¡Tal vez! Su reputación la basaron en un par de chicas con las que bailó y que luego empezaron a chismosear.*

*—¿Y las otras?*

*—Los amoríos con mujeres casadas son tanto culpa de ellas como de Gascoigne, ¿no crees? —contestó su tío en voz baja, pero Delfina tenía el oído bien afinado.*

*Después le preguntó a su tío si a él le caía bien Gascoigne. El Sr. Lynfield levantó una ceja. —En cuanto a su comportamiento con las mujeres, no sé si pueda opinar bien o mal. A diferencia de tus tías, a mí no me interesan los rumores. En cuanto a su trato con los caballeros, siempre cumple sus promesas y ayuda a sus amigos, y eso es suficiente. Además, es*

*un compañero entretenido —. Frunció el ceño y la señaló con un dedo. —Pero no te enamores de él, querida. Él es, cómo bien lo dijo tu tía, un pícaro.*

Lastimosamente no tuvo tiempo de verificar con el Sr. Rigby-Blythe lo que averiguó la noche anterior al platicar con cada una de sus tías y todos los caballeros con quién bailó. Se le informó que su primera velada fue todo un éxito; sus tías se lo dijeron una y otra vez. Al parecer, ser un éxito involucraba ser el punto de observación de muchos ojos, recibir invitaciones de varios caballeros para bailar cada pieza, y que desconocidos le dieran cumplidos exagerados. Nada de eso fue de su agrado. Durante tantos años añoró pertenecer a la sociedad, viajar a Londres para conocer a muchas personas que de otra manera se le hubiera prohibido. Pero en realidad fue un cambio demasiado brusco, demasiado pronto. Por eso ella decidió con urgencia que tenía que hacer algo para que la vida con sus tías fuera tolerable.

Ahora observaba como Gascoigne se recostaba contra el respaldo de la silla y cruzaba sus piernas. Él también la observaba. Se le ocurrió que no habían dicho una palabra, y que el silencio probablemente era una brecha de etiqueta en la sociedad.

Empezó con su primera inquietud. —Entiendo, señor, que entre los caballeros se le considera como un hombre que cumple sus promesas.

Gascoigne solamente inclinó su cabeza hacia ella en señal de estar de acuerdo.

—Pero también se ha sugerido que lo mismo no es totalmente cierto en su trato con las mujeres.

Gascoigne se limitó a presionar los labios, frunciendo el ceño durante un segundo.

—Ya vi que lo insulté. Yo quisiera creer que un hombre que cumple sus promesas se comporta de la misma manera en todas las situaciones, a menos que considere las mujeres como seres tan despreciables que no merecen ser tratadas de la misma manera.

—No es así —contestó firmemente.

—En ese caso, le pido que lo que platiemos el día de hoy sea un secreto, sin importar el resultado.

La única señal de que sus palabras despertaron su interés fue que nuevamente cruzó las piernas. —Le doy mi palabra.

—Muy bien. Tengo una propuesta para usted. —La expresión de Gascoigne mostró que estaba entretenido al mismo tiempo que se sentía incómodo. —No es una propuesta de matrimonio. —Nuevamente él se relajó. —Hasta ahora, he vivido una vida muy apartada de la sociedad, señor. Qué tan apartada sería difícil resumir. Necesito alguien que me guíe por el mundo donde ahora me encuentro, alguien que tenga poco interés en convencerme de otras cosas.

—Seguramente se le habrá advertido, señorita, que mis bolsillos están vacíos y que su fortuna podría ser la solución a mis problemas.

—Sinceramente, así espero que sea.

Gascoigne se sentó derecho al escuchar su respuesta. —Pensé que no era una propuesta de matrimonio, Señorita Delacroix. Cuando me case, espero escoger a la mujer indicada yo mismo.

—Estamos completamente de acuerdo, *milord*. No le ofrezco matrimonio, sino un empleo.

Su carcajada fue tan fuerte como despertar a todos los de la familia.

—¡Sh! —exclamó con firmeza —o causará que nos interrumpen.

—¿Por qué yo?

—Usted es muy apuesto, tiene modales impecables, y es inteligente. La treta de pedirle a mi dama de compañía que bailara con usted me mostró que tiene una mente fuerte, a diferencia de todos los caballeros que pasaron toda la noche dándome cumplidos. Supongo que si estuviera buscando una relación romántica, habría funcionado. Pero lo que hizo fue indicarme que usted es

mucho mejor candidato para lo que yo necesito que los otros. Mis tías me dicen que no conozco nada del mundo, y tienen toda la razón. Necesito alguien que me guíe por este mar tumultuoso. — Suspiró. —Explicar mis intenciones es muy cansado. No estoy acostumbrada a hablar tanto.

—¿Si no se quiere casar, qué quiere obtener de la sociedad londinense? —preguntó Gascoigne, una pequeña sonrisa irónica esbozándose en sus labios. —¿Cuál es su plan?

—Supongo que al final el matrimonio es mi destino inevitable. Pero quiero casarme por mi propia voluntad y bajo mis propios términos. Necesito saber todo lo que un réprobo como usted me pueda comentar acerca de mis pretendientes para saber si realmente son como aparentan ser ante una joven inocente.

—Nunca conocí una inocente tan sabia.

—Necesito saber más.

—Le sería mucho, mucho mejor dejar esta situación en mano de sus tías. Ellas quieren lo mejor para usted.

—¿Conoce a mis tías, señor? ¿Hay una mujer sensata entre todas? Hasta mi tía Eloísa se dejó llevar por la bondad hacia su persona debido a que ayudó a su perro cuando usted era joven. Seré inocente, pero puedo ver a cincuenta pasos cómo una joven podría caer víctima de su encanto y su físico.

Gascoigne nuevamente carcajeó. —Usted es la mujer hermosa más original que he conocido en mi vida.

—Muy astuto, dar un cumplido de mi apariencia y enmarcarlo como una broma. Sin embargo, no funcionará, así que mejor ni lo intente. Nunca me casaría con alguien como usted.

Él rio nuevamente. —No la culpo. ¿Qué dirá ahora?

Fiennes entró a la biblioteca. —Señorita Delacroix, le debo informar que su tía ya se levantó y pidió que se le llevara una taza de chocolate. La familia despierta.

Delfina se levantó, y Gascoigne supo que lo habían despedido. Ella le entregó una hoja de papel doblada a la mitad.

—Temí que sucediera una interrupción así. Aquí están mis términos, *milord*. Léalos y nos veremos en el parque esta tarde, a las dos, para que me diga si acepta o no. En todo caso, confío en que destruirá la carta después de leerla.

Él se inclinó a ella, y siguió a Fiennes hacia la puerta.

## Capítulo 3

Llegó a la casa Lynfield a caballo, así que no pudo leer los términos que la asombrosa Señorita Delacroix le entregó hasta regresar a la Casa Gascoigne en Grosvenor Square.

Se detuvo únicamente para quitarse el saco y su sombrero y servirse un poco de coñac de un decantador ubicado sobre la mesa al costado de su silla favorita. Quería sentirse entretenido con la idea de formar parte de su plan, pero sinceramente se sentía más intrigado.

*Lord Gascoigne,*

*Le presento mi oferta con toda sinceridad. Le ruego que la considere como si fuera una oferta realizada por cualquier caballero que fuera un conocido suyo. Piense sin emoción, tomando en consideración únicamente su honor, como lo he hecho yo. Tal vez ya lo sabe, pero mi opinión está basada en la valoración de su carácter indicada por mi tío, el Sr. Lynfield. Ya que él es el más inteligente de mis parientes, deposito toda mi confianza en él.*

*Sus deberes según los términos de este trato incluyen guiarme a través de las aguas turbulentas del Beau Monde. Confío en mis instintos, pero sería inútil sugerir que tengo experiencia en cómo se maneja la sociedad. Pude ver desde un principio que usted sí.*

*¿Por qué no dejar que mi familia se encargue de esto? Tal vez le sea interesante saber que no conocía a un solo miembro de mi familia antes del fallecimiento de mi mamá hace tres meses. Todos son muy amables, y seguramente tienen las mejores intenciones, pero desde ya me doy cuenta de que escogen qué decirme y qué no, y espero que eso no sea el caso con usted. Toda mi vida me he visto obligada a confiar en las buenas intenciones de otros, y me he dado cuenta de que no siempre es lo mejor para mí. No puedo confiar en el criterio de otros sin saber todos los hechos.*

*Creo que, si no es pedir mucho, que usted pudiera fingir ser un pretendiente casual, o incluso algo menos formal. Necesito su consejo en esto, ya que no sé qué es permitido o no. Esto me ayudaría a mantenerme informada de sus opiniones (pueda que esté o no de acuerdo con ellas; mis tías dicen que soy casi tan terca como mi mamá). Podría salir a pasear conmigo en su carruaje, o bailar conmigo durante las fiestas, etc. En todo caso, podemos vernos en el Museo Británico, donde seguramente no encontraremos a mis familiares. Todos se quedaron sorprendidos cuando dije que me gustaría ir.*

*Cada cierto tiempo le mandaré una indicación de los eventos sociales en los que mi tía Sibila decida que debo participar, y espero que también pueda asistir a estas funciones para observar a mis pretendientes y al mismo tiempo dar críticas constructivas sobre mi comportamiento, ya que les causa tanta consternación a mis tías. He pasado la mayor parte de mi vida sola, y no sé cómo conversar de temas banales con los demás, o sonreír como lo hacen las otras jóvenes. Algunas de ellas me parecieron cabezas huecas esta noche, y me es difícil determinar a quién debería emular para comportarme de una manera más aceptable. Le pido su consejo en este tema.*

*Leí esta carta, y veo que la carga que le pido que lleve es pesada. Requiere de un compromiso que tal vez usted piense sea demasiado pesado. Usted determinará si cree que vale la pena o no. Yo lo observé cuidadosamente anoche, y no vi señal de que tuviera una relación estrecha con las damas presentes (ni con las casadas, quien dice mi tío que son más de su*

gusto), así que espero que nuestra relación actuada no afectaría negativamente a un compromiso suyo previo.

*De todos los hombres que observé esa noche, usted fue el que se veía más en su elemento entre el Beau Mondé de la alta sociedad por lo que pienso que usted es la persona que más me puede ayudar.*

*¿Cuál será su pago? Primero, pido que haga un listado de sus deudas más apremiantes y que lo mande a mi abogado, el Sr. Eduardo Rigby-Blythe, en el edificio Beltane. Mándeme una nota antes de enviarlo, para que yo le dé las instrucciones a él. Repito, las deudas más apremiantes, milord. He escuchado que sus deudas son muchas y variadas (según mi tía Margarita) y el Sr. Rigby-Blythe no podría esconder sumas tan fuertes de mi tutor. Sin embargo, es mi intención gastar mi fortuna, ya que eso es lo que la sociedad espera de mí. Creo que entre los vestidos, caballos, y carruajes que pienso comprar, mi abogado podrá enmascarar el pago de nuestro arreglo. Además de aliviar su situación inmediata, espero que doscientas libras al mes sea suficiente. Anoche me comentó el Sr. Preston que usted ha apostado hasta mil libras durante una noche de juegos. Supongo que tendrá que dejar de hacerlo, ya que no puedo pagar tal extravagancia sino hasta después de casarme.*

El mayordomo, ocupado con tomar el abrigo del vizconde de donde lo dejó encima de una silla, se sorprendió al escuchar la risa de su amo antes de que éste volviera a leer con fascinación la carta que tenía en la mano.

*Por último, si logro el propósito de comprometerme para contraer matrimonio con un caballero apropiado, me aseguraré de que reciba la cantidad de cinco mil libras al momento de mis nupcias, lo cual supongo que fácilmente se puede esconder dentro del costo de mi ajuar.*

*Esto último es una prueba de su honor. Para recibir esta suma de dinero, pueda que se sienta tentado a aconsejarme para que me case con el primer hombre que se me ponga enfrente. Sin embargo, o confío en usted o no, y ya tomé mi decisión.*

*Quedo a la espera de su respuesta.*

*Sinceramente,  
Delfina Delacroix*

Que el amo tomara coñac en la mañana era mala señal, y Burton, quien, por razones propias, a menudo se fijaba de cuánto había en la botella, notó que *milord* bajó bastante el nivel en unas pocas horas. El amo indicó que quería conducir su carruaje en el parque esa tarde, así que Burton lo tomó como su deber asegurarse que los platillos de la comida fueran cosas que lo incitaran a comer bien. Quitó la botella de coñac del alcance de su amo y la puso en una mesita cerca de la pared. Cuando vio que *milord* estaba muy pensativo, le comentó que si llevaba los platillos llenos de regreso a la cocina seguramente enojaría a Antonio, y a nadie le gustaría que eso pasara.

El vizconde, consciente que no pagarle a tiempo el mejor chef de Londres era algo delicado, empezó a comer el pato, lo que alivió a Burton. En poco tiempo el vizconde empezó a comer la carne de res, el *gratin dufinoise*, un poco de champiñones, media trucha con almendras, y algo de postre. Cuando el amo salió de la casa había desaparecido el mal humor que tuvo durante la mayor parte de la mañana, y Burton lo observó descender la escalera hacia el carruaje, nuevamente en condiciones para llevar el título del hombre más apuesto de Londres, tal como Lily la mucama comentó.

Todos los sirvientes de la casa admiraban al vizconde. De otra manera, ¿por qué trabajarían para él? Pagaba el sueldo irregularmente, pero era de esperarse. ¿Acaso no era el hombre más popular de la sociedad? ¿No estaban todos orgullosos de estar cerca de su magnificencia?

Burton y la Sra. Chapel, la ama de llaves, lo conocían desde su infancia. Antonio respetaba su gusto culinario, y el cochero y los palafreneros admiraban su destreza con los caballos. Su sirviente personal, Gregorio, estuvo con él en la guerra en la península y siempre hablaba de su valentía. Adicionalmente, todas las mujeres que servían en la casa anhelaban ver su sonrisa y recibir alguna felicitación por el trabajo bien hecho. Eventualmente les pagaba, y ninguno más que Burton y Gregorio sabían que esta vez la confianza que depositaban en él podría ser mal pagada.

\*\*\*

Delfina observó cómo se acercaba el carruaje amarillo, tirado por cuatro caballos, hasta que se detuvo a su lado sobre el paseo largo del Parque Hyde. La Señorita Beauford la acompañaba. Por poco las acompañó su tía Eloísa, quien llegó a casa justo cuando ellas iban de salida. Ofreció llevarlas en su carruaje, pero Delfina le dijo que no, ya que habían decidido caminar porque ninguna de sus tías estaba dispuesta a caminar con ellas. Así que estaban solas cuando el Vizconde Gascoigne detuvo sus caballos y ofreció llevarlas a pasear.

El palafrenero se bajó para detener a los caballos, y Gascoigne se bajó para ayudar a las damas a subir al carruaje.

—¡Pudo haber traído un carruaje cerrado para que pudiéramos hablar en privado! — lo regañó en voz baja.

Había pasado mucho tiempo desde que una dama le hablara de esa manera. Su mamá, por supuesto, que en paz descansa, y su hermana, quien vivía en Italia con su poeta italiano. Le causaba gracia que esta niña tan extraña tuviera tan poca consideración de su orgullo. Sin embargo, no tardó mucho para que se acomodaran, la Señorita Beauford en el asiento de atrás y la Señorita Delacroix a su lado. Ella miró con desconfianza la distancia hasta el suelo, más de dos metros, luego se acomodó y se sentó con la espalda recta como de costumbre.

—Bueno señor, ¿ya tomó su decisión? —preguntó en voz alta, ya que el ruido del carruaje era suficiente como para que la Señorita Beauford no la escuchara.

—Sí, Señorita Delacroix. Aun así, hay ciertas circunstancias que le debería indicar, cosas que pudieran hacerle cambiar de parecer.

Ella entrecerró los ojos un poco mientras les ponía atención a sus palabras. El color turquesa de sus ojos se veía más intensamente azul a la luz del día.

—No tengo, como dice su carta, un compromiso previo con una dama. Sin embargo, si tengo una promesa que cumplir, la cual pueda afectar nuestro acuerdo de alguna manera.

—¿Podría ser más específico?

—No, no puedo.

Delfina suspiró. —¿Me mentiría por cumplir esa promesa?

—Es posible que no le pueda decir toda la verdad.

—Eso no me sirve —dijo ella de manera cortante. —Da lo mismo que confiar en mis tías.

Su actitud tan fría empezaba a molestar a Gascoigne, así que agitó su látigo sobre la cabeza de los caballos, causando que brincaran y empezaran a caminar más rápido. Delfina tambaleó con el movimiento repentino y dio un pequeño grito de sorpresa. —Que truco más bajo, señor —reprochó. Él empezaba a pensar que los instintos de la Señorita Delacroix eran tales que no necesitaría de su experiencia para manejar las aguas peligrosas de la sociedad.

—Sin embargo, creo que hay una manera de resolverlo, y es que se sepa que en realidad soy un pretendiente para su mano. Si esto es congruente con mi promesa es algo que me he preguntado toda la mañana, y solamente encuentro una respuesta que pueda satisfacer todas las circunstancias. Usted me deberá dar permiso para que la corteje, al mismo tiempo que le doy mi opinión honesta

acerca de los otros caballeros que podrían cortejarla también.

—Eso es absurdo. Ya le dije que está descalificado por muchas razones.

—¿Cuáles podrían ser? —preguntó, su sentido de humor activándose ante la situación tan absurda de ser ignorado por una chica que apenas había llegado a la ciudad.

—Le gustan los juegos de azar y las apuestas.

—Pero en su carta ya me prohibió participar en esas actividades.

—Sin esperanza de que cumpliera con esa condición. He leído que a veces la adicción se lleva en la sangre.

—Ay Dios —dijo, con aire de estudiante regañado por el profesor. —¿Cuáles otras razones?

—Usted es un picaflor. Por el matrimonio de mi tía Margarita, puedo ver que esto es algo que no se puede tolerar.

—Bueno, naturalmente como un pretendiente sincero, todo ese tipo de comportamiento se detendría de inmediato.

—¿Aún con las mujeres que no pertenecen a nuestra clase social? He leído que las bailarinas de ópera...

—Aunque no hemos llegado a un acuerdo, le doy este consejo gratis. No mencione a las bailarinas de ópera.

—¿Entonces no tiene algún compromiso con una bailarina de ópera o alguien así?

—No, en este momento no. Y acabo de decirle que no las mencione.

Ella sonrió como si no lo podía evitar, y él pensó que el sol no brillaba tanto como ella. —¿Y por qué no? No se le puede llamar picaflor si no...

—Señorita Delacroix, es suficiente —dijo con tono severo. Luego arruinó la impresión de enojo al confesar —Si realmente quiere saber, es porque no puedo pagar. Una amante puede salir más cara que una esposa.

Ella pensó en eso por un momento. —Bueno, eso solo refuerza mi decisión de no considerarlo como pretendiente. En cuanto nos casemos, ya podría pagarle a alguien así otra vez.

Él se rio, sintiendo una mezcla de diversión y asombro. —¿Señorita Delacroix! Confíe en mí cuando le digo que si mi esposa fuera amorosa y fiel, me consideraría el patán más grande del mundo si la traicionara, sin importar quién sea. Pero esta conversación es del todo inapropiada.

—Supongo que consideraría que una esposa que no estuviera de acuerdo con sus opiniones no es amorosa...

—No, no lo haría, pero esto es más que suficiente, señorita. ¿Qué otra cosa me descalifica?

—Desperdió su fortuna, *milord*, y me parece absurdo pensar en entregarle el control de la mía.

Esta vez cuando tronó el látigo en el aire arriba de la cabeza de sus caballos, ambas damas gritaron. Controló los caballos y se giró para pedirle perdón a la aterrorizada Señorita Beauford. Sus nudillos estaban blancos de la presión que ejercía aferrarse al asiento.

—Está enojado, señor —dijo la Señorita Delacroix después de un momento.

—Correcto, señorita —contestó. No era común que él permitiera que alguien lo enojara. Apretó la mandíbula y dijo: —Usted no sabe lo que le sucedió a mi supuesta fortuna, Señorita Delacroix. Casi nadie lo sabe. Heredé propiedades que le pertenecen al título, propiedades que estaban casi en la ruina, pertenecientes a un nombre antiguo y orgulloso, y una montaña de deudas. Ha sido mi intención que nadie lo sepa. Como es posible que trabajemos juntos en este arreglo de negocios, y como ha sido tan honesta conmigo, supongo que le tendré que contar.

—Aun así —dijo ella, considerando—, usted tiene gustos muy caros. Cualquiera lo puede ver. Solo mire estos caballos—. Ella suspiró. —Pero ahora sé, precisamente por la honestidad

que mostró, que es justamente la persona que me puede ayudar. Puede intentar cortejarme, pero le digo que no tiene sentido.

Llegaron nuevamente al punto donde empezaron el paseo, y de la nada Hildegart Foster salió para ayudar a las damas a bajar del carruaje. —¿Cenamos hoy, Hildegart? —preguntó mientras buscaba la mirada de su amigo.

—¿Antonio todavía trabaja contigo? ¡Por supuesto! —Hildegart ya había ayudado a ambas damas a bajar y había entrelazado sus brazos con ambas damas.

—*Au revoir*, Señorita Beauford, Señorita Delacroix. Espero verlas pronto. —Nuevamente agitó el látigo sobre las cabezas de sus caballos, y estos emprendieron la marcha.

\*\*\*

Esa noche, los miembros del *Club de Casados o Muertos* se encontraban sentados a la mesa en comedor del vizconde. —¡Dilo ya, Tito! —exclamó Hildegart.

Solo quedaban seis miembros: Hildegart Foster, el joven quien heredó prácticamente nada de su padre excepto su cara atractiva; el Honorable Daniel Galbraith, un jinete atrevido y cazador sin par con el temperamento para hacerle honor al rojo vivo de su pelo pero con una sonrisa que fascinaba a las damas; Lord Lockhart, pasadito de peso y esperando su boda con la Señorita Dawson; y Sir Peter Deville, moreno y pensativo, quien tenía problemas para controlar a su nueva esposa. El Marqués de Cabernet ahora vivía en el campo con su esposa, y se decía que su suegro y sus cuñados lo habían aceptado por completo luego de ver su devoción hacia su joven esposa y de disfrutar los beneficios que tener el título de Marquesa le daba en la sociedad. En la mayoría de los casos la Marquesa era el personaje más importante en cualquier evento social al que asistía, generalmente acompañada por su familia entera.

Quedaban tres solteros: Galbraith, Foster, y él. Foster había propuesto un nuevo miembro del club, el Capitán Fanshaw Redmond, uno de los Húsares, y todos los demás se le quedaron viendo como si estuviera loco. Hildegart se puso defensivo. —Diablos, es un amigo mío y un buen tipo si estás en apuros.

Gascoigne conocía a alguien de su regimiento que no estaría de acuerdo con lo dicho, pero no lo mencionó. Se decía que el Capitán Redmond era conocido por sus tretas y trampas. Eso, además de su comportamiento con las damas y su forma abrasiva de ser, fueron los factores influyentes. —No —respondió Gascoigne.

—¡Nunca! —exclamó Lord Lockhart.

—Tú lo puedes tomar a la ligera —se quejó Hildegart —ya tienes a tu novia. —El nombre del Capitán Redmond nunca más se mencionó.

—Creo, caballeros —añadió Lockhart —que cuando ya ustedes hayan encontrado pareja, este club se debería deshacer y nunca mencionar de nuevo. —Los demás asintieron con un movimiento de sus cabezas.

Gascoigne se puso de pie, levantando su copa en señal de brindis. —Caballeros —dijo—, hoy declaro mi intención: ¡casarme con la Señorita Delacroix!

—Al diablo con todo. Te fijas en la más acaudalada heredera de todas. ¿Habrá algún caso en que yo también lo intente? —se quejó nuevamente Hildegart Foster.

—¿O yo? —preguntó el hombre pelirrojo.

—Lo siento por ti, Galbraith, y por ti también, Hildy —dijo Lockhart en tono burlón. —Sabíamos que cuando Gascoigne al final se decidiera, que ninguno de nosotros podría competir con él. Las damas lo adoran.

—Yo pensé que la Señorita Delacroix estaba molesta contigo, Tito, cuando los vi hoy —

comentó Hildegart.

—Un truco, jovencito, solamente un truco —comentó Deville con confianza. —No tardará mucho para que la conquiste.

—Te deseo toda la suerte, viejo. Puede ser muy bella, pero es igual de fría. Casi ni dijo palabra cuando bailó conmigo —comentó Galbraith.

—Conmigo tampoco habló —admitió Hildegart Foster con demasiado buen humor —pero parecía tener mucho de qué hablar contigo hoy mientras paseaban en tu carruaje, Tito.

—Se los dije —añadió Lockhart. —¡De pie, señores! ¡Por la Señorita Delacroix y nuestro orgulloso líder Gascoigne! Que prospere en su intento de ganar la mano de la bella dama, con la ayuda del *Club de Casados o Muertos*.

## Capítulo 4

A la Sra. Sibila Lynfield no le agradaba del todo la adoración que la Señorita Beauford expresaba por su sobrina.

—Debo decirle, Sra. Lynfield —empezó la dama, casi sin aliento por su deseo de enumerar todo por lo que estaba agradecida de su nueva fortuna.

—Querida Phoebe, por favor, dime Sibila. Somos primas, ¿no?

—Primas en tercer grado, según entiendo el árbol genealógico en la biblia de mi mamá, pero es muy gentil de su parte decirlo. Bueno, Sibila entonces... ay no, eso suena tan irrespetuoso. ¿Le molestaría si le sigo diciendo Sra. Lynfield?

También le sonó mal a la Sra. Lynfield, por lo que gentilmente indicó su acuerdo.

—Sra. Lynfield, su querida sobrina es la jovencita más bella, amable y generosa que haya existido. Sentí un temblor en mi corazón cuando la vi por primera vez durante el funeral. Nunca pude observarla muy de cerca cuando pasaba en el carruaje de su mamá por el pueblo. No le habría gustado a Emilia, su hermana. Ella fue tan generosa al permitir que mi hermana y yo viviéramos en la casita, pero fue muy clara al dejarnos saber que no nos podía mostrar más favor que a los demás habitantes. Hacerlo podría causar descontento entre los pobladores.

La Sra. Lynfield nuevamente apretó su mandíbula al escuchar cómo su hermana trataba a las personas a su alrededor. ¿Qué daño habría hecho dirigirle la palabra a un familiar empobrecido como Phoebe Beauford y su hermana? A veces no actuaba como si fuera humana... el parloteo de la Señorita Beauford la distrajo.

—¿Quién hubiera pensado que la Señorita Delacroix no solo me dirigiría la palabra, sino que me escogería para acompañarla? Qué lástima que mi querida mamá y hermana no vivieron para verlo. Traerme aquí y regalarme todos estos vestidos. A decir la verdad, nunca he tenido más de tres vestidos a la vez durante toda mi vida adulta, y ahora tengo tantos. Y para ella es nada, solamente me dice que no puedo acompañarla si no estoy bien vestida.

—Pues, sí, querida Phoebe. Eso es muy cierto —contestó la Sra. Lynfield.

—Lo sé, pero ella dice que me los puedo quedar, aún después de que ella se case. ¿Puede imaginar cómo se me quedarán viendo las demás personas de Oakham? Y ella insiste en que necesito otro vestido de gala, pero yo no creo que sea necesario.

—No puedes llevar el mismo vestido a todas las fiestas.

—Pero ya regresaré a casa en un par de semanas, cuando terminen las reparaciones. Fue maravilloso que ella la mandara a reparar, a pesar de que ella diga que no fue su decisión, sino la de su abogado para asegurar que todas sus propiedades estén en buen estado. Yo estoy segura de que fue idea de la Señorita Delacroix. Ella es la jovencita más amable, más dulce que he conocido. —Levantó un pañuelo para limpiarse las lágrimas, y la pena que sintió la Sra. Lynfield hizo que le regalara dos gorras (que le habían regalado a ella pero no le quedaron bien), cosa que hizo que la Señorita Beauford llorara más todavía.

Esa noche, la Sra. Lynfield le expresó su preocupación a su esposo. —Mi querido Sr. Lynfield, he escuchado todo el día a la pobre Señorita Beauford hablar de lo maravilloso que piensa que es Delfina. Ya la chica tiene la cabeza inflada, y ahora tiene su porrista personal en nuestra prima. Está agradecida por haber recibido los vestidos, por las reparaciones a su casa. El simple hecho que Delfina le haya hablado es suficiente para que se sienta abrumada y agradecida

con ella.

—¿Realmente crees que Delfina tiene la cabeza inflada? —preguntó su esposo, mirándola con una expresión astuta. Él estaba sentado en una de las sillas del vestidor, jugando con la nueva gorra de encaje de Angulema de su esposa. —Creo que al contrario. Delfina mantiene la más mínima cantidad de autoestima que logró sobrevivir la destrucción sistemática de su personalidad que efectuó su mamá. También creo que ni se da cuenta de la adoración que la Señorita Beauford expresa por ella, al igual que no se da cuenta de la atención que le prestan todos los solteros de Londres.

—Tiene razón sobre el mal comportamiento de mi hermana —contestó la Sra. Lynfield, sacudiendo su cabeza. —La niña fue criada de una manera inexplicable, y no es de extrañar que sea fría y que no se sienta cómoda en ningún lado. Tampoco que no pueda mostrar afecto. Cuando trato de darle un beso de buenas noches, me rechaza. Veo en su comportamiento tanto de las actitudes de su mamá que me resulta repulsivo.

—Aunque su manera de ser sea superficialmente similar al de Emilia, Delfina no es su mamá. El orgullo de Emilia era una corrupción del espíritu. El hecho que dejamos que la pobre niña creciera sola con ella sin siquiera intentar que pasara un tiempo con nosotros es algo con lo que tendremos que vivir el resto de la vida. —Su esposa suspiró. —Cuando Eloísa llevó a Delfina a visitar a la Señorita Phoebe, ¿cuál fue su reacción?

—Eloísa dijo que Delfina no podía creer que su mamá hubiera dejado que sus parientes vivieran así.

—Y, según la Señorita Phoebe, le escribió a su abogado para que coordinara las reparaciones necesarias. Eso no es algo que hubiera hecho su mamá. La Señorita Phoebe me dijo que Emilia a veces las visitaba, sin su hija. Estoy seguro de que era para poder alardear de su superioridad. Les dio esa casa a sus primas precisamente por esa razón, para aparentar ser la dama generosa.

—Ni tan generosa, según Eloísa.

—Porque no le importaba. Pero por fría que se comporte, a Delfina sí le importó. Y actuó de inmediato.

La Sra. Lynfield rescató su gorra y se la fijó con unos ganchos. —Siempre tienes la razón, querido. A veces veo destellos de vivacidad en ella. Aún en su obstinación, veo su espíritu. ¡Pero todo sería tan fácil si tan solo hiciera caso a lo que yo le dije!

Su esposo rio y abrazó su amplia figura, descansando su mentón sobre la gorra de encaje. —Queridísima, todo el mundo debería hacer caso a lo que dices.

La Sra. Lynfield se acurrucó en los brazos de su esposo y rio juntamente con él.

\*\*\*

El interés del Vizconde Gascoigne en la Señorita Delacroix se estableció en la velada ofrecida por Sir Reid Cameron, por la presentación de su hija ante la sociedad. Sir Reid era viudo, y su dedicación a sus hijos era considerado como algo virtuoso por algunos y excesivo por otros. No había intentado, a pesar de varias sugerencias de amigas cercanas, buscar otra esposa y madre para su hijo e hija, de diez y doce años cada uno cuando su madre murió. De hecho, parecía ser inmune a la tentación femenina. No fue hasta la noche de la velada, donde su hermana fungía como anfitriona, que sintió el deseo nuevamente de compañía femenina. Esa fue la noche en que vio a la Señorita Delfina Delacroix.

Ella brillaba, fue su comentario posterior, en medio de la multitud. Era una pequeña fiesta de solo unas cincuenta parejas, más o menos. Una dama había ofrecido tocar unas canciones en el

piano por si algunos de los jóvenes quisieran bailar, y, en realidad, ¿qué joven se negaría a bailar? Su bonita hija, con un nuevo vestido anaranjado, era el centro de atención y bailó con todos los caballeros solteros. O por lo menos, así fue hasta que llegara la Señorita Delacroix y sus familiares.

Hasta el papá de la Señorita Cecilia Cameron quedó cautivado cuando ella entró. El pelo casi plateado de Delfina brillaba a la luz de las velas, sujeto únicamente con un grueso listón blanco. Su rostro era delicado, y el vestido parecía de hada, hecho de seda verde pálido sobre satín con hilo plateado. Una pulsera que lanzaba destellos adornaba su brazo, y unos pequeños aretes diamantes igualmente reflejaban la luz de las velas. Ella se giró para dirigirle la palabra a su acompañante, y él quedó flechado.

Reconoció a Lady Eloísa Carswell, quien era una vieja amiga de él, así que se acercó para darles la bienvenida. Lady Carswell le presentó a la Señorita Delacroix, y Sir Reid Cameron le hizo una reverencia, vagamente recordando que le habían mencionado algo acerca de una herencia. La dama encargada de la música escogió ese momento para empezar, y él aprovechó para pedirle a la Señorita Delacroix el primer baile. Los demás solteros sintieron que su comportamiento fue inapropiado, por considerar que tomó ventaja del hecho de ser el anfitrión de la velada para ganarles el primer baile de la noche.

Delfina aún no se sentía confiada al bailar, pero como era un baile de campo, no era tan formal. La Señorita Beauford también bailó, junto con un señor de apariencia militar con bigote y barba. Después de que terminara la canción, Sir Reid la acompañó al comedor, donde él mismo le preparó un plato del bufet. Él era dieciocho años mayor que ella, aunque todavía apuesto. Su pelo era de color café, con ojos oscuros e intensos, de complexión delgada y altura promedio.

—Tiene que conocer a mi hija, Señorita Delacroix —comentó, intentando comportarse de manera normal. Ella le sonrió con una actitud un poco distante, y para él ella pareció ser aún más etérea. Ella pertenecía a otro mundo, y él tenía que hacer todo lo posible por llevarla a su mundo. Por debajo de la mesa él la tomó de la mano, sintiendo una desesperación que nunca había experimentado en su vida. —Eres el hada más hermosa que he visto —susurró en su oído. Ella intentó soltar su mano, pero él no la dejó ir. No supo qué hacer. Lo miró a los ojos, pero lo único que vio fue algo parecido a la obsesión, y ella instintivamente se hizo para atrás, como sucedía cada vez que se enfrentaba con las emociones que no fueron parte de su niñez eran expresados por las personas a su alrededor. Hasta la gratitud de la pobre Señorita Beauford era incómodo para ella, sin mencionar la pasión de un hombre que tomó a ambos por sorpresa debido a su intensidad. Ella estaba rodeada por los demás invitados, pero nunca se sintió tan sola, ya que estaba atrapada y no veía otra salida, a menos que empezara a gritar.

—Me toca este baile, me parece, Señorita Delacroix —dijo una suave voz detrás de ella. Ella se levantó de inmediato, causando que el Baronet al fin soltara su mano.

—Vizconde Gascoigne, por supuesto —respondió, y lo acompañó hacia el salón de baile. Respiró profundamente al sentir alivio.

—Va a tener que volverse más fuerte, Señorita Delacroix, si quiere sobrevivir la temporada. Sir Reid Cameron no la asustó, ¿o sí? Él es un perrito faldero.

—Para ser honesta, señor, tengo que decir que sí. ¡Me tomó de la mano!

—¡No! ¿De la mano? —exclamó, fingiendo estar escandalizado.

—Puede reír, señor, pero no es a lo que estoy acostumbrada. Y la expresión de su cara era tan peculiar.

—Y sin embargo su mano descansa tan tranquilamente sobre mi brazo, y no pasa nada.

—Usted no me mira como si me quisiera comer.

Él sonrió con tanta picardía que ella rio en respuesta.

Desde el otro lado del salón, su tía Eloísa levantó la cabeza para observarlos. ¿Gascoigne hizo reír a su sobrina, cuando ella nunca se reía? ¿Qué diantres...?

Pronto estaban en la pista de baile, participando con las demás parejas, hablando en voz baja cada vez que los pasos del baile se los permitía. Gascoigne también rio debido a algún comentario que ella hizo. ¿Qué conversación tan entretenida escondía su sobrina, que ella y sus hermanas no conocían?

En el carruaje de regreso a la casa en Russel Square, su tía quiso hablar de lo que observó, aunque ella esperaba que su sobrina negara todo. Ajustó la lámpara un poco para no perder cualquier sentimiento que pudiera expresar su sobrina.

—Lord Gascoigne parecía estar muy entretenido hoy. Bailar dos veces con una dama no es poca cosa.

—Sí. Se declaró como pretendiente esta noche —contestó su sobrina, perfectamente calmada.

—¿Gascoigne? ¿Se declaró como pretendiente?

—¿No se dice así? —preguntó Delfina. —Él dijo que pretendía cortejarme.

—¿Y qué le respondiste?

—Que debería esperar su turno, ya que había otros que llegaron antes que él.

—¿No lo hiciste! No deberías ponerles atención a los otros caballeros.

—Pero tía, ¿cómo no ponerles atención? Me han seguido a todos los eventos de las últimas dos semanas.

—Bueno, debes dar la impresión de que no los notas.

—Es muy extraño.

—Sin lugar a duda. Gascoigne es peligroso, niña, sin importar lo que él pueda decir.

—No sentí que fuera peligroso. Sin embargo, sí sentí que el Sr. Cameron lo es.

—Noté que quedó flechado. No te quitó los ojos de encima toda la noche. Pero el Sr. Cameron es un caballero ejemplar. Es amable, y no necesita de tu fortuna. Preferiría mil veces que él te cortejara y no Tito Gascoigne.

—Sospecho —comentó su sobrina con lo que su tía sintió era demasiada satisfacción para una dama de tan corta edad —que lo harán los dos.

\*\*\*

La declaración de las intenciones de Gascoigne en la fiesta merecía el consejo completo de tías y el estorbo de dos tíos. Lord Pelleter nunca se interesaba en asuntos que no lo involucraban directamente, así que Lady Margarita se pudo deshacer de él antes de reunirse con sus hermanas. Sin embargo, la seriedad del asunto hizo que el Sr. Edgar Lynfield y Lord Carswell (su expresión indiferente normal reemplazada por una expresión de determinación obstinada) estuvieran decididos a estar presentes, aunque cada uno por sus propias razones.

—Lo primero que debemos determinar —comenzó Lady Margarita—, es si la niña nos dijo exactamente lo que Gascoigne le dijo a ella.

—Tengo un mes de vivir con Delfina Delacroix —dijo el Sr. Lynfield—, y es mi opinión que es una jovencita muy honesta.

—Demasiado honesta —comentó su esposa, suspirando.

—Santo cielo, lo sé —dijo Lady Pelleter, moviendo su cabeza lo suficiente como para hacer que bailaran las plumas de su turbante. —Cuándo el Sr. Fry le dijo que su pelo era como el resplandor de la luna reflejado sobre las aguas de un arroyo, ella le contestó que esa frase le daba

una muy baja opinión de su inteligencia y una peor opinión acerca de su habilidad poética.

—¡Cielos! —exclamó Lady Carswell. —¡Pobre Sr. Fry!

—No puedo negar que tenga la razón — contestó la Sra. Lynfield. —Ese chico no tiene una idea sensata en la cabeza, según lo que dice su mamá. —Bajó la voz para seguir con el chisme. — Ha sido tan difícil para ella...

Todas las damas la miraron con interés, pero Lord Carswell, su barbilla temblando un poco al hablar, después de toser para interrumpirlas comentó —Damas, ¿tal vez nos podemos concentrar...? Quiero decir... — Su esposa lo miró con reproche por la interrupción. Tosió de nuevo y exclamó —¡Perdón! — antes de sentarse de nuevo, su mano jugando con su corbata, como si estuviera algo apretada.

—Tienes toda la razón, Pinky, amigo mío —comentó el Sr. Lynfield mientras caminaba de un lado del salón al otro. —El punto es que el vizconde Gascoigne de Raith está interesado en cortejar a Delfina.

—Tiene una reputación atroz, por supuesto, pero es tan buen mozo —suspiró Lady Eloísa. — Pero su título es una ventaja.

—Sí, es algo —contestó el Sr. Lynfield con un poco de cinismo. —Heredó todo en ruinas, y sus deudas son legendarias.

—Supongo que eso no le importará a Delfina.

—Probablemente no —contestó la Sra. Lynfield. —Después de todo, a ti no te molestó, Mags.

Lady Eloísa sacudió su cabeza. No era justo recordarle a Lady Mags del mal trato que hizo de joven, especialmente cuando su voluntad de acero fue lo que logró restaurar algo de la fortuna de Pelleter. Insistió en que su esposo dejara de apostar, le dio un heredero, e hizo que le heredara en vida todas sus propiedades a su hijo (a cambio de una botella de brandi cuando él estaba ebrio, decían las lenguas largas), y tomó el control de las propiedades. Ahora tenían una ganancia moderada, suficiente como para que Mags presentara su hija a la sociedad con la esperanza de conseguir un esposo respetable para ella. También alcanzaba lo suficiente como para que su hijo de dieciocho años viviera bien. Lord Pelleter recibía suficiente efectivo para comprar sus caballos y vivir su vida, pero vivía sabiendo que todo mundo estaba enterado de quién mandaba en su casa.

—Gascoigne es un tipo de primera, ¿saben? —musitó Lord Carswell, olvidando el regaño previo de su esposa.

—Y si no fuera por todos los vicios, *milord*, solamente su título lo haría un partido perfecto. Pero ella ha vivido una vida tan extraña, y no podemos dejar que un hombre como Gascoigne tome ventaja de su inocencia —comentó Lady Pelleter.

—Por supuesto que sé que Delfina es inocente —murmuró la Sra. Lynfield—, pero a veces me cuesta recordarlo. Es una chica tan inusual.

—¡Sibila! —protestó Lady Eloísa.

—Debemos prohibir que pase tiempo con él, aún bailar con él —dijo Lady Mags con firmeza, sus cejas negras juntándose encima de sus ojos.

—Eso sería imperdonable, ¡ignorar a alguien de su estatus social! —protestó la Sra. Lynfield.

—¿Pensé que el título no te concernía? —preguntó su esposo, entretenido.

—No es necesario que lo ignore. Simplemente se puede excusar amablemente. Hay que decir que tiene dolor de cabeza, o algo similar —dijo Lady Eloísa. —Christiana ha lidiado así con el Duque de Clarence y sus manos errantes, y si ella lo puede hacer con un duque...

—Sí —contestó Sibila—, pero Christiana es tu hija, mi querida Eloísa, y como Roberta, la hija de Mags, se le ha enseñado cómo comportarse de manera gentil en cualquier situación. Delfina es la hija de Emilia. Cambia de silencio completo a ser demasiada honesta con sus palabras sin importar lo que le diga.

—Lo sé —suspiró Lady Eloísa. —Cuándo Benjamín Castle, quien es demasiado grande para ella, pero todavía piensa que es joven, pidió bailar con ella, ello lo miró de pies a cabeza y, completamente seria, dijo «No». Eso fue todo, solamente no. No puede hacerla entender después lo que había hecho malo. ¡Fue tan vergonzoso!

—Y aun así —dijo la sensata voz del Sr. Lynfield—, ella es todo un éxito. No hay duda de que el *Beau Monde* la ama. Uno podría pensar que su fortuna es lo que la hace tan popular, pero no es solamente eso. Ustedes damas hicieron una obra de arte. La ropa y el pelo han revelado una belleza de la cual ciertamente no me percaté cuando la vi por primera vez. Emilia, al vestirla tan ostentosamente para el entretenimiento del pueblo, le robó su verdadero ser.

—¡Pero cuándo abre la boca! —suspiró su esposa.

—Sí, es un problema. Ciertamente hay poca esperanza que pueda declinar a Gascoigne con estilo, aunque ella quisiera hacerlo.

—Es demasiado buen mozo —suspiró Sibila. —¿No podría hablar con él para que desista? —preguntó, mirando a su esposo.

—¿Qué razón le daría? Sería un insulto imperdonable.

—Bueno, entonces no queda alternativa más que vigilarla de cerca —comentó la Sra. Lynfield con determinación. —Tendré mucho cuidado de que no crucen caminos.

La puerta del salón verde se abrió, todos los reunidos se quedaron callados al ver a Delfina entrar, una visión encantadora con su vestido y capa azul y sombrero de paja con listones de terciopelo. Lady Eloísa lo escogió unos días antes, y estaba complacida de ver que le quedaba tan bien.

—¡Oh, no sabía que estaban aquí, tías, Lord Carswell! Tía Sibila, la Señorita Beauford y yo iremos a pasear con Lord Gascoigne en su carruaje. No tardaremos más de tres horas —dijo Delfina.

La boca de Lady Sibila se abrió, formando una «O» perfecta mientras que su sobrina salió del salón y cerró la puerta.

Todos corrieron al ventanal, a tiempo para ver al Vizconde Gascoigne ayudar primero a la Señorita Beauford a subir al carruaje, y luego a la Señorita Delacroix, inclinándose sobre su mano y besando el aire arriba de ella en forma de saludo.

—¡Ay, no! —exclamó Eloísa Carswell, dándole voz al sentimiento de todos.

\*\*\*

—Siento los ojos de Mags Pelleter taladrándome la parte de atrás de la cabeza —suspiró Gascoigne con algo de ironía mientras le indicaba al mozo que soltara los caballos.

—Creo que su reputación lo precede —comentó Delfina. —Les comenté que pretende cortejarme.

Tanto el vizconde como la Señorita Beauford lanzaron una exclamación, aunque en tonos muy distintos. —¿Qué hizo qué?

—Bueno, usted dijo que debíamos anunciarlo al mundo.

—Me refería a hacerlo por mis acciones, no diciéndoles que te propuse matrimonio.

La Señorita Beauford nuevamente exclamó. —¿Podría ser... será posible...? Mi querida Delfina, ¿están comprometidos a casarse?

—¡Cielos, no! —replicó Delfina en un tono que Gascoigne sintió que fue un insulto hacia él.  
—Supongo que le tendremos que decir algo a la Señorita Beauford, señor.

—Al parecer, estoy en sus manos, Señorita Delacroix. —Él suspiró.

—Lord Gascoigne y yo tenemos un arreglo.

La Señorita Beauford tembló.

—No ese tipo de arreglo —dijo el vizconde, tratando de tranquilizarla. La Señorita Beauford suspiró con alivio.

—¿Qué tipo de arreglo? —preguntó Delfina, confundida.

—No se preocupe —contestó Gascoigne, arqueando una ceja irónicamente. —Continúa contándole a la Señorita Beauford algo, cualquier cosa para que me deje de ver como si fuera la serpiente en el jardín de Edén.

—Lord Gascoigne ha accedido a darme consejos acerca de la sociedad, mi comportamiento, mi conducta, y así. Y a informarme del verdadero carácter de los que pretenden casarse conmigo. Usaré su experiencia a mi ventaja.

La Señorita Beauford se vio extremadamente incómoda. —Bueno, estoy segura de que el vizconde tiene mucha experiencia, querida...

—Nadie más que yo—, interrumpió el vizconde, entretenido por la conversación.

—...pero creo que debería apoyarse con su familia para recibir el mejor consejo —terminó de decir.

—¿Mis tías? Sí, entiendo por qué pensaría así. Ellas tienen mucha experiencia, pero no sé si lo que ellas quieren para mí es lo que yo quiero para mí. Ellas quieren que encuentre un esposo adecuado, pero míralo desde mi punto de vista, querida Phoebe. Ellas se casaron con un tonto y un réprobo. Mi tío Edgar fue la única elección sensata, y con lo despistada que es mi tía Sibila —la Señorita Beauford protestó al escuchar ese comentario—, no puedo más que pensar que se casó con él más por suerte que por buen juicio.

—Pero... —protestó su compañera, angustiada, pero Delfina no había terminado.

—Por eso busqué a un hombre en quien podía confiar en su palabra. Mi tío Edgar dijo que Gascoigne siempre cumple con su palabra. Además, necesitaba un caballero que tuviera los vicios usuales de los caballeros de sociedad para poder detectarlos en otras personas.

Gascoigne tomó el comentario sorprendentemente bien. Se estaba acostumbrando a la brutal honestidad con la que hablaba la Señorita Delacroix. La Señorita Beauford lo miró con timidez.  
—Entonces, ¿no está cortejando a la Señorita Delacroix?

—Sí —contestó él.

—No —dijo Delfina.

—¿Pretende a mi prima? No entiendo del todo. Ay, cielos, esta conversación se ha tornado tan intrusiva.

—Sí —dijo nuevamente el vizconde.

—No —contestó otra vez Delfina.

—Estoy confundida —dijo la pobre dama, torciendo su bolsa hasta dejarla hecha un nudo.

Delfina suspiró. —El vizconde dice que me va a cortejar, al igual que cualquier otro cazafortunas en Londres. Pero ya le dije que le serviría más concentrar sus esfuerzos en otro lugar. Según entiendo, la Señorita Frampton también tiene una fortuna considerable. No tanto como la mía, dice mi tía Margarita, pero suficiente como para tentar a varios caballeros.

La Señorita Beauford nuevamente exclamó con sorpresa. —Querida, realmente no deberías decir esas cosas.

—Y yo tendría que acostumbrarme a la nariz de la Señorita Frampton. No creo que podría

hacer el amor con esa nariz, ¿sabe? —musitó el vizconde. —O por lo menos no de manera convincente.

—Supongo que sí lo podría hacer por veinte mil al año —respondió Delfina.

—¡Cielos! —protestó la Señorita Beauford, casi al punto de desmayarse.

—Probablemente —comentó Lord Gascoigne—, pero no será necesario, ya que declaré que mi corazón es tuyo.

—Realmente es un hombre ridículo —contestó la Señorita Delacroix mientras que la Señorita Beauford los contemplaba ansiosamente. —No te preocupes, querida Phoebe. Es el sentido de humor de *milord*. Él está aquí solamente para aconsejarme.

—Y mi primer consejo es —dijo el vizconde mientras le indicaba al mozo que detuviera los caballos ya que se encontraban cerca de un sendero bonito para caminar en el parque—, que no deberías hablar de tales cosas en la sociedad.

—Pero mis tías lo hablan.

—Ellas pueden hacerlo entre ellas, pero las jovencitas no pueden. Las damas no mencionan las cosas como dinero, cazafortunas, y los vicios de los hombres. Especialmente no enfrente de los sirvientes. Los míos son sordos y mudos. —El mozo sonrió mientras cuidaba los caballos. —Pero eso es porque los tengo amenazados con caerles a latigazos si todo mundo se entera de mis asuntos. —El mozo sonrió de nuevo.

—Bueno, nunca más lo mencionaré. Intentaré ignorar que me piden bailar en cada baile simplemente por el tamaño de mi fortuna. O que le temo a los vicios de los hombres.

—Y aun así, lo sigue mencionando. Pero es posible, Señorita Delacroix —dijo Gascoigne en un tono que le dio escalofríos a la Señorita Beauford—, ¿que no sabe que la admiran tanto por su belleza como por su fortuna? — Sus ojos cafés se encontraron con los ojos turqués de ella, y la Señorita Beauford contuvo el aliento.

—Es imposible para mí saberlo, señor, puesto que tengo dicha fortuna.

Las damas descendieron del carruaje y los tres caminaron por una vereda secundaria. Había muchas flores alrededor para ser admiradas, pero la Señorita Delacroix estaba concentrada en sus negocios.

—¿Qué sabe de Sir Reid Cameron, señor? Mis tías dicen que es un santo. A mí no me gustó su comportamiento durante el baile de su hija, pero no quiero eliminarlo por completo desde ahora, si es que usted no sabe de una razón para hacerlo.

—Ninguna, aparte de que es tremendamente aburrido.

—Recordemos, señor, que no estoy en busca de caballeros de su estirpe.

La Señorita Beauford gimió.

—En ese caso, puede que él sea el indicado. Se dice que es un padre maravilloso, y fue un esposo devoto mientras que su esposa vivió, y siguió fiel a su memoria luego de que falleció. Ciertamente, hasta esa noche que él vio su pelo plateado, pensé que no le interesaba la compañía femenina.

—No me pareció que fuera muy inteligente.

—Estoy de acuerdo.

—Me gustaría un esposo sensato, pero supongo que dócil podría funcionar también. —La Señorita Beauford chilló como un ratón debido a la sorpresa, pero al parecer Delfina no la escuchó. —¿Y qué del Sr. Fry? Mi tía Mags dice que fui demasiada grosera con él, pero que tal vez pueda intentar de nuevo.

—El Sr. Fry tiene suficiente dinero para vivir, aunque no sea acaudalado. Y es un poeta. Eso es todo lo que sé de él.

—Por favor, averigüe más acerca de él, y me lo deja saber.

La conversación tan fuera de lo normal tenía los nervios de la Señorita Beauford de punta, pero no encontraba la manera de detenerla. Caminó un poco más de prisa para ir adelante, murmurando acerca de las rosas.

Pasaron cuarenta minutos antes de que terminaran de hablar, y, según calculó la señorita Beauford, habían caminado casi cuatro kilómetros antes de regresar al carruaje. Pasearon un poco en el carruaje mientras todos se les quedaban viendo. ¿Cuándo fue la última vez que Gascoigne había salido a pasear con una joven dama recién presentada a la sociedad? Eventualmente se encontraron con el honorable Linton Carswell, quien viajaba en un carruaje de alquiler, y quien levantó la mano a manera de saludo. El mozo detuvo el carruaje al llegar donde estaba el Señor Carswell. El joven miró hacia arriba, ya que el carruaje en el que viajaba era más bajo que el carruaje de Gascoigne. Todo su ser emanaba ansiedad, similar al comportamiento de su papá.

—Hola, Foggy, ¿Qué sucede? —El vizconde notó que la manzana de Adán del joven, bastante prominente por debajo de su barbilla subdesarrollada, subía y bajaba rápidamente, denotando una crisis nerviosa.

—Hola Tito, damas. Eh, mi papá me mandó a buscarlas y llevarlas a casa. Eh, dice que tienen una cita o algo para medirse unos vestidos, ¿saben?

Gascoigne mostró su desilusión. —¿No se te pudo ocurrir algo mejor que eso? Te mandaron para que las vinieras a rescatar, ¿no?

—Diantres, Gascoigne —objetó el joven, sus mejías llenándose de color.

La Señorita Delacroix sintió piedad. —No tengo objeción para regresar a casa, Sr. Carswell —. Se giró para hablarle al vizconde. —Ayúdeme a bajar, *milord*.

—Querrá decir, *por favor* ayúdeme a bajar, *milord*.

—Sí, eso. —Ambas damas bajaron de un carruaje para subirse al otro. —¿Irá a ver la ópera hoy, Lord Gascoigne? —preguntó Delfina luego de haberse acomodado en el asiento junto con la Señorita Beauford.

—Tal vez —contestó él, sonriéndole de tal manera que hasta la Señorita Beauford se quedó sin aliento.

—Vaya —dijo su prima. Cuando Delfina se dio cuenta que los otros ocupantes de su carruaje la miraban fijamente con incredulidad, añadió —digo, espero poder verlo allí, Vizconde.

—Mucho mejor —dijo Gascoigne con una sonrisa aprobatoria, pero la Señorita Delacroix miraba fijamente hacia enfrente, habiendo finalizado con él por el momento.

## Capítulo 5

El Sr. Rigby-Blythe recibió una visita inesperada en su oficina. El magnífico Vizconde Gascoigne de Raith arribó, su abrigo confeccionado con varias capas, sombrero alto en mano, rizos estilados de manera que enfatizaban su mirada pícara, el lustre de sus botas y lo blanco brillante de su camisa en definitivo contraste con la pequeña oficina.

El abogado leyó la tarjeta de presentación y tenía una pequeña idea de qué lo llevaba a buscarlo, pero aun así, se sintió un poco preocupado al contemplarlo. Nunca había visto un espécimen tan magnífico de hombría. ¿Cómo podría resistirlo su pequeña dama? Bastó con mirarlo un par de segundos para saber que la persona enfrente de él podía bailar, montar, cazar, y manejar carruajes de manera experta. Su expresión denotaba su ingenio y excelentes modales, los cuales mostró al inclinarse a manera de saludo un poco más hacia el anciano abogado de lo que ameritaba su posición social, lo que le indicaba el respeto que tenía en particular para el Sr. Rigby-Blythe. Definitivamente su pequeña dama estaba en problemas.

—Sr. Rigby-Blythe —dijo Lord Gascoigne, su voz modulada afablemente—, vine a presentarme en lugar de mandarle los papeles que probablemente esperaba. —Levantó sus cejas a manera de pregunta, y el abogado asintió con la cabeza. —La Señorita Delacroix me dijo que usted ha sido un amigo para ella durante muchos años. Su único amigo, de hecho. —El Sr. Rigby-Blythe indicó la silla donde la semana anterior se sentó la Señorita Delacroix. El vizconde se sentó y el anciano abogado tomó su lugar detrás de su escritorio. —Estas son mis deudas más urgentes. No creo que sea necesario decirlo lo incómodo que es hacerle saber mi situación. Pero necesito que usted vea, que sepa, que a pesar de nuestro acuerdo inusual, no quiero lastimar a la Señorita Delacroix. Solventar mi situación me lleva a aceptar su dinero, pero no me comportaré sin honor.

—Una dama como la Señorita Delacroix, apartada de todos en una vieja casa vacía, sin recibir afecto, siquiera de su mamá —los ojos de Gascoigne se entrecerraron con ira al escuchar esto—, y sin poder tener siquiera un amigo puede ser lastimada más fácilmente de lo que usted supone, Vizconde.

—Puede estudiar los papeles, señor —dijo el vizconde. —Si hay algo a lo que objeta, me lo puede hacer saber. —Se sentó y calló mientras el abogado estudiaba los papeles.

Había muchas cosas interesantes en los recibos que Gascoigne incluyó, unas más interesantes por su ausencia. Por ejemplo, no había deudas por apuestas. O el vizconde había dejado de apostar, o no apostaba más de lo que podía pagar. Además, con los recibos del alquiler de establo, el pago de sus empleados, los recibos del sastre, etc., el abogado se dio cuenta que el vizconde consideraba a todos sus acreedores con igual importancia, algo que la mayoría de su clase social no hacía.

—¿Es eso todo? —preguntó el abogado.

—Esos son todas mis deudas en Londres, pero hay mucho más por pagar en mi finca. Algunas deudas las heredé, pero no le puedo pasar esa carga a la Señorita Delacroix. Ella fue muy clara que solamente debería incluir lo más crítico.

—De ser así, ¿qué piensa que es lo de mayor urgencia en su finca en Shropshire?

—El pago de los empleados. Muchos de los empleados mayores no han recibido un salario durante los últimos dos años. También hay un pago pendiente de la reparación del techo. La Casa

Gascoigne se estaba desmoronando, y cuando mandé a repararla, yo pensaba, por razones que no le compartiré, que iba a poder pagar.

—Un cálculo preliminar de lo que debe en Londres sale en más o menos dos mil guineas. La Señorita Delacroix me ha indicado que puedo pagar hasta cinco mil. Será difícil esconder tanto dinero en las cuentas que le mando a su tutor, pero la vida está llena de retos. —El viejo abogado lo dijo tranquilamente, plenamente confiado en sus habilidades. —El Sr. Juan Beauford está de acuerdo que debo ser generoso con el dinero necesario para que ella se convierta en la primera dama de la moda. Tiene la esperanza de que se case con un duque, por lo menos.

—Los únicos duques solteros que conozco, incluyendo la Familia Real, son mayores que ella por al menos veinte años.

El Sr. Rigby-Blythe, quien inicialmente se sintió inclinado a ponerle obstáculos al vizconde, ahora pensaba que el vizconde era honesto y sincero. —Dejemos otros dos mil para el pago de sus empleados en la finca y la reparación del techo. ¿Es suficiente?

—No tenía idea que venir aquí con mis recibos por pagar en mano resultaría así. Pero si puedo pagarles a los empleados de la casa, estaría... — No pudo seguir hablando. Entre la gratitud, el viejo abogado notó un poco de humillación, y eso hizo que el joven aristócrata le cayera mejor.

—Si se comporta como ella quiere, ganará cada centavo de ese dinero.

Las mejillas de Gascoigne se enrojecieron. El Sr. Rigby-Blythe se levantó y caminó hacia él para ponerle una mano sobre el hombro.

—Si le hace sentirse mejor, este dinero es nada comparado con la fortuna de la Señorita Delacroix. Solamente una de sus propiedades le dará eso en renta en un mes.

—Muy bien, señor —dijo el vizconde, sintiéndose extrañamente reconfortado por la actitud del viejo abogado. —No pensaré en ello. La Señorita Delacroix me indicó que recibiría una suma mensual.

—Doscientas libras. Lo sé.

—La mitad será suficiente, y no creo que sea necesario decírselo.

—Muy bien. Pero si conozco a Delfina Delacroix, lo hará trabajar por cada céntimo mientras ella se acostumbra a la sociedad.

El vizconde se levantó, un poco desconcertado por todo lo ocurrido esa tarde, pero rápidamente recuperando su actitud normal. —Creo que tiene razón, señor. —Tomó su sombrero y le tendió la mano al anciano abogado como si fuera su par. Estrecharon sus manos.

—Suceda lo que suceda, *milord*, solamente le pido una cosa. Sea honesto con la Señorita Delacroix. A diferencia de muchos, ella no entiende de hipocresía ni duplicidad.

—Lo prometo, señor. —Apretó la mano del abogado por un breve instante antes de darse la vuelta y salir de la oficina.

\*\*\*

La sociedad encontró bastante de que hablar sobre el comportamiento de Lord Gascoigne y la Señorita Delacroix. Parecían pasar mucho tiempo juntos. Se les había visto paseando en el parque, bailando juntos al menos dos veces en cada fiesta, y «casualmente» se encontraban en la calle mientras la Señorita Delacroix salía de compras o a la biblioteca. Luego también estaban las veces que se encontraban en la ópera, en los jardines de Vauxhall, o en el teatro. Muy a menudo el vizconde se integraba al grupo, invitando a las tías y la compañera de la Señorita Delacroix a cenar después. Muchas mamás se compadecían de Sibila Lynfield. ¿Cómo era posible evitar que el vizconde, alguien quien conocían de toda la vida, se uniera al grupo?

Por el otro lado, era difícil determinar lo que pensaba o sentía la Señorita Delacroix. Algunas de las debutantes de la sociedad habían empezado a imitar su forma de ser, frías e inexpresivas, ya que parecía enloquecer a los hombres. Ella pasaba mucho tiempo con el vizconde, quien nunca se había interesado en las jóvenes recién integradas a la sociedad, pero parecía no notar sus encantos varoniles. A menudo cuando bailaban ella llevaba fruncido el ceño, y definitivamente no mostraba la admiración exagerada que otras jovencitas mostraban en su presencia. También, ella bailaba con muchos otros pretendientes, pero luego de cierto tiempo siempre encontraba una excusa para alejarse de ellos. Era difícil determinar si ella tenía un favorito aparte de Gascoigne, pero ciertamente algunos ya no tenían su favor.

Las anfitrionas del club de Almacks, quienes ofrecían la oportunidad de bailar sin la necesidad de una fiesta privada, no podían ponerse de acuerdo en la opinión que tenían acerca de su comportamiento. Las entradas al club eran muy codiciadas. Solamente se entregaban a los miembros del *Beau Monde* quienes cumplían con sus rigurosos estándares de conducta. El más mínimo rumor de escándalo o vulgaridad que estuviera asociado con el nombre de alguien impediría que pudiera entrar, sin importar el título o rango que tuviera.

Por un lado, su familia y sus modales eran perfectos, pero por el otro lado, parecía frívola en su manera de tratar a los caballeros. Era demasiado centrada y fría. Su crianza inusual probablemente era la razón de ello, pero causaba problemas en el orden normal de la sociedad. Sin embargo, le entregaron las entradas para ir al club (sus tías se hubiesen puesto furiosas de no ser así), al menos hasta que las anfitrionas pudieran ponerse de acuerdo acerca de qué las inquietaba tanto de ella.

Las semanas pasaban, y bajo la tutela de Gascoigne y no de sus tías, ella empezó a cambiar. Sonreía un poco más, inconscientemente creando más admiradores de lo que ella podía suponer. Gascoigne le informó de las damas de sociedad quien él admiraba por su forma de ser, y entre ellas la esposa del Capitán Fraser era la más preeminente. Ella era una mujer de aproximadamente treinta años, cuyo carisma y manera de comportarse le habían ganado varias amistades. Ella podía ser callada y reservada ante personas que no eran de su agrado, así como Delfina. Se daba su lugar, pero nunca (y Gascoigne enfatizó esto) se portaba de manera altanera con las personas de nivel social más bajo.

Delfina la estudió de cerca e hizo su mejor intento para imitarla. —Oh, Sr. Carswell —dijo cuando Foggy se acercó a ella durante la fiesta que se celebraba en honor de su hermana, Christiana—, ¡qué maravilloso verlo de nuevo! — Ella sonrió y extendió su mano, imitando a la Sra. Fraser, pero Foggy retrocedió, balbuceó algo ininteligible y luego se retiró.

—Es en balde — le dijo Delfina a Gascoigne, tomando un poco del vino que él le llevó mientras estaban sentados en un pequeño sofá en un extremo del salón de baile. —No me sale bien. Mi intento de comportarme como la Sra. Fraser casi le causó una apoplejía al Honorable Sr. Carswell.

Gascoigne sonrió. —Pobre Foggy. Bueno, tal vez el cambio repentino de fría autócrata a cálida y carismática es demasiado para hacerse de un solo.

Delfina suspiró. —Nunca me sentiré bien aquí.

—Tal vez sea mejor que adoptes tu propio estilo. Parece funcionarte muy bien entre tus admiradores.

—Creo que tendría que sacar una pistola de mi bolsa para ahuyentar a algunos de ellos, ¿no cree?

—No menosprecies tu herencia. Deseas que las personas que se acercan a ti solo por el dinero desaparezcan. Luego pones en duda a los que se acercan a ti por tu belleza. ¿Qué quieres

que tu futuro esposo admire de ti?

Por un segundo, ella no supo qué contestar. —Supongo que algo en mi alma.

Él la observó calladamente por un momento. —¿Y cómo podrán conocer tu alma si solo imitas a otras personas y no eres honesta contigo misma?

—Pero estuvimos de acuerdo que mi comportamiento no era el mejor para estar en sociedad. Soy fría y autocrática.

—No siempre fría —contestó él. Delfina se sonrojó y el silencio descendió entre ellos por suficiente tiempo como para tornarse incómodo.

—No es mi intención ser autocrática, pero ese es el único modo de ser que vi durante toda mi vida.

—Sí —contestó: —ser autocrática conmigo o con algún otro pretendiente es divertido. Los hombres no están acostumbrados a lidiar con una dama así, pero al pensarlo, te hace única. Te da carácter. Lo que no me gusta es cuando le das órdenes a la pobre Señorita Beauford —comentó mientras la observaba bailar animadamente—, o si tratas mal a un sirviente. Un tono de voz adecuado, una palabra amable hacia los que son de clase social inferior, esas son las características de una dama verdadera, incluso de un caballero.

La mano que levantó la copa a sus labios tembló, y ella la bajó de nuevo a su regazo. El vizconde tomó su mano por unos segundos antes de que ella la apartara. —No era mi intención herirte —dijo. —Yo...

—Sé que tiene la razón. Muchas veces cuando caigo de nuevo en los viejos hábitos, puedo ver que lastimo a la Señorita Phoebe, incluso a veces con una sola palabra. Nunca me dejaron mostrar algún sentimiento a los demás, ¿entiende? Siempre se me exigió que me comportara de tal manera que se notara la diferencia de rango social con los demás.

—Esa diferencia es algo invisible, o es mejor cuando es así. Proviene del trato cuidadoso con los que dependen de ti. —Él sonrió. —Hoy en día, eso me incluye a mí. Debes ser gentil conmigo, Señorita Delacroix.

—¡Bah! —contestó Delfina, reponiéndose. —Ser gentil con usted solo aumentaría su arrogancia. —Lo miró con serios ojos color turquesa. —Pero estamos en acuerdo que imitar a la Sra. Fraser, sin importar qué tan popular sea, está fuera de mi alcance. Seguiré siendo la fría y autocrática Señorita Delacroix, y todos me dirán que simplemente soy excéntrica porque mis ingresos son cien mil al año. —Giró su cuerpo para poder verlo de frente, y la honestidad que brillaba en el rostro de ella lo sacudió. —Pero tomaré en cuenta lo que dijo de comportarme así fuera del salón de baile. No quiero herir a los demás, pero me ha hecho entender que a veces lo hago. Gracias.

Gascoigne sintió que el estómago se le hizo un nudo cuando ella bajó la vista. Que esta jovencita le diera las gracias a él por llamarle la atención a sus fallas, él, que había pecado tanto, era casi inaguantable. La ola de desprecio propio que le azotó casi lo ahoga. —Mira —dijo después de unos segundos. —Allí viene tu clérigo admirador. El Sr. Wright es santo y tiene dinero, y temo que ya aprendió a bailar la cuadrilla.

—¿No nos tocaba bailar esta pieza, *milord*?— preguntó la Señorita Delacroix, observando con desesperación el avance del vicario hacia ella.

—Le cedo el baile a alguien que está mucho más cercano al cielo que yo —contestó el vizconde, levantándose y perdiéndose entre la multitud.

Delfina miró hacia donde él desapareció antes de girarse y esperar la llegada del Sr. Wright. Él llegó y le pidió que lo acompañara a la pista de baile. Ella, regresando a su comportamiento normal, no le respondió, sino que se limitó a seguirlo.

\*\*\*

—Señorita Beauford, querida Phoebe, ¿podrías quedarte un ratito antes de retirarte a dormir?  
— Le gesticuló a la mucama que le ayudó a soltarse el pelo y alistarse para dormir, pero se dio cuenta y, con algo de culpa, dijo: —Muchas gracias, Rosa. Eso será suficiente por hoy.

Rosa, quien casi había llegado a la puerta luego de haber sido despedida por el movimiento imperioso de la mano de Delfina, se detuvo y le hizo una reverencia algo torpe. —¡Señorita! — dijo y salió corriendo.

La Señorita Beauford estaba dispuesta a quedarse y se sentó en una pequeña silla enfrente de la silla de Delfina, ambas frente a una chimenea donde el fuego se empezaba apagar. Se veía un poco nerviosa y jugaba con uno de los adornos de su ropa de dormir.

—¿Alguna vez se preguntó, Señorita... quiero decir, querida Phoebe, por qué pedí que me acompañara aquí en Londres?

—Bueno, por supuesto que está la casa que mandó a reparar. Realmente no puedo agradecerle lo suficiente por todo lo que ha hecho por mí.

—Sí, sí —empezó Delfina bruscamente, pero al ver que la ansiedad regresaba a los ojos de la Señorita Phoebe, pausó y suavizó su tono de voz. —Quería reparar la casa, sí, pero cuando un amigo sugirió que pudieras venir para ser mi acompañante, fui lo suficientemente egoísta como para ver que sería ventajoso para mí tenerla aquí. Estando a mi lado, tengo mucha más libertad.

—Oh, me alegra serle útil. Ha pasado mucho tiempo desde que estuve en Londres.

—¿Estuvo en Londres antes?— Delfina se distrajo por un momento al darse cuenta de que nunca le había preguntado a su acompañante una sola pregunta acerca de su pasado. No sabía nada de su historia.

—Yo también tuve una temporada, cuando cumplí los diecisiete, querida. Lo disfruté muchísimo. —Vio la expresión confundida de Delfina y siguió. —¿No sabías cómo fue que mi mamá, mi hermana, y yo fuimos a parar en Oakham? Pues, vivíamos en la casa de mi papá mientras él estaba vivo, y éramos muy felices. Mi hermana y yo nunca fuimos populares en Londres. No éramos grandes bellezas, pero igual viajábamos aquí de vez en cuando para ir al teatro o comprar telas nuevas. —Phoebe observaba los carbones mientras hablaba. —Éramos una familia feliz, pero solo mujeres. Y después de que murió mi papá...

—Ninguna heredó —dijo Delfina.

—No. Un sobrino de papá heredó la casa y el título, y, naturalmente, quería que la casa fuera de él y su familia. Nosotros la tuvimos que abandonar. Fue entonces que mi mamá le pidió ayuda a Lady Delacroix, por ser su pariente más cercano. Su mamá fue tan amable al permitirnos vivir en la casita. Mamá siempre nos decía que teníamos que estar agradecidas con Lady Delacroix, porque nos salvó de morir de hambre. Entre la casa y las cincuenta libras anuales que recibía mi mamá, todo iba bien.

—¿Y después de que murió su mamá? ¿Qué hicieron entonces?

—Bueno, mamá ahorró tanto como pudo todos los años que vivimos allá, precisamente porque sabía lo que podría ocurrir. Eso, junto con mi jardín... ¿crees que los trabajadores habrán tenido cuidado con mi jardín? Bueno, pero lo he pasado bien. Ciertamente, me he sentido un poco corta de fondos aquí en Londres. Es costumbre darle propina a los sirvientes cuando uno está de visita así, y me he sentido algo incómoda...

Delfina pensó en los inmensos jardines en la casa Delacroix, los enormes viveros donde crecía la comida que preparaban. Sabía que los sirvientes que se encontraban con comida adicional a lo que su mamá les proporcionaba eran despedidos, aunque se pudiera el excedente de las cosechas. Con el corazón acongojado, le pregunto —Pero ¿alguna vez mi mamá les hizo

llegar comida de nuestros jardines?

—No, no creo que lo hiciera.

Delfina se puso de pie repentinamente y empezó a caminar de un lado del cuarto al otro. Una rabia tal cual nunca había sentido antes se apoderó de ella. La Señorita Beauford la miró, alarmada.

—Ella las visitaba. Ella sabía lo que estaban pasando. Y aun así, ella... — Su voz continuó tomando más fuerza hasta que gritó —¡Ella era un monstruo!

—No, no digas eso, querida. Sin su mamá...

—Sí, ella daba. Pero lo único que ese monstruo daba era veneno. —Dejó de caminar y observó a la Señorita Beauford, quien estaba en mejores condiciones físicas ahora a comparación de cuando llegó a Londres. —¡Nunca seré como ella!

Los ojos de Phoebe se llenaron de lágrimas. —No se ponga así, querida Delfina. Eres demasiado buena conmigo.

—No, Phoebe, no. —Delfina se tiró al suelo ante sus pies y la tomó de las manos. —La traje aquí porque pensé que sería conveniente para mis planes. Fui egoísta, al igual que ella. Usted me ha mostrado afecto y lealtad y amistad, y Gascoigne me ha hecho ver la manera tan ingrata que le he correspondido. Siento tanta vergüenza por mi comportamiento. Nunca más tendrá que pasar penas, ¡se lo prometo! La trataré mejor, lo juro... solo diga que me perdona. —Al terminar de decir esto, dejó caer su cabeza encima de las rodillas de la Señorita Beauford y rompió en llanto.

—Mi pobre niña —dijo la Señorita Beauford. —Pobrecita.

La señora Lynfield, con su atuendo para dormir y rizadores en el cabello, entró para ver cuál era la causa de tanto alboroto. Su mirada se encontró con la de Phoebe, y avanzó hasta quedar al lado de su sobrina, y le puso un brazo alrededor de sus hombros. —Ya, ya, querida. ¿Qué te pasa, Delfina?

Delfina se levantó y tiró los brazos alrededor de su tía. —Tía Sibila, ¿no soy como ella, cierto? Dígame que no soy como ella.

Su tía, quien al fin pudo abrazar a su sobrina con fuerza, no pretendió no entender la pregunta. —No, Delfina, no eres como mi hermana. Nunca podrías ser como ella. —La ayudó a meterse en la cama mientras el llanto histérico de Delfina le hería el corazón. La Señorita Beauford apartó el cobertor para que se pudiera acostar. —Ya, ya, mi niña. Lloro todo lo que quieras y luego intenta dormir. Te veremos en la mañana.

Delfina siguió llorando, su cara enterrada en la almohada. El llanto era tan intenso que sacudía su cuerpo. Las dos damas mayores caminaron hacia la puerta, y luego se voltearon para volver a verla. —Al fin lo dejó salir —susurró su tía. —Necesita llorar. ¿Mencionó el nombre de algún caballero?

—Solo digo que Lord Gascoigne le mencionó algo acerca de cómo me trata, pero eso es absurdo. Ella me ha tratado con tanta amabilidad. Nunca podré agradecerle...

—Sí, sí —dijo la Sra. Lynfield—, pero a veces puede ser algo abrupta, ¿cierto? Hm... Gascoigne. ¿Qué haremos acerca de Gascoigne?— Siguió hacia su recámara pensando en ese problema, cosa que le pareció bien a la Señorita Phoebe. Ella no tenía idea qué podían hacer.

\*\*\*

Lord Gascoigne y varios otros caballeros dejaron sus tarjetas de presentación la siguiente mañana, pero la Señorita Delacroix no estaba dispuesta a recibirlos. Era una pena, pero de esperarse. Una joven dama quien había participado en cada reunión, asamblea, fiesta, baile de importancia social durante la última semana, además de ir al teatro, la ópera, el parque, y salir de

compras en algún momento tenía que descansar.

Sin embargo, la Sra. Lynfield estaba preocupada y llamó a sus hermanas para que le vinieran a ayudar.

—¿Qué llevas puesto ahora, Eloísa?

Lady Eloísa miró su vestido, de seda color rosa claro cubierto con chifón, escotado al punto más bajo que se podía y todavía considerarse decente. El color sugería que ella estaba desnuda debajo del vestido.

—Ah, este estilo es lo más nuevo. Según entiendo, se llama Eros.

Lady Pelleter entró. —Con razón. ¿No sería más adecuado para alguien un tanto más joven?

—¡Y de otra clase!—añadió la Sra. Lynfield, con un poco de envidia de la magnífica figura de su hermana.

—Dejen de bromear. *Todos* lo estarán usando dentro de poco. —Los ojos de sus hermanas se encontraron e intercambiaron una expresión que indicaba la tristeza de ambas de nunca poder usar algo así. Pero se habían reunido para hablar de cosas más importantes.

Ambas habían entrado a ver a Delfina, quien aún seguía en cama, y vieron a una niña desmejorada cuyos ojos gritaban el hecho de haber pasado llorando la noche entera. Después de una breve visita, ambas fueron a buscar a su hermana en el salón de la mañana, afectadas por lo que vieron.

—¡Me tomó de la mano y me pidió perdón! —dijo Lady Mags.

—Me abrazó y me dijo que siempre he sido gentil con ella —comentó Lady Eloísa, igual de asombrada que su hermana. —¿Qué rayos ocurrió?

—¡Gascoigne! —exclamó Lady Pelleter, sus cejas encontrándose al fruncir el ceño.

—No. O, por lo menos, no directamente. Tiene algo que ver con la Señorita Phoebe y el tratamiento deplorable de mi hermana hacia ellas. Por alguna razón, y eso puede ser por culpa de Gascoigne, entendió que se portó de una manera muy egoísta con la Señorita Phoebe.

—Patrañas. La pobre nunca tuvo tantos lujos en su vida. Delfina la ha tratado de la mejor manera —dijo Lady Mags.

—Bueno —opinó la suave voz de Lady Eloísa—, tal vez podría modular su tono de voz un poco. Tiene la costumbre de emitir órdenes en lugar de solicitar favores.

—Pero anoche se dio cuenta que nunca había preguntado acerca del pasado de la Señorita Beaufort ni realmente mostrado interés en sus circunstancias actuales —explicó Sibila pacientemente.

—¿Por qué lo haría? Es suficiente que la trajo aquí y le dio todos esos vestidos y que mandó a reparar su casa —contestó Lady Margarita.

—Sí, y la Señorita Phoebe está muy consciente de todo lo que le debe a Delfina, pero dijo que a Delfina se le metió la idea a la cabeza que era igual a su mamá y sufrió un ataque de histeria.

—Bueno, a cualquiera le daría un ataque de histeria al pensar que podría ser igual a Emilia.

Lady Eloísa comentó —Creo que esto le caerá bien. Estábamos tan preocupadas que fuera como Emilia, y ahora sabemos lo equivocadas que estábamos.

—Pero nuevamente *Gascoigne*. ¿Qué tiene que ver él en todo esto? Y, ¿qué debemos hacer acerca de él? —preguntó Sibila.

—No he visto que Delfina muestre una preferencia hacia él. La gran mayoría del tiempo pareciera que están discutiendo —comentó Lady Eloísa.

—Pero discutiendo de una manera más allá de meros conocidos. Es inquietante —dijo Lady Pelleter. —Uno es amable con los enemigos pero discute con los amigos.

—Pero no son amantes —dijo Sibila —o por lo menos no han llegado a eso. Debemos cuidar

que no pase a más. —Sacudió su cabeza, sus rizos color cobre moviéndose al hacerlo. —Juan me escribió, pidiendo que le contara cómo le ha ido a Delfina hasta ahora. Le conté de sus muchas conquistas y que es de las más populares de la temporada, si no la más popular. Y le mencioné a Gascoigne.

—Ah. Nuestro hermano prohibirá que ellos sean una pareja, por supuesto —dijo con alivio Lady Eloísa.

—Desafortunadamente, no. Él fue el oficial superior de Gascoigne por dos años, y dijo que era un excelente partido para su sobrina.

—¡Hombres! —exclamó Lady Mags.

## Capítulo 6

El dueño de la pensión de los Tres Cisnes en el pueblo de Gascoigne vigilaba a cierto individuo quien llevaba tres días hospedado allí. Era un individuo desagradable con cara de comadreja y un chaleco aterciopelado. Hablaba mucho y gastaba mucho dinero, invitando a los granjeros, herreros, u otros ciudadanos locales a tomar cerveza con él en las noches. Decía que era un carpintero que iba camino a un nuevo trabajo, y que el pueblo de Gascoigne era el más bonito y la gente de allí la más amable que había encontrado durante su viaje. Pero el dueño de la pensión nunca había visto a un carpintero con las manos tan suaves como las de él, y por eso lo vigilaba.

Cuando algún sirviente de la mansión llegaba para refrescarse, el Sr. Mosely (ese era el nombre del supuesto carpintero) dejaba a sus otros compañeros y se acercaba al recién llegado, buscando entablar conversación. Solamente el mayordomo secundario soltó la lengua luego de un par de tragos, hablando libremente acerca del Lord de la casa. Una pequeña advertencia susurrada en el oído del mayordomo por parte del dueño de la pensión hizo que este terminara su cerveza y se retirara.

Durante el día, el Sr. Mosely se ausentaba de la pensión, dándole a entender al dueño que como siempre había vivido en la ciudad, quería ver la campiña tan maravillosa. No llevaba escopeta ni caña de pescar, pero decía que amaba caminar. Sin embargo, la piel pálida lo desmentía, por lo menos en la opinión del dueño de la pensión. El tercer día, el dueño, José Shepherd, le dijo al chico que tenía de ayudante, un joven inteligente de doce años, que siguiera al Sr. Mosely pero que no se dejara descubrir. Fue un juego para el chico, y regresó poco después del huésped para informar de lo que había visto.

El Sr. Mosely entró a la propiedad del Vizconde Gascoigne a través de una pared derrumbada y caminó allí todo el día, preguntando a los granjeros acerca de sus cosechas, los jardines, los establos, ganado y demás como si fuera uno de los supervisores empleados por el vizconde. Lo que más le interesó fue averiguar sobre las personas que vivían en la casa de la viuda, lo que hizo que el dueño de la pensión frunciera el ceño. También hizo algunas preguntas acerca del vizconde.

Al día siguiente, antes del desayuno, el «carpintero» había desaparecido, dejando suficiente dinero con una mucama para cubrir los gastos de su estancia. Se marchó en el carruaje postal hacia Londres, sin saber que lo acompañaba una carta dirigida a Lord Gascoigne en la casa Gascoigne de Londres que el dueño de la pensión escribió la noche anterior.

\*\*\*

Foster y Galbraith del Club parecían estar algo enojados porque Gascoigne no les pidió ayuda para enamorar a la Señorita Delacroix. Él se logró meter entre las tías esa noche en el club de Almacks sin que fuera necesaria su ayuda. Con gran habilidad, logró hacer un comentario que le sacó una sonrisa a Lady Pelleter y le dio un cumplido a Lady Eloísa por su vestido tan a la moda, y hasta le sugirió un nuevo sombrerero a Lady Sibila.

—Y ¿cómo es que sabe tanto de la moda femenina, mi Lord Gascoigne? —preguntó la Sra. Sibila Lynfield con tono acusador.

—Por momentos como este, mi estimada Sra. Lynfield, es que me encargo de estar bien

enterado —contestó mientras se inclinaba sobre su mano, sonriéndole con una sonrisa traviesa.

Mientras llevaba a su sobrina hacia la pista de baile, ella le dijo a su hermana, Mags—, Él es demasiado fascinante.

—Patrañas —contestó su hermana, pero suspiró al ver a Gascoigne y Delfina juntos.

El baile era un vals. La Señorita Delacroix no tenía mucho tiempo de que se le permitiera bailar el vals por las patronas de Almacks. Sería una catástrofe social que una jovencita en su primera temporada aceptara una invitación a bailar el vals sin que Lady Jersey o la Princesa Esterhazy o alguna de las otras poderosas señoras le presentara el caballero en cuestión.

—¿Se siente bien, Señorita Delacroix? Pasé ayer en la tarde para dejarle un pequeño ramillete de flores, solo para ver que se agregara a un montón de otros encima de una bandeja.

—Sí, recibí muchas flores. —Lo dijo sin emoción, y luego respiró hondo. —Necesito hablarle, *milord*.

—Bueno —dijo él con tono de maestro instruyendo a un alumno mientras daban vueltas en la pista de baile—, podrías empezar por darme las gracias ¿sabes?

—Muchas gracias. Ahora...

—¿Cuáles eran?

—¿Disculpe?

—¿Cuáles eran las flores?

—¿Cómo debería saber? Recibí una docena —dijo ella con irritación.

—¿Acaso no leíste las tarjetas?

—Sí las leí, pero no me recuerdo.

—Deberías leer los sentimientos que cada caballero escribe en su tarjeta y decirle que el ramo que él te mandó era el más lindo de todos. Es lo amable. Me encontré al Sr. Crawford en la puerta y me dijo que rompió cinco tarjetas antes de poder plasmar sus sentimientos.

—¿Cuáles eran las flores que él mandó?

—Creo que las violetas.

Ella frunció el ceño. —Pero esa tarjeta solamente decía «Regáleme una sonrisa, y me regala mi deleite».

—Se supone que debería entender el mensaje oculto. Me atrevo a pensar que él tomaría su sonrisa esta noche como señal de que lo prefieres.

—En ese caso me alegro de no haber sonreído. Qué absurdo.

—Recuerdas la tarjeta de él y no la mía —dijo con tono dramático.

—Sus flores eran rosas y su tarjeta decía «Espero que pronto se sienta mejor. G». Pensé que la G era un poco arrogante, como si la debería reconocer. ¿Debo buscar un mensaje oculto en lo que escribió? ¿Acaso oculta una propuesta de matrimonio?

Él rio. —¿Realmente vamos a hablar acerca de flores toda la noche cuando tengo algo importante que comentar?— Gascoigne miró a su alrededor, y aprovechó la cercanía a las puertas hacia la terraza para escapar con la Señorita Delacroix. Se detuvieron bajo la luz de la luna, sin poder quitar sus ojos el uno del otro. Ella dio un paso para atrás para escapar sus brazos, ya que ahora sin la música parecía algo sugestivo permanecer así. Mirando a su alrededor, ella vio una banca al lado de la pared y se sentó en ella. Luego levantó la mano para para indicarle que se sentara junto a ella.

—Gracias —dijo. Él abrió la boca para decir otra broma, pero ella lo detuvo. Podía ver que estaba seria. —No por las flores, sino por haberme abierto los ojos acerca de lo mal que había tratado a la Señorita Beauford y, pues, todo mundo, a decir la verdad.

Él empezó a protestar, pero ella siguió. —¿Sabía que mi generosa mamá le dio a la Sra.

Beauford una choza que no estaba en condiciones para ser habitada, y lo llamó caridad? ¿Sabía Phoebe todavía siente gratitud por eso? Y que aunque hice un poco de esfuerzo para mejorar el estado de su casa, nunca le pregunté cómo fue que llegó a dar allí. Ella creció en una casa decente en Devon, pero la propiedad era parte del título de su papá, y su primo, al heredar todo, las echó a la calle sin darles un solo centavo. Y yo nunca lo supe, hasta que usted me demostró lo mal que estaba mi comportamiento, lo egoísta que fui. Me sentí tan mal. No sé cómo lo pude soportar.

—Pobrecita —dijo Gascoigne, tomándola de la mano. —No te angusties. No tengo derecho alguno para reclamarle a alguien que se comporta de una manera egoísta. ¡Yo me he comportado así durante toda mi vida!

Sus ojos se encontraron en la tenue luz y, sin pensarlo, empezaron a acercarse, cuando sonó una voz fuerte, diciendo —¡Delfina! ¿Te sientes bien, niña? Tal vez no fue buena idea salir hoy. Fue demasiado pronto. Creo que mejor nos vamos a casa.

Los dos se separaron como niños pequeños que fueron descubiertos haciendo alguna travesura. Gascoigne se inclinó hacia la tía de Delfina. —Lady Pelleter —dijo, y entró nuevamente al salón de baile.

Delfina se levantó y siguió a su tía, su comportamiento frío normal nuevamente presente.

\*\*\*

Un pequeño paquete con la dirección escrita con letra angular llegó a la Casa Gascoigne, y Burton se lo entregó a su amo, quien lo tiró sobre el escritorio como si le quemara. Otros dos paquetes similares habían sido entregados. Burton vio a su amo abrir el primero y el más grande de ellos, en el que vio una gran cantidad de billetes, algunos de los cuales se le entregaron para que los distribuyera entre los empleados. Su amo abrió el cajón que contenía la enorme cantidad de recibos por pagar, tantos que a Burton le recorrió un escalofrío al verlos, y le indicó que no quería que lo interrumpieran durante las siguientes horas. Después de un tiempo, un montón de cartas dirigidas a varios acreedores descansaba sobre una bandeja de plata, esperando a ser entregados por Ruperto, el encargado de los mozos de la casa. Los empleados estaban felices, y su fe y confianza en el amo nuevamente se había reforzado, pero Burton estaba incómodo. Su amo tenía dinero nuevamente, pero no le había mencionado a él o a su ayuda de cámara que hubiese ganado una apuesta o algún juego de casino. ¿De dónde provenía ese dinero? Tal vez no se sentiría tan preocupado si no hubiera notado la cantidad de brandi que el vizconde consumió en las horas que estaba atendiendo sus negocios.

Al día siguiente, el encargado de sus fincas, Clayton, lo visitó. Después de varias horas y mucho papeleo, durante lo cual Burton les llevó comida y bebida, el mayordomo notó la disminución en la cantidad de billetes y del contenido de la botella de brandi. Su amo no estaba celebrando. Tal vez se sentía aliviado, pero definitivamente no estaba de humor para celebrar. Al acompañar al Sr. Clayton a la puerta, Burton escuchó que le dijo al vizconde que en seguida iría a Shropshire y llevaría a cabo las instrucciones que le había dado. Lord Gascoigne se encerró con su botella de brandi el resto de la noche, y Burton tuvo la sensación de que estaba ahogando sus penas... o tal vez su vergüenza, aunque no sabía por qué se le ocurrió esa idea.

El paquete de hoy, escrito con la misma letra, era el doble de tamaño de otro que fue entregado un mes atrás. Era blando, y Burton suponía que contenía más billetes. Sin embargo, el vizconde se veía de mal humor luego de haberlo recibido. Lo colocó sobre la repisa de la chimenea, junto con el paquete anterior. El vizconde no los quería tocar.

\*\*\*

Durante el viaje en carruaje de regreso a la casa, Tía Sibila y Tía Mags intentaron hacer que Delfina entendiera que hizo mal al dejar el salón de baile con Lord Gascoigne a solas, mientras que su compañera, la Señorita Phoebe, se sentó en la esquina y trató de desaparecer. —Solamente porque yo me di cuenta y nadie más, gracias a Dios, es que tu reputación permanece intacta, Delfina.

Delfina tensó su cuerpo, como era normal, pero luego trató de relajarse. Le respondió a su tía con paciencia, como si le estuviera explicando a un niño. —Solamente estábamos conversando, tía. ¿Qué hay de malo en eso?

—¿Él te tenía de la mano, Delfina! ¡Y en público!

Tía Sibila se quejó, aunque tal vez fue porque el carruaje pasó por un bache en la calle y se sacudió.

—¿Debería solamente tomarle la mano a alguien en privado, entonces?

—No lo deberías hacer, ¡punto! —casi gritó Lady Pelleter. Se recostó contra el asiento, usando su abanico. —Dile algo, Sibila. Yo ya no puedo.

Sibila se inclinó hacia su sobrina y la tomó de las manos. —Delfina, por favor haznos caso. Tu conducta hoy fue escandalosa. Sola, con un hombre, y permitiéndole ese tipo de intimidades, solamente te llevará a la ruina social. Si una de las encargadas de Almacks te hubiera visto, nunca te permitirían entrar allí nuevamente.

—Pero tía, le aseguro que él solamente me estaba consolando, así como usted lo está haciendo ahora. No había nada escandaloso...

Mags Pelleter se sentó recta repentinamente, como si fuera un juguete de niño. —Yo te vi, Delfina. No puedes negar que fue un momento íntimo entre los dos.

—Bueno, supongo que pudo ser. Pero no hay nada escandaloso. Solamente le estaba comentando a Lord...

—¡No importa! —casi gritó su tía. —Lo que inocentes como tú piensan que pasa y lo que hombres como Gascoigne piensan en esas circunstancias son muy diferentes. Si te hubiesen visto, hasta mi Roberta y la hija de Eloísa, Christiana, se hubiesen visto afectadas.

—¿De verdad? —preguntó Delfina, incrédula. —Pero si las chicas no pueden hablar con los hombres a solas, ¿cómo entonces les pueden proponer matrimonio?

—Bueno —dijo la Sra. Lynfield con tono conspiratorio—, a veces las mamás logran idear la manera para que puedan pasar un ratito a solas, para facilitar las cosas, por decirlo así.

—¡Sibila! —gritó Lady Pelleter.

—Perdón, querida —dijo su hermana, contrita. —Debería decir, Delfina, que el caballero indicado le pedirá permiso al papá de la dama en cuestión para poder hablar a solas con ella, pero solamente para pedirle que se case con él.

Mags Pelleter se dejó caer contra el respaldo nuevamente, usando su abanico furiosamente. —Se niega a entender Sibila. Yo...

—Lamento mucho haberle causado tanto problema, Tía Mags. Prometo no volverlo a hacer.

Las dos hermanas se quedaron viendo a su sobrina, incrédulas. Mags se desinfló como un globo. —Santo cielo, ella está de acuerdo. Y yo todavía no estoy del todo convencida.

## Capítulo 7

La señorita Beauford entró al cuarto de Delfina esa noche, para ver cómo se sentía.

—Delfina, ¿te encuentras bien?

Delfina estaba sentada en la cama, abrazando sus rodillas, sumida en sus pensamientos.

—¡Phoebe! Ven, siéntese conmigo. Lamento que tuvo que soportar la conversación en el carruaje. ¿Está bien?

La Señorita Beauford se sentó en la cama y subió sus piernas, acomodándose para charlar. —Estoy bien, gracias.

—¿Qué edad tiene, Phoebe?

—Tengo treinta y ocho ahorita. La última vez que vine a Londres tenía veintiuno, cuatro años después de mi presentación a la sociedad. Me presentaron a la Reina Carlota, ¿sabía? Eso fue antes de la lamentable enfermedad de su majestad el rey. Tuve la fortuna de que el vestido de mi hermana me quedó, porque aunque mi papá no era pobre, tampoco era rico.

—¿Cómo le fue?

—Fue menos emocionante de lo que pensé que sería. La reina simplemente me saludó moviendo la cabeza, y siguió con las demás jóvenes. Pero logré bailar con un general, quien me dio un cumplido por el color de mis ojos. —La señorita Beauford dio una pequeña risa que causó que Delfina sonriera.

—Tiene ojos muy bonitos.

—Gracias, pero eso no es por qué vine. ¿Cómo se siente después de que sus tías...? Digo, pensé que tal vez se sentiría mal otra vez.

—Yo les causé un disgusto, que nunca fue mi intención. Creo que vivir en el mundo de la sociedad es difícil. Está lleno de reglas que desconozco y que a menudo rompo. Se supone que debería conocerlas, pero ¿cómo? Usted sabe cómo era mi vida con mi mamá. Creo que nunca se le ocurrió que yo viviría fuera de la Casa Delacroix, y por eso solamente le importaban sus reglas.

—¿Puedo preguntar...? No me atrevería en otra situación, pero ya que lo mencionó, ¿eras infeliz viviendo allí?

—Muy infeliz. Pero me refugié en mi ira. No en una ira caliente que irrita. Eso lo tuve que suprimir desde muy pequeña. Era una ira fría que me protegía de desear más de lo que podía tener.

—Sabe, creo que yo fui mucho más afortunada toda mi vida. Yo tuve padres y una hermana que me amaban.

—Phoebe, ¿podría quedarse conmigo esta noche? Me siento molesta y no sé por qué. Solo sé que no quiero estar sola.

La Señorita Phoebe, encantada, se metió en la cama y se acomodó, acurrucando a Delfina como lo solía hacer con su hermana. Delfina se puso tensa un segundo y luego se relajó, acomodándose hasta que su cabeza descansara sobre la almohada, y durmió como no había dormido desde que arribó a Londres.

\*\*\*

Las tías decidieron que mantendrían a Delfina bajo supervisión estricta por el momento, conscientes que la presencia de la Señorita Phoebe no era suficiente.

—Ella es la mujer más dulce del mundo —dijo Eloísa—, pero por naturaleza no es asertiva y

no podemos depender de ella para mantener a Delfina fuera de problemas.

—Hubiera pensado que su compañía constante sería suficiente, sin importar lo despistada de la compañía —comentó el Sr. Lynfield, sentado al lado de la chimenea, leyendo el periódico.

Las tres damas decidieron ignorarlo por el momento. —Debemos coordinar nuestras actividades y mantener a Delfina con una de nosotras en cada momento. Esta mañana, Christiana y yo iremos a comprar más tela para mandarle a hacer otros vestidos. Es imposible pensar que tiene suficientes vestidos de noche para el resto de la temporada. No los tiene. Me llevaré a Delfina también.

—Luego nos podemos encontrar para almorzar donde Rosetti —dijo la Sra. Lynfield—, y la acompañaré a la biblioteca. Después podemos regresar a casa para recibir visitas. Espero que haya uno entre todos que pueda distraerla para que no piense en Gascoigne. El Sr. Steel es uno de sus favoritos, y voy a insistir que salga a pasear con él mañana temprano. Hoy en la noche iremos al concierto. Allí no nos tenemos que preocupar, ya que Gascoigne nunca va.

—Y tú también puedes ayudar, Edgar —dijo Lady Pelleter al Sr. Lynfield con un tono de voz serio. —Puedes buscar a Gascoigne y preguntarle cuáles son sus intenciones con tu sobrina.

—No haré nada tan descabellado —contestó el Sr. Lynfield sin levantar la vista de su periódico.

—Querido... —empezó su esposa, suplicando.

—No servirá de nada intentar persuadirme. Si le pregunto qué quiere con mi sobrina, y si es el tipo de hombre que ustedes piensan y no tiene buenas intenciones hacia ella, entonces no me lo dirá. Y si me dice que quiere casarse con ella, ¿qué puedo decir en contra de eso?

—¡Que lo prohíbes! —exclamó apasionadamente Mags.

—¿Prohibirle a un noble que le ofrezca matrimonio y su corazón y todos los privilegios que trae a alguien que no es de la nobleza?

—¡Pero es un cazafortunas!

—Entonces tal vez ha encontrado la fortuna adecuada.

—Es un libertino y apostador y...

—Todo lo que las jovencitas cabeza-hueca encuentran irresistible. Lo sé.

—¿Dejarías que tu sobrina se viera condenada a una vida así?

—¿Acaso, señoras, no pueden ver— dijo el Sr. Lynfield ya molesto —que encerrar a Delfina en otro tipo de prisión además de lo que ya ha sufrido solamente la incentivará a que se rebele y tenga más interés en Gascoigne?

—No podemos dejar las cosas como están. La gente ya empezó a hablar.

—Sí, diciendo que Gascoigne está enamorando una debutante. No dicen nada malicioso. Los he observado detenidamente y Delfina no parece estar enamorada. Deberían confiar más en ella. Es más sensata que muchas otras que conozco. Si no supiera lo contrario, diría que ella lo está usando a él, no él a ella.

—¡Edgar! —exclamó Lady Pelleter, usando un tono de voz que ponía su esposo a temblar. — ¡Hablarás con Gascoigne!

—¡No! —contestó el Sr. Lynfield, sacudiendo su periódico para ponerle punto final al asunto.

\*\*\*

Christiana Carswell, una joven bonita con el mismo pelo claro y figura elegante que su mamá, no estaba muy contenta de que las acompañara su prima. Últimamente la había ignorado cierto caballero, el Sr. Mark Steel, quien estuvo en su bolsillo durante el principio de la temporada, pero que se distrajo con la estrella brillante que era su prima. Que él tuviera que

esperar para bailar con Delfina y que ella no mostrara mayor interés por él solo aumentaba el resentimiento que Christiana sentía. Delfina no tuvo que mover ni un dedo para robarle su enamorado, y que ella ni se diera cuenta le dolió. Pero Christiana era una niña obediente y bien portada, y compartir la emoción de buscar telas nuevas pronto las convirtió en amigas.

Delfina tenía un ojo especial para determinar el mejor color, y aunque la manera en que dejaba saber su opinión no era la mejor, Christiana pronto empezó a confiar en sus decisiones.

—Pensé que el amarillo te quedaría bien por tu pelo hermoso, pero te hace ver enfermiza — comentó su prima mientras Christiana sostenía la tela cerca de su cara. —¡El rosa es perfecto!

La seda rosa tenía cientos de capullos bordados. Lady Eloísa miró el precio y le dijo a su hija que siguiera buscando. Era demasiado costoso. Una breve charla con el asistente de la bodega quien los seguía le indicó que Delfina lo iba a comprar. Las damas también encontraron varias muselinas para uso diario y otras telas, no tan costosas, y compraron suficiente para sus vestidos. Delfina también ordenó un poco de tela de las más sencillas, que le había gustado a la Señorita Phoebe, y pidió que la enviaran a la casa en Russell Square. Encontraron una tela color palo rosa que le iba bien a Christiana, y unas telas color azul y turquesa para Delfina. Por el momento, todas quedaron satisfechas y estaban felices de poder ir a almorzar.

Durante la comida, Delfina indicó que tenía la intención de visitar la biblioteca pública esa tarde, pero que regresaría a tiempo para recibir las visitas junto con su tía Sibila.

—No te preocupes, querida Delfina. Hoy las acompañaré. No he cambiado mi libro en mucho tiempo —contestó su tía.

Delfina intercambió una mirada con la Señorita Phoebe, ya que solamente ella sabía que después de una visita relámpago a la biblioteca pública, Delfina se reunía con su abogado todos los jueves. Normalmente la Señorita Phoebe se sentaba en el salón de afuera, junto con el joven asistente del abogado, quien frecuentemente bajaba a comprarle comida a los vendedores ambulantes. Ella lo acompañaba mientras que él hacía sus actividades y disfrutaba de charlar con él. La Señorita Phoebe no había visto nada malo en esto, ya que Delfina le había explicado su amistad con el abogado y que quería saber más sobre cómo manejar su herencia. Delfina tal vez pasaba tiempo a solas con un hombre, pero cualquiera que viera la avanzada edad del Sr. Rigby-Blythe no estaría preocupado. Pero estas visitas no se mencionaban, y ahora la Señorita Phoebe se dio cuenta, con algo de culpabilidad, que eran secretas.

Cuando sus tías se levantaron para ir a refrescarse entre los platos, Delfina se levantó y tomó sus guantes y su bolsa. —Por favor, díles a mis tías que tengo unos asuntos que ver que se me habían olvidado, y que regresaré a tiempo para recibir las visitas. Vamos, Phoebe.

Christiana apenas tuvo tiempo de responder antes de que Delfina y Phoebe salieran la calle, llamando un taxi.

Su mamá la regañó cuando regresó a la mesa, pero Christiana perdonó a su prima esa tarde cuando llegaron las telas a la casa, incluyendo varios metros de la seda rosa bordada, con una nota de Delfina pidiéndole a su prima que aceptara la tela, y que le diera el satín dorado a su prima Roberta. Era un regalo de amistad, y cuando Christiana le mostró la nota y la tela a su mamá, ella tuvo que admitir que fue un bonito gesto.

La Sra. Lynfield regresó a casa furiosa, y hubiera regañado a Delfina, pero cuando regresó su esposo, él le comentó que Gascoigne estuvo en su club todo el día. Eso la aplacó un poco.

Pero ¿entonces a dónde fue? La Sra. Lynfield atrapó a la Señorita Phoebe, quien no tuvo remedio más que contarle. Le comentó las noticias a su esposo mientras que le ayudaba a arreglarse la corbata. —Deja que tenga esa amistad con su abogado. ¿Qué daño podría hacer? — dijo con calma, su barbilla hacia arriba para que ella pudiera anudar la corbata. —Él ya accedió a

informarme de todo antes de hacer cualquier cosa, pero creo que Delfina lo ve más como una figura de abuelo. Déjala, amor. Ella fue vigilada y controlada toda su vida. Seguramente necesita tener unos secretos para disfrutar de su nueva libertad.

La Sra. Lynfield, quien realmente tenía un corazón muy tierno, sintió eso profundamente. Ella le había prometido a su sobrina que sería feliz en Londres, que se liberaría de todo lo que su madre le había hecho, pero ahora ella y sus hermanas se estaban comportando exactamente como Emilia. Ese pensamiento la heló hasta los huesos.

Pero persistía el problema de Gascoigne. Ella tendría que tomar cartas en el asunto.

\*\*\*

«En el BM a las cuatro» leía la nota, entregada a Gascoigne por un barrendero joven que ahora jugaba con la propina más grande de su vida en su bolsillo. La dama le dio dos chelines por entregar la nota y el caballero le dio un cuarto de soberano al recibirla. —¡Tiene que ser algo importante! —comentó su amigo, Harry.

El vizconde se rascó la cabeza al leer la nota tan breve, suponiendo que sus tías la habían hecho sentir sofocada, tanto como para querer que se reunieran en el Museo Británico.

Sin importar su reputación, a él no le gustaba la intriga ni lo clandestino. Tomó su carruaje y se presentó en la puerta de la casa del Sr. Lynfield a las tres de la tarde. Tomando ventaja de su título y conexión previa con la familia, le entregó su sombrero y fuede al mozo que abrió la puerta y preguntó si las damas se encontraban en casa.

Fiennes, el mayordomo, quien había escuchado suficiente de la plática de las hermanas como para entender que posiblemente Lord Gascoigne, por el momento, no era del todo bienvenido, caminó hacia él.

—La Sra. Lynfield no está en casa, *milord* —comentó con discreción. —Tal vez su señoría pueda regresar mañana cuando seguramente la encontrará. —Tomó el sombrero y fuede de las manos de James, el mozo, y se los entregó al vizconde.

El vizconde, con una luz pícara en los ojos, bajó su voz y le dijo en tono conspiratorio —Ah, pero no es a la Sra. Lynfield a quien busco. La Señorita Delacroix me escribió una carta y me pidió que la acompañara al Museo Británico esta tarde, y aquí estoy para complacerla.

Eso puso al mayordomo en aprietos. Él no sabía lo que su ama diría, pero sin la presencia de tanto el señor como la señora Lynfield, ¿quién era él para decirle no a un vizconde? —Le preguntaré a la Señorita Delacroix si lo recibirá.

Diez minutos después la Señorita Delacroix, apurada, bajó las gradas rápidamente, usando un vestido para carruaje con una capa blanca, seguida por su compañera quien aún se amarraba las pitas de su sombrero de paja. La Señorita Delacroix lo miró de tal manera que le indicó que le iría mal después, pero siguió caminando hacia la puerta. El mozo la abrió y no tardó mucho para que los tres fueran camino al museo. En el carruaje, ella miró al vizconde furiosamente.

—¿Por qué llegó a la casa?

—Porque tu quisiste esta salida al lugar más aburrido de todo Londres, y yo te estoy dando el gusto. Hasta te llevo en carruaje para ahorrarte el tener que caminar estas tres cuadras y no gastar tus zapatos.

—Sabía que quería ir en secreto. Se lo expliqué.

—Yo no lo sabía. Es inevitable que nos encontremos con alguien que conocemos, y ¿cómo tomarían tus tías el hecho de que nos vemos sin que ellas lo supieran? No me gusta ese tipo de intriga.

—De acuerdo con su reputación, *milord*, le encanta este tipo de intriga —contestó Delfina.

—Sí, pero nunca con damas solteras —comentó el escandaloso vizconde.

En ese momento el carruaje se detuvo detrás de una carreta, y la Señorita Phoebe escuchó el comentario y se escandalizó. —Usted es...

—Vil, un libertino, malvado —dijo Gascoigne, aburrido. —Escoja el que más le guste.

—Muy amable en acompañarme al museo —contestó Delfina con tono inocente. — Necesitaba decirle algo, y como no podía escribirlo, pensé que era mejor que nos viéramos.

—Bueno —dijo el vizconde, guiando su carruaje alrededor de una carreta volcada—, si tienes algo en particular que decirme, mejor esperemos hasta llegar al museo. Nos dará algo más que hacer que aburrirnos.

Delfina miró hacia la calle, jugando con su pañuelo. No hizo otro comentario, a excepción de decir —No pedí verlo para que peleáramos.

Él la miró y le dio una sonrisa tan cálida e íntima que hizo que la Señorita Phoebe, quien solamente la podía ver de perfil, se preguntara cuál sería el efecto devastador que pudiera tener sobre su prima, quien la veía de frente. Pero Delfina miró hacia la calle nuevamente, y dentro de poco arribaron al Museo Británico. Ella sabía, por lo que había leído de niña, que el museo no cobraba la entrada a académicos y personas afines, pero no creía que su grupo se pudiera calificar de tal manera.

Después de vagar por los cuartos, el vizconde vio una banca en un cuarto dedicado a la colección de esculturas clásicas de Lord Elgin, y guio a las damas a ella para que se sentaran. Era difícil no seguir observando las figuras de mármol, pero Delfina tenía una misión que cumplir. Le dijo a la Señorita Phoebe, tomando su mano brevemente —Phoebe, querida, ¿podrías por favor tomar asiento en la banca de la esquina? Necesito hablar con Lord Gascoigne en privado. Prometo que no es nada que no aprobarían mis tías.

La Señorita Phoebe estaba más que segura que sus tías no aprobarían la salida de esa tarde, pero no pudo resistir la mirada de súplica que le dio, o la sonrisa que le dio la niña quien le había dado tanto en tan poco tiempo. Giró su cuerpo para ver a Lord Gascoigne de frente, y frunció su ceño. Él tomó su mano y dijo con toda seriedad —Le aseguro que no sucederá nada indebido.

Una vez estuvieron solos, Gascoigne empezó a hablar. —Tus tías te han estado reprochando por lo sucedido en Almacks. Lo lamento. Fue totalmente mi culpa.

—Ellas piensan que tenía planeado algo ruin.

—¿En Almacks? No me atrevería. Lady Jersey es amiga de mi mamá. Me descuartizaría.

—Bueno, yo sé que no tenía malas intenciones. Yo era la que quería hablar...

—No diría precisamente que no las tengo —comentó él con algo de ironía.

Un escalofrío recorrió la espalda de Delfina cuando recordó cómo se habían empezado a inclinar el uno hacia el otro esa noche. —Algo sucedió entre nosotros —dijo con toda sinceridad —que, sin importar lo que digan mis tías, no estaba planeado.

Ella levantó su cara para mirarlo, y él se preguntó por un momento si alguna vez habían besado a alguien en la galería de antigüedades del Museo Británico. —No, no fue planeado.

—Pero eso hace más real lo que hablan de nosotros. Sería muy fácil... — Ella dejó de hablar, y él hubiera pagado cualquier precio por conocer el resto de la frase. —Lo escogí para que hiciera algo por mí. Hasta ahora ha sido una gran ayuda. Me ha ayudado a mejorar mi comportamiento, ha escudriñado mis pretendientes, y ha sido honesto conmigo en todo, o por lo menos eso creo. Si sus bromas me enojan, eso es el precio que debo pagar por escoger un hombre como usted.

—Un hombre como yo —dijo él con el tono frío. —Pareciera que me está despidiendo, Señorita Delacroix.

—¿Lo herí? Parece que tengo la habilidad de herir fácilmente sin querer a las personas que considero más cercanas a mí. —Él guardó silencio. —Quería comentar que al parecer estoy hiriendo a mis tías de maneras que ellas no se merecen. Haber salido a la terraza con usted podría haber afectado la reputación de mis primas si nos hubieran descubierto, según me contó mi tía Mags. —Gascoigne pensó que eso era una exageración pero no dijo nada. —Ha hecho todo lo que ha podido por mí, Lord Gascoigne, pero ahora creo que debo valerme por mí misma.

Gascoigne la miró, pero parecía estar muy lejos de ella a pesar de que estaban sentados juntos en la banca. —No podré salir a pasear con usted, ni bailar, ni nada más. Nuestro arreglo queda en pie. Si me comprometo para casar antes de que termine la temporada, le daré las cinco mil libras. Se las ha ganado, ya que me ha ayudado a esquivar los peores prospectos.

—Excepto yo —contestó el, distante.

Él pensó que escuchó que ella contestó en voz baja —Excepto usted.

—Entonces ¿no ha cambiado su opinión de mí como pretendiente a su mano? Ya lo veo. Bueno, le pediré al encargado en la puerta que le pida un carruaje. —Él tomó la mano que le extendió y se inclinó sobre ella. —Adiós, Señorita Delacroix. Espero que logre conseguir todo lo que desea. —Se dio la vuelta y se fue, demasiado frío como para siquiera despedirse de la Señorita Phoebe al pasar a su lado.

Delfina dejó caer su cabeza entre sus manos y lloró. La Señorita Phoebe corrió a su lado y la abrazó, meciéndola e intentando reconfortarla, manteniendo alejado a uno de los trabajadores del museo usando la expresión facial más severa que podía.

## Capítulo 8

—¡Delfina! —gritó su tía Sibila cuando entró al salón verde, con sus guantes y sombrero aun puestos. —¿Qué crees que haces, saliendo así con...

—No veremos más a Lord Gascoigne, tía —dijo su sobrina, su voz fría como la tumba. — Puede avisarles a mis otras tías que nuestra... amistad ha terminado.

Detrás de la expresión fría y sin sentimientos de su sobrina, Sibila Lynfield pensó ver una desolación que la afectó hasta el fondo de su ser.

\*\*\*

En la reunión del Club de Casados o Muertos la semana anterior, el honorable Daniel Galbraith había declarado su intención de casarse con la Señorita Frampton, diciendo que la nariz aguileña de la joven era la pareja perfecta para la de él, por lo que Gascoigne, quien hubiese preferido estar en su casa de Suffolk, tuvo que atender la fiesta dada por Lady Glendale.

Ya que Lady Glendale era algo estudiosa, el entretenimiento para esa noche era poesía. Solamente el juramento tomado por Lockhart, Foster, Gascoigne, de Cabernet (quien estaba de visita) y Deville tenía el poder para que ellos se presentaran esa noche.

—Foggy dice que su mamá le dijo que llevaste a la Señorita Delacroix al Museo Británico —susurró Hildegart, incrédulo, mientras que Lord Enderly, el viejo libertino, finalmente terminó de recitar el poema dedicado a Lady Glendale.

—Por primera vez, Foggy está en lo correcto —contestó Gascoigne, pero su atención estaba en las personas entrando en ese momento. El Sr. Mark Steel caminaba junto con la Señorita Delacroix y sus acompañantes, la Señorita Phoebe y Lady Carswell hacia unas sillas en el otro extremo de la habitación. Los ojos de la Señorita Delacroix pasaron por todos los miembros de la Club sin expresar sentimiento o reconocimiento alguno.

—¡Te ignoró! —exclamó Hildegart.

—¡Sh! —contestó Gascoigne. —Nuestra anfitriona empieza a leer.

La Señorita Frampton también entro, seguida por sus padres, quienes se sentaron a ambos lados de ella.

—Difícil —dijo Hildegart, observando a los padres estrictos de la jovencita. —Muy difícil.

Galbraith suspiró, pero Lockhart se inclinó hacia ellos y dijo: —Nada es difícil para el Club de Casados o Muertos, jovencito.

Lord Lockhart caminó hacia donde estaban sentados los Frampton y le susurró algo al oído al Sr. Frampton. Este, dando un suspiro de alivio, se levantó y siguió a Lockhart, intentando no interrumpir a la anfitriona del evento quien estaba a medio verso.

—La promesa de encontrar algo de tomar más fuerte que el vino dulce que sirven aquí —dijo Gascoigne. —Nunca falla.

—Siempre y cuando pueda encontrar algo en esta casa —murmuró el Marqués.

—¡Pero la mamá! —se quejó Galbraith.

—Eso déjenmelo a mí —contestó Foster, riéndose.

Observaron como Hildegart, quien llevaba su copa con ponche en la mano, caminó hacia donde estaban sentados los Framptons. De alguna manera se las ingenió para derramar el contenido de la copa sobre el vestido costoso de la Sra. Frampton.

—¡No tuvo piedad! —dijo Gascoigne mientras sacudía su cabeza.

La dama se levantó y Hildy la acompañó, pidiéndole perdón profusamente, esperando encontrar una sirvienta que le pudiera ayudar a quitar la mancha antes de que se arruinara por completo el vestido.

Daniel Galbraith se sentó al lado de la Señorita Frampton en un dos por tres. Otro caballero que también estaba interesado en ella, el Sr. Sinclair, empezó a caminar hacia ella para aprovechar la oportunidad, pero Gascoigne lo interceptó y le pidió que acompañara para platicar con sus amigos. Pasaron veinte minutos antes de que los padres de la joven regresaran, suficiente como para que el caballero pelirrojo obtuviera la promesa de la jovencita que se verían otro día. Le dio a entender de que si ella no llegaba a la reunión, él estaría tan desolado que preferiría no vivir. La sensible Señorita Frampton no podía permitir que eso sucediera, y Gascoigne estaba seguro de que ya casi se había resuelto ese asunto. Solamente faltaba decidir si se escapaban (la Señorita Frampton apenas tenía dieciocho años) o si se le hacía una petición apasionada a los padres para que dieran su permiso.

Dos días después, luego de que los miembros del Club atendieran una reunión en Almacks y un concierto en los Jardines de Vauxhall para ayudar a Daniel Galbraith, cosa que Deville pensó que fue increíblemente aburrido, los caballeros nuevamente se encontraban en el Club de Cribb.

El marqués levantó su copa para brindar al recién comprometido caballero, quien logró convencer primero a la hija y luego al padre de su deseo de iniciar una nueva vida. —Bien hecho, caballeros. El *Club de Casados o Muertos* pronto dejará de ser.

Hildegart Foster se paró, levantando su copa también para brindar. —Caballeros, yo también reclamo una señorita.

—¡Ajá! —exclamó el marqués. —El último en caer. ¡Una ocasión histórica!

—No exactamente el último —contestó, antes de exclamar de manera dramática —Intentaré ganar a la Señorita Delfina Delacroix.

El vaso del vizconde pegó contra la mesa con suficiente fuerza como para derramar el contenido. El silencio que siguió fue increíblemente tenso.

—Ya la habían pedido, jovencito —dijo Lord Lockhart.

—Es cierto —contestó Hildegart, tratando de mirarle a los ojos a Gascoigne pero sin poder lograrlo. —Pero todos aquí han estado en los mismos eventos sociales que yo. Es completamente obvio que el vizconde ha, eh, fallado en su intento. La Señorita Delacroix prácticamente lo ha ignorado por completo. Todo mundo lo está comentando. —Todos voltearon a ver a Gascoigne, quien se limitó a apretar la mandíbula. —Por lo tanto, según nuestras reglas, la Señorita Delacroix puede ser enamorada.

—No por ti, sinvergüenza —dijo el vizconde.

—Caballeros, las reglas del Club dicen que me tienen que apoyar —reiteró Hildegart, su expresión facial volviéndose terca.

El vizconde se levantó. —Te lo diré ahora, y más te vale tomarlo en serio, Foster. La Señorita Delacroix no está disponible para ti ni para cualquier otro de esta Club. Y si intentas hacer algo más que bailar con ella, te juro que te azotaré como el perro que eres.

Sostenía sus guantes en una mano, y los usó para darle una bofetada a Foster. Luego se dio la vuelta y salió del cuarto.

—Ah, entonces sí es un matrimonio por amor —dijo el Marqués solemnemente.

—¿Entonces no me ayudarán? —preguntó Hildegart, el color rojo de su rostro mostrando su ira. Los otros hombres solamente lo observaron sin decir palabra. —Bueno. Entonces yo me las arreglaré solo. —Y con eso, él también salió de manera dramática.

El Capitán Fanshaw Redmond salió detrás de él. Él no escuchó la conversación, pero sabía reconocer cuándo un joven estaba en una posición vulnerable, y cuándo aprovechar la situación.

\*\*\*

Durante las siguientes semanas, la sociedad entera observaba con fascinación como la Señorita Delacroix, quien todos habían aceptado como una persona excéntrica pero entretenida, lidiaba con sus pretendientes. Precisamente qué sucedió con su favorito, Gascoigne, nadie sabía. Él se fue dos semanas a su casa de campo para cazar, y cuando regresó fue para encontrar a su amigo, Hildegart Foster, tratando de enamorar a la Señorita Delacroix.

Había muchos contendientes para pedir su mano en matrimonio, incluyendo Foster, Mark Steel, y Sir Roger Fentiman. En uno de los clubes de caballeros se llevaba un récord de todos para que pudieran apostar acerca de quién se llevaría el premio, incluyendo a Lord Gascoigne.

—Pensé que ya no tenía oportunidad —comentó Lord Albanley. —Escuché que ella ni siquiera lo volteó a ver.

—Seguramente discutieron, pero todavía hay una alta probabilidad que él sea exitoso. Ayudaría saber quién se disgustó con quién, pero él es una tumba cuando se le menciona el tema. Siempre he dicho que hay que tener cuidado con el tapado.

Albanley apostó quinientos a favor de Steel, pero luego lo tachó y lo puso a favor del vizconde. —Nunca se sabe con Tito.

La Señorita Delacroix iba limpiando el campo ella misma. Dejó de bailar con Sir Reid Cameron, cuyos ojos la seguían por el cuarto de una manera que hasta sus tías tuvieron que admitir que era incómoda. Circulaban muchas historias de sus comentarios cortantes que eran propinados a los caballeros que ella pensaba que se habían pasado. Una de tantas contaba de la vez que el Capitán Fanshaw Redmond, un mujeriego de la vieja escuela, le preguntó si ella quería que él la acompañara a la cena. Ella le contestó que no se le ocurría algo que quisiera menos que eso.

Parecía haberse hecho amiga de sus primas, la Honorable Señorita Christiana Carswell y la oscura y vivaz Lady Roberta Pelleter. Si un caballero se les acercaba mientras ellas estaban conversando, la Señorita Delacroix los espantaba con el gesto imperioso de su mano que ya todos conocían. Ella logró que Foggy Carswell hablara con una dama que no era parte de su familia, una hazaña que muchos asemejaban a un milagro, como cuando Moisés abrió el Mar Rojo.

En cada fiesta que Foggy había sido obligado por su mamá a acompañar a su hermana y la Señorita Delacroix, se le veía hablar y bailar con ella. Cuando le preguntaban de qué hablaban, Foggy solamente decía —Cielos, no lo sé. Es una chica muy entretenida.

Los caballeros de la sociedad miraban con asombro cómo la Señorita Delacroix presentaba el Honorable Señor Carswell a otras jóvenes que ella conocía, y luego se quedaba con ellos, pacientemente esperando para que él pudiera entablar una conversación. Todos sabían que Foggy no podía hablar con una dama de su propia clase social que tuviera menos de cuarenta años sin que se sonrojara y empezara a tragar en seco. Su entretenimiento, conocido por todos, era con mujeres de otro tipo. Observaban cómo la Señorita Delacroix calmaba las aguas y en poco tiempo él pudo pedirles a las jóvenes compañeras de su prima salir a bailar sin tartamudear ni sonrojarse una sola vez.

También observaban como su mamá, Lady Carswell, asombrada al ver a su hijo lograr pedirle a una jovencita que saliera a bailar con él, tuvo que pedirle un pañuelo a su formidable hermana, Lady Pelleter, cuyos ojos también se encontraban algo húmedos ante la situación.

También notaron que los caballeros que bailaban primero con la Señorita Beauford, la no tan bonita y pobre pariente por quien ella sentía mucho cariño, luego tenían más probabilidad de

bailar con la Señorita Delacroix. Eso aseguró que, para ser una solterona de cierta edad, la Señorita Beauford bailaba casi tan frecuente como una debutante.

La llegada de Gascoigne al baile de Lady Selkirk fue visto por la mayoría como el inicio de un partido de deportes. Él y la Señorita Delacroix lograron bailar toda la noche sin encontrarse una sola vez en la pista de baile. El vizconde se portó atento y sociable. Bailó con viejos amigos y nuevos amigos, y les sonrió a al menos tres debutantes. Nadie pudo ver que él y la Señorita Delacroix se estuvieran observando de manera furtiva, pero Gascoigne se delató cuando miró de mal manera a su amigo, el apuesto Hildegart Foster, después de que terminó de bailar con la Señorita Delacroix.

—Tienes que estar completamente al tanto de dónde está la otra persona —dijo el sabio Duque de Bromley —para lograr evitar encontrarte con esa persona en toda la noche. —Tres de las personas que escucharon al duque comentar eso luego fueron a apostar a Gascoigne como el ganador.

\*\*\*

Gascoigne, cuyo primer instinto era vaciar la botella de brandy y dejar que todo se fuera al diablo luego de que la Señorita Delacroix le dijo que no quería verlo, decidió hacer algo totalmente diferente. Pasó la siguiente mañana conversando seriamente con Clayton, el encargado de sus terrenos. Burton se contentó al notar que su amo casi no había tocado el coñac y que el vizconde salió de la plática con energía nueva, aunque un tanto frenética. El vizconde se fue de viaje a su casa de campo después de asistir a unos eventos sociales que, según él, no podía desatender. Como uno de esos eventos fue la noche de poesía de Lady Glendale, Burton no pudo evitar preguntarse si la Señorita Delacroix tenía algo que ver en el comportamiento de su amo. Todos los sirvientes de la casa sabían sobre la Señorita Delacroix, por supuesto. El palafrenero mencionó ciertas cosas sobre sus salidas a la ayuda de recámara del vizconde. Todo el mundo sabía que ella era había heredado una fortuna, y tenían la esperanza de que un romance se diera entre ellos. Sin embargo, el vizconde no regresó contento de los últimos eventos sociales, pero al menos no se desquitó con el brandy.

Regresó de su casa en Suffolk para encontrar el correo sobre una bandeja encima de su escritorio. Entre las invitaciones ostentosas y algunas cartas de negocios, vio un pequeño y blando paquete junto con una nota escrita con letra temblorosa.

—Por todos los cielos, Burton, ¿qué es esto? — Tomó el paquete y lo dejó caer como si lo quemara.

—Llegó el jueves, señor, justo un mes después de que llegara el otro.

El vizconde buscó sobre la chimenea y tomó los otros dos paquetes. Los dejó caer sobre el escritorio junto con el tercero. —Deme cinco minutos, y luego quiero que Jaime lleve esto a la dirección que le voy a indicar.

Se sentó a la mesa y escribió:

*Sr. Rigby-Blythe,*

*Mi arreglo con la Señorita Delacroix ha terminado, por lo que le devuelvo los pagos mensuales. Durante las siguientes semanas podré pagarle el dinero que me adelantó, y así poner fin a todo.*

*Su servidor,*

*Gascoigne.*

Tomó un pliego de vitela y lo usó para envolver los tres paquetes, y luego le puso su sello personal y le escribió la dirección al frente. —¡Burton! —llamó, caminando hacia el vestíbulo. — Que se lo lleven de inmediato.

Burton, al ver el paquete en las manos del vizconde y observar el fuego en sus ojos, pensó que el contenido de la botella de brandy no llegaría a ver el día siguiente.

\*\*\*

El Sr. Rigby-Blythe decidió esperar hasta su reunión semanal con la Señorita Delacroix para informarle acerca del paquete. Ella no tomó la noticia muy bien.

—¿No los abrió?

—Ninguno de los tres.

—Déjeme ver. —Ella leyó la nota y luego preguntó con indignación —¿Qué quiere decir con esto? Nuestros términos eran claros. Él no usó el pago mensual y ahora quiere pagar el avance. ¿Cómo puede hacerlo sin caer en la ruina otra vez? ¿Y para qué?

El Sr. Rigby-Blythe la observó por debajo de sus espesas cejas. Ella empezó a caminar de un lado de la oficina al otro. —¿Ahora qué haré? —preguntó. —Recibí sus servicios y ahora no quiere aceptar el pago. Seguramente está haciendo algo ridículo para conseguir lo demás. ¡Debemos detenerlo!

El Sr. Rigby-Blythe no dijo nada.

—¿No lo entiende? ¡Va a caer en la ruina!

—No estará peor de lo que estaba antes de conocerla, mi niña. Las deudas de Lord Gascoigne no son tu culpa.

—Tampoco de él, según yo sé. Las heredó.

—Es cierto. Y si mi información es correcta, Lord Gascoigne ha pagado varias de las deudas que dejó su papá, pero todavía sigue con una gran carga.

—Tenemos que hacer que acepte siquiera la suma original.

—Creo que la carta demuestra su intención de no aceptarla.

—Yo hice esto. Yo empeoré la situación para él, cuando él me ayudó tanto. Tiene que aceptarlo. No lo hace por orgullo, porque yo le dije que ya no podía hablarle. Soy tan torpe. Phoebe me dijo que debimos quedar como amigos, que yo fui demasiado dura. Foggy Carswell dice que todo el mundo habla de cómo yo lo dejé botado. Lo humillé. No pensé en cómo lo verían los demás, y ahora por su orgullo, causaré su ruina.

—Querida niña, ¿por qué «lo botó» como dice, si no estaba enojada con él? ¿Por qué no seguir como amigos?

—No es posible que sea solamente amiga de Lord Gascoigne.

—Bueno —dijo el viejo abogado con gentileza —es como un héroe de un cuento. El sueño de toda jovencita.

—No podría decir si sí o no. Nunca me fue permitido leer ese tipo de libros. Lo escogí porque sabía que era exactamente lo que no quería, y por lo tanto no era una amenaza para mí. Cuando empecé a ver que era justo lo que quería, fue demasiado tarde.

—Entonces ¿por qué no se deja enamorar, querida?

—Porque todavía tiene todas las características que no quiero, y no soy tonta. Quiero un hombre sensato y estable, no alguien que quiere competir con los demás por mi fortuna.

—Él no parece querer su fortuna. Ni un centavo de ella.

Delfina se paró en seco. —¿Crees que esto sea un embuste, como bailar con mi amiga para no parecer estar muy interesado?

El Sr. Rigby-Blythe encogió sus hombros. —Tú lo conoces mejor. ¿Es lo que crees?

—No. —Se sentó en la silla nuevamente, puso su cabeza sobre el escritorio, y empezó a llorar.

Él observó su cabeza rubia con ternura. Para ser la Reina del Hielo, el apodo que él sabía que ella se había ganado entre la sociedad, se derritió con mucha facilidad.

Abrió la puerta de la oficina. —Señorita Phoebe, ¿puede entrar un momento, por favor?

\*\*\*

Sin el apoyo del *Club de Casados o Muertos*, el Sr. Hildegart Foster no sentía que avanzaba en su intento de enamorar a la Señorita Delacroix. Su caso era crítico. Podría ser echado a la calle a fin de mes si no pagaba la renta, y lo perseguían para cobrarle otras deudas. Una fuerte suma que le prestó un amigo lo apostó en un caballo, pero perdió cuando el caballo no terminó la carrera. Era crucial que pagara la deuda. Una deuda por apuestas entre caballeros no pagada era lo peor para la reputación de un hombre. Terminaría sus días como el pobre Barney Fredricks, exiliado y con la necesidad de vender su abrigo por un poco de ginebra.

Realmente estaba asustado. La Señorita Delacroix era la respuesta. Si tan solo podía anunciar su compromiso con ella entonces su amigo podría esperar a que le pagara la apuesta. Su sastre le haría el traje para la boda sin chistar, y su casero lo recibiría con la alfombra roja. Pero lograr la atención de la Señorita Delacroix no era tan fácil como Gascoigne lo hizo parecer.

Había bailado con ella tres veces y salió a pasear en carruaje una vez con ella y su acompañante. En ningún momento pudo realmente hablar con ella. Le dio un cumplido por el brillo plateado de su pelo que él pensó fue una de sus frases más ingeniosas, pero Delfina simplemente le contestó —Así me han dicho, señor —y cambió el tema. Sus ojos eran fascinantes, y él se dio cuenta que estar cerca de ella encendió un fuego en su ser que impedía su habilidad natural para charlar con las damas. Tenerla en sus brazos durante el único vals que bailaron fue embriagador, y estaba desesperado por obtener más que solamente su dinero. No sabía qué hacer para avanzar, y con miedo a lo que pensaría Gascoigne y sin el apoyo del Club, buscó apoyo con su nuevo amigo.

—Si tan solo pudieras ayudarme a distraer a su acompañante, Fanshaw, entonces podría proponerle matrimonio en el parque.

Fanshaw sonrió y llenó su vaso con ginebra una vez más. —Podría hacerlo, hombre, muy fácilmente, pero ¿sería suficiente para que te acepte? Por lo que me has dicho, estás muy endeudado, y salir de eso puede que sea más difícil de lo que piensas.

—Igual necesito intentarlo.

—Lo sé, amigo, lo sé. Pero ¿qué tan probable sea que acepte tu propuesta? Según el libro de apuestas, el favorito es Mark Steel.

—¿Esa papa sin sal? ¡Yo tengo más presencia que él! —protestó, mascullando sus palabras.

—Ciertamente. Pero no depende de quién sea el mejor sino quien se asemeja más a lo que la Señorita Delacroix prefiere. Y por el momento ella parece favorecer el temperamento serio de Steel.

—Te juro que sería un buen esposo —protestó Foster, deprimido y enojado.

El capitán mantenía el vaso del joven lleno. —Por supuesto que lo serías. Y no te olvidarías de tus amigos, ¿cierto? Eres un buen tipo.

—Lo soy. No soy un perro, aunque Gascoigne...

—No, no, para nada. Pero tal vez tengamos que hacer algo un poco más drástico para demostrarle a la Señorita Delacroix lo que le conviene. Algo se tendrá que hacer en los siguientes días, yo creo, o se acabó todo para ti.

—¿Quieres decir como esos tipos irlandeses? ¿Secuestrarla y deshonrarla para que esté forzada a casarse conmigo? — Él se rio con sorna ante esa idea.

—Puede que esa sea la solución. ¿Cómo lo haríamos?

—¿Me ayudarías? Eres un buen amigo, Fanshaw. El mejor del mundo.

Cuando la cabeza del joven pegó contra la mesa, Fanshaw se percató que tal vez había sido demasiado generoso con el alcohol. Pidió que le llevaran un poco de papel y una pluma, y empezó a apuntar sus ideas acerca de cómo secuestrar a Delfina Delacroix, la princesa engreída cuya lengua cortante le había causado tanta humillación.

## Capítulo 9

—Lamento mucho interrumpirlo, *milord*, pero hay un caballero de la profesión legal esperándolo en el vestíbulo.

—¿El Sr. Carter?

—No, *milord*. Alguien distinto. Un tal Sr. Rigby-Blythe.

—No tengo nada que... oh, está bien. Déjelo pasar, Burton.

—Sí, *milord*, y traeré un elixir paregórico. El señor parece estar con un pie en la tumba.

—No se preocupe. Siempre luce así. Traiga un poco de té y pan con mantequilla. Eso será suficiente.

Burton resopló y le dirigió una mirada su amo como para decirle «luego no me diga que no se lo advertí» y salió para dejar pasar al abogado.

El vizconde se paró detrás de su gran escritorio de madera, contemplando un documento importante. El Sr. Rigby-Blythe esperó pacientemente. Este tipo de juegos no era nada nuevo para él.

—Pensé que nuestros asuntos se habían concluido, Sr. Rigby-Blythe —comentó el vizconde sin alzar la vista del documento que sostenía en su mano.

—Estoy aquí a petición de mi cliente, señor—, respondió el abogado con tono conciliatorio. —Ella insiste que usted acepte las seiscientas libras que se le habían entregado.

—Le puede informar que no lo haré.

—Eso supuse. Por eso no traje el efectivo.

El vizconde alzó la vista. —¿Entonces por qué vino, señor?

—Mi cliente, la Señorita Delacroix, está muy angustiada, *milord*— dijo el anciano antes de que un espasmo de tos lo atacara al ver la expresión del vizconde.

El vizconde se acercó al abogado. —Perdone. No está bien. Por favor, tome asiento.

El Sr. Rigby-Blythe así lo hizo, aceptando la ayuda del joven caballero. Su tos se detuvo tan abruptamente como había empezado.

—Su preocupación, señor, hasta diría que su ansiedad, es que usted se irá a la ruina financieramente si intenta devolverle lo que ella le pagó.

—Eso no le concierne a nadie más que a mí —contestó el noble, mirando con recelo al abogado milagrosamente recuperado.

—Intenté decírselo, *milord*, pero la Señorita Delacroix es distinta a todas las damas que he conocido. Así de fría y distante como fue anteriormente (que yo sabía era su única defensa ante la situación en que vivía), así es de emocional y apasionada ahora. Esto se lo atribuye a usted. Usted le enseñó lo equivocada que estaba, y piensa que usted le abrió los ojos para ver cómo lastimaba a los demás cuando ella no correspondía a sus gestos de amistad.

—Eso es absurdo. Alguien con el corazón como el de la Señorita Delacroix hubiese llegado a esa conclusión por sí mismo.

—Sin embargo, ella dijo, y yo le creo, *milord*, que ella no soportaría ser la causa de su ruina. Ella le suplica que al menos acepte el principal.

El vizconde caminó de regreso a su escritorio y se sentó. —Ella no es la causa. Esos problemas vienen de más atrás.

—También se lo dije, *milord*, pero temo que si intenta deshacer el avance que tuvo con la

ayuda de su dinero, ella se sentirá culpable. Las reacciones de la Señorita Delacroix ahora son desconocidas. No sé qué podría hacer.

—Me pone en una situación difícil. No quiero que mis asuntos sean conocidos por los demás.

—El Sr. Rigby-Blythe asintió con la cabeza. El vizconde continuó hablando malhumoradamente.

—Pero si ella lo toma así... la verdad es que nunca sentí que tomar su dinero fuera lo correcto. Y que ella terminara nuestra amistad me incentivó a intentar algo que no había probado antes, algo que debí haber hecho de no estar tan resentido con mi padre por la situación en la que me dejó. He roto la vinculación entre el título y las propiedades.

—¿Rompió el vínculo entre su título y la Mansión Gascoigne? ¡No puede ser! —exclamó el Sr. Rigby-Blythe, con una certeza apoyada en años de experiencia legal.

—No, por supuesto que no. No puedo vender la mansión ni esta casa, ni nada del terreno, y no es esa mi intención. No es mi derecho. Simplemente soy un administrador al servicio de mi hijo, si es que en algún momento llegue a tener uno. No. Mi abogado logró desvincular otras dos propiedades que estaba añadidas, una casa de campo en Suffolk y algo de terreno adyacente a ella. Mi padre no la descuidó, por lo menos, así que obtendré un buen precio. Un vecino la quiere comprar, y hay otras dos granjas que puedo vender también.

—¿Pero cómo lo logró? —preguntó el anciano abogado con curiosidad profesional. —Perdón, su señoría, no tengo el derecho...

—Mi abogado me lo explicó así, aunque yo no entiendo mucho los detalles. Mi padre vendió algunos fondos que no estaban vinculados al título, los cuales usó para comprar esa casa de campo. Su abogado luego los incluyó con las demás propiedades vinculadas, al parecer para evitar que mi padre la hipotecara. El trámite fue hecho de una manera rápida y no muy bien. Mi agente, Clayton, piensa que el abogado lo hizo adrede. Al parecer, el viejo abogado Jessup me tenía cariño y no estaba de acuerdo con el actuar de mi padre. Mi abuelo hizo que él le prometiera que haría lo que pudiera para salvar mi herencia de su hijo disoluto. Él ya falleció, así que no tenemos cómo poder verificar esa idea.

—¿Por qué su padre accedería a incluir esa casa y el terreno con lo que ya estaba vinculado al título? Hacerlo no lo beneficiaba en lo absoluto.

—Clayton sospecha que Jessup pudo haber tenido algo con que sobornar a mi padre. Conociéndolo, no parece una idea tan descabellada. El viejo Jessup vinculó esos terrenos, pensando en mi bienestar, pero dejó una salida para que yo pudiera aprovecharlo si fuera necesario. O por lo menos eso cree Clayton. Él me había dicho anteriormente que con el juez indicado, eso se podría hacer. Yo estaba seguro de que era imposible, y no quería enfrentar la humillación del fracaso, así que nunca intenté. Pero ahora...

—¿Le puedo informar a la Señorita Delacroix de esto?

—No todo. Solamente lo suficiente como para asegurarle que no estoy al borde de la perdición.

—Puede confiar en mí —dijo el Sr. Rigby-Blythe mientras se levantaba. Tomó la mano que le ofreció el vizconde. —Me parece —comentó sabiamente —que usted y la Señorita Delacroix tienen un efecto benéfico el uno sobre el otro.

—Ella no lo cree —contestó el vizconde, nuevamente concentrado en sus documentos mientras el abogado se retiraba.

\*\*\*

El Sr. Hildegart Foster despertó con la cabeza llena de algodón, y los brazos y piernas entumidas, acostado sobre un sofá desconocido. Eso no era inusual, así que simplemente abrió los

ojos y miró a su alrededor, encontrando, como esperaba, una pequeña sala en lo que obviamente era el domicilio de un caballero. Se rascó la cabeza y se incorporó, preguntándole a una mucama quien le agregaba carbón al fuego —¿Dónde estoy?

—En los cuartos del Capitán Redmond, *milord*.

Hildegart recordó vagamente algo relacionado con ginebra y una conversación y preguntó, algo aliviado —¿Dónde está el Capitán ahora?

—El Capitán Redmond está en su recámara, vistiéndose, señor. Traeré el desayuno que él ordenó, señor. —Y con eso ella se escabulló del cuarto. Hildegart se sentó y sostuvo su cabeza con las manos para impedir que le diera vueltas hasta que el galante capitán salió de su cuarto.

—¿Qué sucede, Foster? ¿Te duele la cabeza?

—Solo un poco, Fanshaw. No creo que pueda comer algo —comentó Foster mientras que la ayuda de recámara armó la mesa y las sillas y la mucama entró con los platos del desayuno.

—Tonterías. En los Húsares teníamos la costumbre de beber toda la noche y desayunar bien para estar listos para la batalla con los franceses a las nueve de la mañana.

Se sentaron a la mesa, y Hildegart aceptó un rollo que se comió sin ganas, pero lo animó lo suficiente como para comer algunas lonjas de jamón, unos huevos tibios, champiñones y un poco de té. Redmond lo observó entretenido, tan normal como si la bebida de anoche hubiera sido solamente limonada.

Ya de último levantó el papel en donde había anotado las ideas de la noche anterior, diciendo —Creo que ya tenemos todo...

—¿Todo de qué? —preguntó Hildegart sin mayor interés.

—Todo planeado para secuestrar a la Señorita Delacroix

—No. Yo no...

—Bueno, ya no podías escribir anoche, pero me pediste que lo apuntara, y así lo hice.

—No pude... recuerdo mencionarlo, pero nunca podría... ya sabes.

—No estarías solo, amigo. Yo juré ayudarte.

—Igual no podría. Sería el acto de un cobarde.

—Obviamente, si no estuvieras decidido a casarte con ella, definitivamente lo sería. Yo no te podría apoyar a hacer algo tan drástico si no fuera por una buena causa —respondió el Capitán.

—Piensa, Foster. Ella obviamente siente algo por ti. ¿Acaso te gustaría perderla a alguno de sus otros pretendientes? ¿Alguien como Mark Steel? Si no piensas en su fortuna (y ¿quién lo haría, a comparación de la de ella?), él no tiene nada que tú no tengas. Ella se ha encandilado por tanta atención masculina, y no puede tomar una decisión. Así que nosotros la tomaremos por ella.

—No. ¡Gascoigne!

—Él te amenazó. Me lo comentaste anoche. Pero media vez estén casados, eso no importa.

—No me refiero a eso —dijo Hildegart con desprecio. —No le tengo miedo. Pero creo que hay algo entre él y la Señorita Delacroix. Fue solamente mi desesperación que hizo que pensara lo contrario. Mis amigos me trataron de advertir...

—¿Cuáles amigos?

—El Club... —dijo Foster y luego guardó silencio. —No importa. Ellos tenían la razón. Ahora lo veo.

—Tal vez tengan la razón en cuanto a Gascoigne. No lo puedo decir a ciencia cierta. No he notado que sea muy expresivo con sus emociones, pero ellos no están en lo cierto en cuanto a la Señorita Delacroix. Es obvio que el vizconde hizo algo para que ella lo repudiara. Ni siquiera puede voltear a verlo.

Foster sacudió su cabeza, intentando disipar la nube oscura del alcohol. —Tal vez tengas la

razón, pero nunca podría secuestrar una dama. Eran solamente habladurías de un borracho.

—Piensa en lo que te espera en casa, Hildegart, cuando tu amigo le cuente al mundo entero que no pudiste pagar una deuda de honor. Todo lo que planeaste anoche fue para salvar a la Señorita Delacroix de su propia indecisión, y luego convertirte en un esposo ejemplar. ¿Qué hay de malo en eso?

—No lo sé. Me estás confundiendo — murmuró Hildegart en voz baja. —Supongo...

Esa debilidad fue lo único que Redmond necesitó. —Revisemos los planes nuevamente, muchacho. Creo que la mejor opción es mañana, cuando las damas estén paseando en el parque Hyde.

—¿Qué ganas en esto, Redmond? —demandó Foster cuando su cabeza se despejó un poco. —Pareces estar demasiado dispuesto a ayudarme.

—No te puedo mentir. Muchas veces me encuentro en problemas financieros también. La pensión de un capitán no alcanza para mucho. Tener un amigo acaudalado en caso de emergencias, uno que tenga razones amplias para estar agradecido, no sería algo malo.

Foster rio. La respuesta fue tan similar a los principios de la Club que él sintió que verdaderamente estaba con un amigo.

\*\*\*

Esa noche en el concierto, el *Beau Monde* una vez más contemplaba a la Señorita Delacroix y al Vizconde Gascoigne. No fue muy entretenido, ya que se sentaron lo más lejos posible el uno del otro en un salón con sesenta sillas viendo hacia una soprano y un pianista, quienes eran el entretenimiento para esa noche.

El Sr. Steel nuevamente tomó el asiento codiciado al lado de la Señorita Delacroix, y estaba ocupado explicándole el programa de esa noche mientras otros lo observaban con envidia. El esfuerzo del Sr. Steel no parecía tener el efecto deseado sobre la Señorita Delacroix, ya que ella no parecía estar interesada en lo que él tenía que decir. No tardó mucho antes de que su tía, Lady Pelleter, se inclinara hacia él y le dijera en un tono de voz que resonó en el cuarto —No se preocupe, señor. Mi sobrina habla francés con fluidez y no necesita de su, eh, ayuda.

El Sr. Hildegart Foster, nuevo miembro de la sociedad de adoración de la Señorita Delacroix, soltó una carcajada sarcástica.

Antes de que terminara la segunda pieza, la Señorita Delacroix se levantó para buscar algún refrigerio, tal vez, y ninguno de los presentes estaba particularmente interesado en lo que ella hacía. Más bien, se entretenían riéndose de la línea de tontos que la seguían, tratando de entablar una conversación con ella cuando lo único que ella quería era comer un poco de pastel. Esa noche iba vestida con un traje de seda color turquesa que hacía eco del color de sus ojos. Dos damas de cierta edad comentaron que no se había visto tal combinación de dinero y verdadera belleza en varios años. Casi pasaron por desapercibido la mirada fugaz que ella le dirigió hacia el vizconde cuando pasó la hilera de asientos en la parte trasera del salón donde él estaba sentado. Pero cuando el vizconde se levantó y la siguió, se corrió la voz. —¡Una invitación! Seguramente lo invitó con la mirada.

Salieron los curiosos para ver qué sucedía entre ellos en la mesa del refrigerio, pero sus planes fueron frustrados. Tanto la Señorita Delacroix como Lord Gascoigne no estaban allí. Eso hubiera sido algo que comentar, excepto que la compañera de la señorita también había desaparecido en ese mismo instante.

\*\*\*

Delfina estaba asombrada de la facilidad del vizconde para deshacerse de sus admiradores y escoltar a ella y a la Señorita Phoebe hacia un cuarto secundario. Lo hizo antes de que los demás se dieran cuenta de lo que sucedía. Su tía Mags seguramente lo hubiera notado, pero ella se quedó sentada, usando uno de los programas impresos como abanico, y dándole instrucciones a un mozo cercano que le llevara una copa de frutas.

—¿Hablaste con el Sr. Rigby-Blythe? —preguntó el vizconde sin rodeos.

La Señorita Beauford se sintió atrapada entre los dos jóvenes. Decidió sentarse lo más lejos posible e intentó no escuchar lo que hablaban, ni tratar de entender lo que discutían. Así no la podrían interrogar las tías de Delfina después.

—Sí.

—Entonces eso es el fin.

—Tenía que verlo, que hablarle, que saber...

—Y ahora ya lo sabe.

—¿Está todo bien? —preguntó patéticamente.

Él rio, pero el sonido fue todo menos contento.

—En cuanto a lo que te tiene preocupada, muy bien. Encontré mi propia salida de ese infierno. Tengo que agradecerte. De no haber vivido la humillación de recibir la cuota del siguiente mes sin habérmelo ganado, nunca lo hubiera intentado. Pero me ha liberado de muchas deudas, incluyendo la tuya.

—Nunca estuvo endeudado conmigo.

—Allí tenemos diferentes opiniones.

—Gascoigne, ¡por favor!

—Creo que hasta allí llega nuestro acuerdo, ¿cierto, Señorita Delacroix? La música empezará en breve, aunque creo que ya no me apetece seguir escuchando.

—Está tan enojado conmigo... ¿no podemos seguir como amigos? —Ella agarró la manga de su saco. Él observó sus manos por un segundo, y luego se las quitó de encima.

—Tú misma dijiste que no podemos ser amigos. Temo que tienes la razón.

Él salió del cuarto, y ella se sentó en el sofá y empezó a llorar, las lágrimas calientes y amargas fluyendo por su rostro.

Gascoigne se retiró del evento, avisaron los chismosos. La pequeña acompañante entró al salón principal y le susurró algo al oído de Mags Pelleter, y ella le respondió igual. La compañera nuevamente salió del salón, y solamente necesitó medio soberano para que uno de los mozos hablara y dijera que se había llamado el carruaje de Lady Pelleter. La Señorita Beauford salió, ayudando a la Señorita Delacroix, quien parecía no sentirse bien.

Una pelea, dijo el mundo. Definitivamente, hubo algún tipo de pelea entre los dos principales. Mags Pelleter intentó ponerle una cara más bonita, diciendo que le dio una jaqueca a su sobrina, pero todos sabían que no era cierto. Todavía había algo entre Gascoigne y la bella heredera, y tarde o temprano descubrirían exactamente qué.

\*\*\*

Si alguno del *Beau Monde* hubiera estado en la calle a menos de dos minutos del concierto, hubiera visto, bajo la luz de una lámpara en un poste, al Capitán Fanshaw Redmond y un extraño hombrecillo con un chaleco aterciopelado. Pero aún de haberlo visto, no le hubieran prestado atención. No tenían idea de lo relacionado que estaban los dos eventos.

\*\*\*

Esa noche, en dos recámaras lujosas en dos casas distintas en Londres, el Vizconde Gascoigne y la Señorita Delacroix repasaban los eventos de esa noche una y otra vez, preguntándose si existía otra manera en que pudo haber terminado.

«Su mano» pensó él.

«Sus ojos con mirada furiosa» se recordó ella.

«La manera en que suplicó con su mirada» pensó él.

«Cuando se le quebró la voz» pensó ella.

Pero sin importar cuántas veces volvían a repasar lo sucedido, como una obra de teatro al que regresas todas las noches, ninguno pudo encontrar cómo cambiar el final. Ambos se mantuvieron despiertos hasta la madrugada.

\*\*\*

La Sra. Sibila Lynfield se levantó temprano, y decidió dejar que su sobrina descansara. Pensó que finalmente el ajetreo de la temporada había calado en su energía juvenil. Ella quería visitar un bazar en la calle Jermyn, y fue allí para comprar unos guates para su sobrina. Había notado que al menos un par de guantes blancos tenía una mancha. Naturalmente, encontró varias de sus conocidas mientras compraba, y el resultado de eso fue que ordenó a su conductor de carruaje que la llevara a la casa de su hermana en el Jardín de Albemarle. Entró sin previo aviso mientras su hermana aún desayunaba.

—¿Por qué no me mandaste una nota? —demandó de su hermana.

—¿De qué rayos hablas, Sibila? Al menos quítate el sombrero y tu capa.

La Sra. Lynfield se dio cuenta en ese momento que todavía estaba vestida como para pasear en la calle. —Eso no importa —dijo mientras se quitaba el sombrero y la capa —¿qué pasó anoche en el concierto?

—La Sra. Burrell cantó. ¿Qué tiene?

—¿Y mi sobrina?

—¿Tú sobrina?

—¿Qué pasó entre ella y Gascoigne? ¡Todo el mundo está hablando de eso!

—Gascoigne no estaba presente —contestó Lady Pelleter con toda dignidad. —No lo vi.

—Bueno, lo hayas visto o no, allí estaba. ¡Y tuvo alguna discusión con Delfina!

—Patrañas. Vimos la primera mitad del concierto, luego Delfina se levantó para buscar un refrigerio, aunque más creo que fue para escaparse de sus admiradores. La Señorita Beauford regresó para decir que le había dado jaqueca y que regresarían a casa en el carruaje. Luego lo mandaría de regreso para buscarme.

— ¿Pero qué, hermana querida, causó esa jaqueca?

— Yo... oh, cielos, ¡no me digas que riñeron en público! ¿Qué tan malo fue?

—Hasta el momento solo están especulando. Primero me habló Lady Jersey, como una advertencia que no entendí del todo. Luego me encontré a Sofy Ludgate, y ella intentó sonsacarme la historia. Nunca me gustó esa mujer. Y ella está diciendo que Gascoigne entró con Delfina a un salón privado y luego salió furioso. Eso fue confirmado por Delfina retirándose poco después, tal vez llorando, dijo esa víbora. Me mantuve calmada y dije que la Señorita Beauford estaba con Delfina cuando se sintió mal y que eso era todo. No hubiese sabido si Sally Jersey no me lo hubiera mencionado. Mags, esto está mal. Está muy mal.

—Vete a casa y sácale más información a la Señorita Phoebe, y no dejes que se te escape, Sibila. Ella intenta proteger a esa niña a toda costa. No. Espera que me termine de vestir. Yo me encargo de la Señorita Beauford, espero que antes de que pueda hablar con Delfina. —Se levantó

decididamente, y cuando su otra hermana llegó, solamente le dijo: —¡Es un desastre! Que Sibila te cuente.

Sibila, al ver a la expresión compasiva de su hermana menor, empezó a llorar y se les tiró a los brazos. —Oh, Eloísa, ¡esa niña! ¿Cómo vamos a arreglar esto? —lloró mientras que Lady Carswell, sin saber qué sucedía, la guio al diván para que se sentara.

—Ya, ya, querida. Solo cuéntame qué sucedió.

## Capítulo 10

El Capitán Redmond se levantó temprano, y fue al establo cercano al edificio donde vivía para arrendar un carruaje cubierto del estilo más común. El dueño del establo le dijo que lo lavaría antes de que se lo llevara, pero Redmond dijo que él lo quería así como estaba. Un viejo carruaje lleno de polvo no llamaría la atención mientras transcurría por las calles de Londres, pero tal vez podrían limpiar el interior, él dijo, ya que su hermana lo acompañaría en su viaje al campo, y ya sabían cómo eran las mujeres.

El dueño inmediatamente empezó a sospechar que la «salida al campo» era en realidad una huida hacia la frontera con Escocia, y le pidió dejar un depósito de diez guineas más. No le apetecía la idea de tener que ir a buscar su carruaje en Escocia si de verdad ese fuera el caso. El Capitán no estaba contento, pero no serviría de nada pedirle el dinero a Foster, ya que no tenía un solo centavo. El joven había regresado a su casa y empacado una maleta, la cual dejó en la casa de Redmond para que lo metiera al carruaje más tarde. Si hubiera revisado su correo en lugar de ignorarlo por pensar que solamente eran cobros, tal vez hubiera actuado de una manera distinta. Entre su correo había un sobre de cada miembro de la Club con algo de dinero y una carta expresando que entendían la situación en la que se encontraba, la desesperación que sentía, y ofreciéndole la ayuda que podían. Incluso Gascoigne le envió 50 libras, ya que quiso ayudar una vez se enteró de la situación desesperada de su amigo.

Pero Hildegart Foster no sabía de las expresiones de lealtad de sus amigos, y por eso se encontraba en el parque, esperando la llegada de su amada, una mezcla de culpabilidad, odio propio, y esperanza revolviéndose en su interior. Bastó con un comentario a última hora del Capitán acerca de cómo algunos hombres no eran suficientemente valientes, y que uno de los hombres del Duque insinuara su cobardía para que Foster estuviera decidido (a pesar de sus dudas) a llevar a cabo el plan. *Su* plan, aparentemente, aunque no podía recordar en qué momento se le ocurrió. Era un plan audaz, ya que había que llevar a cabo todo a plena luz del día, y su osadía era bálsamo para su consciencia.

La Señorita Delacroix iba retrasada, y llegó en un carruaje junto con el Sr. Mark Steel, pero Foster sabía que algo así podía pasar. Confiaba que el Sr. Steel no acompañaría a las damas de regreso a casa, ya que tenían la costumbre de caminar por el parque y de regreso a casa luego de pasear en carruaje. Para su fortuna, las damas se bajaron del carruaje del Sr. Steel. Él se bajó también y dejó los caballos a cargo del palafrenero. Al parecer, Foster no era el único que se molestó, ya que mientras las vigiaba desde un camino cercano, él escuchó que la Señorita Delacroix le dijo a su pretendiente que ella tenía asuntos importantes que discutir con la Señorita Beauford, y que si él les haría el favor de dejarlas solas. Foster sonrió mientras que su rival se alejaba manejando su carruaje ostentoso y esperó su oportunidad.

La señal para entrar en acción calló sus dudas cuando escuchó detrás de él al Capitán Redmond decir —¡Señorita Delacroix! ¡Señorita Beauford!

Las damas entraron al camino estrecho, avanzando a buen paso. Una vez las damas estuvieron enfrente de ellos, él y Redmond saltaron de sus escondites y taparon las bocas de sus víctimas con esponjas mojadas con un líquido mal oliente. No hubo tiempo para que gritaran o pelearan. El Capitán Redmond dejó que su víctima cayera al suelo y pasó encima de ella sin importarle su bienestar. Hildegart sostenía a la Señorita Delacroix en sus brazos. El Capitán corrió al carruaje,

y para cuando Foster logró caminar al final del sendero con la dama inconsciente en sus brazos, Redmond ya tenía el carruaje listo y la puerta abierta. Al salir de entre los arbustos del parque, Hildegart estaba cubierto por la puerta del carruaje de un lado y por el corpulento Capitán del otro. La lograron subir, aunque no con gentileza, y el joven entró detrás de ella. El Capitán tomó las riendas y empezó a manejar. Lograron alejarse sin que nadie diera la alerta detrás de ellos.

Hildegart miró con preocupación la palidez de la Señorita Delacroix y revisó que su pulso latiera fuertemente y que su respiración fuera regular. Se miraba tan bella acostada sobre el asiento. Él intentó posicionar sus extremidades para que estuviera más cómoda, y le quitó su gorro y acarició su pelo. Tomó el bolso que estaba atado a su muñeca y furtivamente lo abrió para investigar su contenido. Además de un peine y un poco de agua de Holanda, contenía un fajo de billetes que sumaban cien libras y veinte soberanos de oro. Era una cantidad descomunal para que una joven dama llevara consigo, pero él supuso que la muy adinerada Señorita Delacroix podía hacer lo que se le viniera en gana. Aunque se lo robaran, pensó él con algo de resentimiento, lo podía reponer fácilmente.

Luego empezó a pensar en la otra víctima. Redmond no fue nada gentil con ella, y se preguntaba si ella se lastimó la cabeza o que se le haya quebrado algún hueso cuando la dejaron caer. En ese momento se alegró de haber llevado consigo su pistola de duelo, ya que lo que había visto del comportamiento de Redmond lo empezaba a inquietar. No podía permitir que algo le sucediera a la Señorita Delacroix por culpa de él, pero cómo detenerlo era el problema. No, Fanshaw era buen hombre. Simplemente se había dejado llevar por la urgencia de tener listo el carruaje para escapar. Pero Hildegart todavía guardaba la pequeña botella en su bolsillo con suficiente líquido como para incapacitar a un hombre aún más grande que Redmond si fuera necesario. Se dirigían al hostel en el pueblito después de Southwark. Allí se le había pagado a un clérigo para que los casara al día siguiente, ya que la Señorita Delacroix ya era mayor de edad, y él llevaba una licencia especial en su bolsillo... o por lo menos algo que parecía ser una licencia especial. No era necesario esperar que la unión fuera pregonada por la iglesia.

Su intención era mantener sedada a la Señorita Delacroix hasta el día siguiente. Luego le declararía su amor y su deseo de convertirse en un esposo consentidor. Cuando ella se diera cuenta de lo irreparablemente dañada que estaba su reputación por pasar la noche con un hombre, solos, ella estaría más que feliz de casarse con él.

Hildegart no estaba tan convencido de esto como Redmond, pero feliz o no, tendría que casarse con él. Él no anticipaba tener una luna de miel feliz, pero creía que al conocer su devoción genuina ella empezaría a encariñarse con él. En cuanto a sus dudas acerca de Redmond, bueno, pasaría la noche afuera de la puerta de la Señorita Delacroix para asegurarse que nadie la molestara.

\*\*\*

La Señorita Beauford despertó sola, con un golpe en la cabeza y varios rasguños de cuando cayó. No sabía qué hacer. ¿Debería buscar a su prima o pedir ayuda? Pero estaba segura, y sus heridas eran la prueba, que su querida Delfina había sido secuestrada por los rufianes que las habían agredido.

No. No pediría ayuda en el parque. Necesitaba llegar a casa con Lady Sibila y que el Sr. Lynfield decidiera qué acciones deberían tomar. Llamó un carruaje de alquiler y en pocos minutos estaba de vuelta en la casa de Russel Square.

Entró al salón que se usaba en la mañana, ignorando la preocupación del mayordomo por su desarreglo, y vio que las tres tías estaban juntas, tomando el té.

—¡Delfina! ¡Se la llevaron! —exclamó dramáticamente y luego cayó al suelo sin saber más.

\*\*\*

La llegada de la Señorita Beauford, quien parecía una mujer que vivía en la calle, su gorro casi cayéndose del pelo, su rostro, guantes, y vestido, todos llenos de tierra y sangre, un moretón enorme formándose sobre su sien, era suficiente para alarmarlas, pero su declaración dramática las heló por completo.

Lady Eloísa fue la primera en reaccionar. Corrió a su lado, exclamando —¡Oh, Señorita Phoebe! ¡Pobrecita! —al mismo tiempo que su hermana gritaba —¡Fiennes!

El mayordomo estaba justo afuera del salón, anticipando el llamado, y rápidamente tomó el control de la situación al indicarle al mozo, James, que lo ayudara a levantar a la Señorita Beauford y llevarla al sofá. Allí, Lady Eloísa le puso una almohada debajo de su cabeza para que estuviera más cómoda.

—Fiennes —dijo la Sra. Lynfield—, llame un doctor. Y mi esposo, Y de aviso a los corredores de Bow Street...

—Un momento, Fiennes. Primero debemos saber la historia completa. Traiga las sales aromáticas y un poco de agua —dijo Lady Mags, tomando el control. —Y Fiennes, mande a alguien inmediatamente a la casa de Lord Gascoigne para saber si se encuentra allí.

—¿Qué estás pensando, Mags? No podemos dejar que todo mundo sepa que algo sucedió antes de que nosotras sepamos...

—Las sales aromáticas y una cachetada son todo lo que necesitamos para saber lo que sabe Phoebe Beauford, y eso tomará solo un par de segundos. Gascoigne no es todo el mundo, y después de lo sucedido anoche, él es nuestro sospechoso número uno. Si no está en su casa, tendremos nuestra respuesta. Si está allí, aun así le quiero hablar.

\*\*\*

Cuando James lo encontró, Lord Gascoigne se encontraba en casa. Acababa de llegar, jalando a un hombrecillo ataviado con un chaleco aterciopelado a quien le dijo que se sentara y empezara a hablar de inmediato.

Cuando recibió la primera alerta sobre el tipo sospechoso que lo espiaba, gracias a la carta del dueño de Los Tres Cisnes, Gascoigne fue a preguntar acerca de él a la oficina de correos, pero encontró que misteriosamente su nombre no estaba apuntado en el listado de pasajeros. El vizconde entonces despachó sus propias espías, quienes no tuvieron éxito. Sin embargo, una noche en el Salón de Cribb vio a un tipo con chaleco aterciopelado sentado en una butaca cercana, intentando escuchar la conversación de la mesa en donde se encontraba Gascoigne. Tuvo que resistir la enorme tentación de agarrar al sinvergüenza por el cuello de su camisa y tirarlo contra la pared por estar espiando a un miembro de la nobleza. Sin embargo, para la suerte del Señor Mosely, él mantuvo la calma, y le habló a dos jóvenes, indigentes al parecer, ofreciendo pagarles un chelín a cada uno para que ellos espieran al señor del chaleco aterciopelado, con la promesa de que recibirían una suma más generosa si cada noche le llevaban el reporte a él o a Burton, su mayordomo después de que el chaleco estuviera colgado en su armario y el dueño en cama.

Resultó que el dueño del chaleco aterciopelado se llamaba Señor Mosely, y que vivía en Cheapside. Sus actividades diarias eran el reflejo de las de Gascoigne. En verdad, luego del segundo día se hizo muy obvio que había contratado a dos tipos para que siguieran a un tipo que lo seguía a él. Siguió empleando a los chicos una semana más para intentar descubrir a quién le

reportaba el Sr. Mosely, pero nunca lo averiguó. Los chicos le dijeron a Burton que muchas veces perdían el rastro del Sr. Mosely, ya que si el vizconde salía a cabalgar o viajaba en carruaje, él hacía lo mismo, y ellos no tenían cómo seguirlo. Esto verdaderamente presentaba un misterio. ¿Cómo era posible que él consiguiera caballos o carruajes justo en el momento necesario? Al parecer, había alguien con dinero detrás de todo eso, y el vizconde estaba cansado de la situación. Un día, esperó que el tipo del chaleco aterciopelado lo siguiera a un callejón, y el vizconde se escondió entre las sombras. Cuando pasó enfrente de él, lo agarró del hombro y lo jaló detrás de él hacia la casa Gascoigne.

—Su señoría —dijo el individuo sin mostrarse preocupado—, un placer al fin conocerlo.

Gascoigne gruñó y lo marchó nada gentilmente a su biblioteca, donde hizo que se sentara.

—Que magnífica decoración, *milord* —dijo el hombre, con completa tranquilidad. — Siempre quise tener una biblioteca, pero la costilla, ¿sabe? A ella no le gustan los libros. Piensa que contienen demasiadas ideas y que puede arruinarle el cerebro a la gente.

—Alquila dos cuartos en Cheapside, Sr. Mosely, y no tiene esposa.

—¿Eso le dijeron esos dos bobos? Bueno, no es su culpa. Estaba jugando con ellos. Me sorprende que hayan podido descubrir mi nombre, la verdad. Si alquilo unos cuartos en Cheapside mientras hago este trabajo, pero mi verdadero hogar está en Shoreditch. Tengo una pequeña casa allí junto con mi esposa y cinco muestras de nuestro afecto, aunque Ernesto, el mayor, tiene doce. Ya no es tan pequeño, *milord* —. El Sr. Mosely rio al decirlo y el vizconde empezó a pensar que su primer instinto, de tirarlo contra la pared, había sido el correcto.

En ese instante entró Burton, algo desilusionado al ver que el tipo del chaleco aterciopelado aún estaba sano y salvo. Al mayordomo le disgustaban enormemente los sinvergüenzas como él.

—*Milord*, no quisiera interrumpirlo, pero el lacayo del Sr. Lynfield ha llegado con un mensaje de Lady Pelleter.

—Burton, ¿no se equivocó de destino?

—No, *milord*, no lo creo.

—Qué más da. Que pase.

James, en su uniforme azul y dorado, se veía algo incómodo, sintiéndose insignificante al lado del mayordomo de un vizconde, un personaje tan superior a él en la jerarquía que, bajo circunstancias normales, casi ni lo notaría. Sin embargo, necesitaba llevar a cabo la tarea que le habían encomendado.

—Lady Pelleter pide que venga a la casa del Sr. Lynfield inmediatamente, su señoría.

—Hubiera esperado que Lady Pelleter lo ordenara en lugar de pedirlo, pero de todas maneras, no tengo intención de ir. Temo que estoy ocupado en este momento. Dígale a la dama no tengo tiempo para atender a su llamado.

James se movió, incómodo con la situación. —Sí, señor, eh, quiero decir, su señoría. Solo que creo que es por algo urgente.

—Lo que Lady Pelleter considere urgente y yo... — Observó de cerca al joven. —Si quiere hablarme acerca de lo que sucedió anoche, le puede decir que me puede quitar la cabeza mañana. Por ahora...

—No por anoche, señor. Es acerca de algo que sucedió hoy en la mañana.

—Pues dígalo, hombre.

James se quedó viendo al hombrecillo sentado en la silla, quien estaba poniendo mucha atención a toda la conversación.

—No se preocupe por él. Su tiempo sobre la tierra se está acabando.

El hombrecillo rio a carcajadas al escucharlo, y el vizconde lo miró con enojo.

—Si usted lo dice, *milord*. No estoy muy seguro, pero creo que está relacionado con que la Señorita Beauford tiene la cabeza lastimada y que la Señorita Delacroix está desaparecida.

El vizconde ya estaba caminando hacia la puerta, poniéndose el abrigo que tan recientemente dejó sobre el respaldo de una silla en la biblioteca. —¡Burton! No dejes que este tipo se vaya hasta que yo regrese —ordenó mientras salía del cuarto.

—Bueno, sí de eso se trata, *milord*, tal vez yo sepa algo que le puede ayudar a encontrar el paradero de la Señorita Delacroix —dijo el del chaleco.

Gascoigne se dio la vuelta y lo miró con desagrado. —No tengo tiempo para esto. Venga con nosotros. James, ¿lo trajo un carruaje, supongo?

—Sí señor, pero es el pequeño.

—Iremos algo apretados, pero cabemos.

—También está el palafrenero.

—Él puede caminar. Burton, que preparen el carruaje ligero y que lo lleven a Russel Square. El mayordomo se inclinó hacia el vizconde, y en un instante todos se marcharon.

\*\*\*

Despertaron a la Señorita Beauford con las sales aromáticas y, tal como lo había dicho, una bofetada de Lady Pelleter para estar seguras.

—Siéntese, mujer —dijo Lady Pelleter, su ceño fruncido, mientras que sus dos hermanas murmuraban sus disculpas.

La Señorita Beauford hizo su mejor esfuerzo, pero cayó de regreso sobre la almohada cuando el dolor casi la hizo perder la consciencia otra vez.

Lady Pelleter le sacudió del hombro. —Phoebe, escuche. Tiene que ayudarnos. ¿Dónde está Delfina?

—No lo sé, *milady*, se lo prometo. Recuerdo que íbamos caminando por un sendero angosto en el parque...

—¿Por qué? —interrumpió Lady Pelleter

—Ah, ya recuerdo. Alguien nos llamó. Luego me agarraron y pusieron una esponja con un olor nauseabundo sobre mi boca, y cuando desperté, me dolía la cabeza. Encontré un carruaje de alquiler porque sabía que se la habían llevado y que causar un escándalo no serviría de nada. Regresé a casa inmediatamente.

—Muy razonable, querida —dijo la Sra. Lynfield. —El Sr. Lynfield regresará en cualquier momento y él sabrá qué hacer

—¿Hace cuánto fue? —preguntó la siempre práctica Lady Pelleter.

—No lo sé. ¿Qué hora es?

—Antes del mediodía —respondió la Sra. Lynfield.

—Déjenme pensar —dijo, y pareció que otra oleada de dolor la afectó. Lady Eloísa impidió que Lady Pelleter la sacudiera nuevamente. —Llegamos al parque un poco más tarde que de costumbre. El Sr. Mark Steel nos llevó, como ya saben. Debí ser después de las once que llegamos allí.

—¿Cuánto después de las once? —exigió Lady Pelleter, su tono de voz amenazante.

—Unos quince minutos después, creo. Mi querida Delfina comentó que se acercaba la hora de la comida. El Sr. Steel quería mostrar las habilidades de sus caballos, así que paseamos unos diez, quince minutos más hasta que Delfina le indicó que quería bajarse del carruaje y caminar. El caballero la complació, pero quería acompañarnos. Delfina le dijo que ella no quería su compañía, y seguimos caminando. Creo que no fue muy respetuosa con él.

—Olvídese de lo respetuosa, Phoebe. ¿Cuánto caminaron antes de que las atacaran?

—Unos segundos no más. Bajamos cerca del pequeño pabellón como siempre, y luego nos llamaron para que camináramos hacia el sendero.

—Fue planeado, entonces. Conocían su rutina, y tienen media hora de ventaja.

—¿Pudo ser el Sr. Steel? ¿Estaría enojado con Delfina?

—No, no pudo ser él. Cuando desperté y estaba intentando decidir qué hacer, salí al camino donde pasan los carruajes, buscándola, pero sabiendo que no la iba a encontrar. Vi el carruaje amarillo del Sr. Steel a lo lejos. Estoy segura de que ese era. Él seguía paseando con sus caballos.

—Tal vez deberíamos llamar a los corredores de Bow Street, y dar la alerta de inmediato.

—¿Y decirles qué? ¿Que nuestra sobrina fue raptada pero que no tenemos idea de quién lo hizo o cómo luce el carruaje? —preguntó Lady Pelleter. Cuando su otra hermana no parecía estar convencida, ella siguió. —Te prometo, si pensara que serviría de algo, yo misma sería la primera en ir. Pero estaremos causando un escándalo por gusto, y un escándalo es justo lo que este hombre quiere. Quiere ensuciar la reputación de Delfina y forzarla a que se case con él.

—Es demasiado absurdo. No lo puedo creer. Es como que fuera una de las comedias del teatro de Drury Lane. ¿Cómo puede creer que funcionará?

—Mujeres con más dinero que ella han sido víctimas de un escándalo.

—Pero hay al menos veinte hombres que estarían dispuestos a casarse con ella. No necesariamente tiene que casarse con el desgraciado que la secuestró.

—Pero ¿y si ese desgraciado insinúa que Delfina no fue secuestrada, sino que lo acompañó de su propia voluntad, y que ya no es inocente? ¿Dónde quedan esos veinte hombres?

—Oh, no lo haría...

—Lo hará sea con sus palabras o su manera de actuar. Es la única opción que tiene.

## Capítulo 11

Delfina se encontró en un carruaje cerrado, que no era el de su tía ni ningún otro en el que había viajado antes, moviéndose a gran velocidad. Este vehículo no tenía tapicería afelpada. Podía sentir el cuero rasgado sobre el asiento donde estaba recostada. Sus rodillas estaban dobladas en un ángulo incómodo. Además, todo el carruaje, debajo del olor nauseabundo del gas que utilizaron para dormirla, olía fuertemente a nabos. Ella intentaba no moverse, ya que las últimas cuatro veces que despertó nuevamente colocaron la esponja bajo su nariz. Escuchó que alguien tocó sobre el techo la última vez que despertó, y la voz del que habló era joven y conocida.

—Todavía sigue dormida —le comentó al conductor. —Pareciera que está muerta.

—Probablemente le diste demasiado, ¡bobo! ¡Bah! Cierra la ventanilla, ¿quieres? Puedo oler esa cosa desde acá.

En esa ocasión, intentó levantarse, pero manos fuertes la empujaron y le pusieron la esponja sobre la boca nuevamente. Mientras se dormía, se preguntaba por qué las voces le sonaban tan familiares.

Ahora no se movió, aunque tenía calambre en las piernas y quería abrir los ojos. Delfina había soportado veladas largas sentada sobre una silla, sin poder moverse, mientras que su mamá le leía la biblia, o cuando tenía que mantenerse parada y sin movimiento mientras que la modista la medía y ajustaba la ropa, escuchando las instrucciones de su mamá. Era un tipo de juego perverso, donde su mamá buscaba el más mínimo movimiento para poder regañarla. —Eres la niña más inquieta del mundo, Delfina —decía. Una vez vio lástima reflejada en los ojos de la modista, pero ella lo rechazó, volviéndose fría y quieta nuevamente. Generalmente Delfina ganaba, y adquirió la habilidad de estar perfectamente quieta. Usó esa habilidad en ese momento.

Una vez durante los siguientes minutos una mano acarició su pelo. Si la mano hubiese llegado cerca de su boca, ella estaba lista para morderla. Escuchaba el sonido del otro pasajero moviéndose sobre su asiento, pero paulatinamente estos se fueron haciendo más infrecuentes. Ella seguía sin moverse. Un poco de aire fresco entraba al carruaje, proveniente de una ventana que estaba entreabierta. Ella tenía la impresión, a raíz de escuchar con mucha atención, de que su atacante (o al menos uno de ellos, ya que la áspera voz del conductor era sin duda la de un caballero, no un sirviente) no estaba observándola directamente. Escuchó que sus respiraciones eran profundas y lentas, casi como si...

Ella abrió sus ojos. El hombre sentado en el asiento de enfrente estaba profundamente dormido. Tenía la esponja en su mano y, al parecer, por la manera en que respiraba, él también estaba drogado. Era el Sr. Hildegart Foster. Se veía muy joven e inocente sentado allí, pero Delfina no titubeó. Bajó sus piernas acalambradas al piso, se inclinó hacia él y tomó la mano con la esponja y le cubrió la boca. Ella volteó su cabeza hacia la ventana entreabierta, respirando el aire fresco. Él luchó por unos segundos antes de colapsar contra el asiento.

¿Qué hacer ahora? Primero que nada, Delfina no quería ser víctima de la droga, concentrada en el espacio confinado del carruaje, tal como le había sucedido a Foster. Tomó la esponja y la metió al bolsillo del abrigo de Foster, lo más profundo que pudo. Al hacerlo, encontró la botella media llena con lo que debería ser el líquido horrendo que empapaba la esponja. Tomó la botella y la metió en uno de los bolsillos cercanos a su cintura.

El carruaje aún se movía a alta velocidad, y aunque le encantaría saber quién conducía, tenía que hacer el menor alboroto posible. Cuando el Sr. Foster habló la vez anterior, ella pensó que su voz denotaba cierta preocupación por su bienestar. El conductor no. Sabía que habían dejado a Londres atrás, pero no podía disfrutar de la escena pastoral que veía a través de la ventana. Sabía que si abría la puerta e intentaba saltar, lo más probable era que se matara. Se sintió mareada, y se arriesgó a abrir la ventana un poco más.

Pensó en la pobre Phoebe y empezaron a llenársele los ojos de lágrimas. Eso era inútil. Phoebe no era el objetivo. La dejaron en un lugar público. Alguien la encontraría y le brindaría ayuda. Incluso, podía ser que en ese momento ella ya estaba en su cama en casa, sana y salva. Delfina sabía que no podía darse el lujo de pensar que algo diferente había pasado. Necesitaba mantenerse calmada.

Objetivamente evaluó su apariencia. Su peinado estaba un poco aplastado pero todavía arreglado. Dejaron su sombrero sobre el asiento de enfrente. Su vestido y sus botas se veían bien. Miró a su atacante, quien roncó suavemente.

¿Qué querían lograr? El matrimonio, por supuesto. Ensuciar su reputación y luego que uno de ellos se casara con ella para salvar el día. Ya era pasado del medio día, y ella pensó que llevaba en el carruaje mucho más que una hora. Pensó que era probable que los canallas tuvieran un lugar en el campo donde la mantendrían escondida hasta que ella estuviera de acuerdo con su plan.

¿Cuál de los dos sería? Ella suponía que, por ser parte de su grupo de pretendientes, la sociedad creería que había huido con el Sr. Foster, apuesto y entretenido. El otro sonaba mayor, y cualquier indicio de que fuera un matrimonio forzado haría que la sociedad lo rechazara. No, el Sr. Foster era el candidato. Se preguntó por un momento de que si, de hacer las cosas como deberían ser, él hubiera logrado que ella aceptara su propuesta de matrimonio. Ella sabía que no tenía dinero, pero eso no le importaba. Él hizo que ella se riera y parecía admirarla genuinamente. Como a ella le costaba distinguir entre todos sus admiradores y Gascoigne ya no la ayudaba, ella pensó que él pudo haber sido exitoso. Estaba casi al punto en donde estaba dispuesta a decidir su futuro al tirar los dados, tan poco le importaba. Foster tenía las cualidades que ella buscaba: gracioso, gentil (ella había estudiado cómo trataba a Phoebe) y apuesto. Ella pudo haberlo aceptado, ¡un hombre capaz de hacer esto!

Pensar en Phoebe la hizo temblar. Pero ella estaba segura de que ya debería estar despierta y en casa. Su familia la estaría buscando, sin duda, pero no veía la manera en que la llegaran a encontrar. Rehusó entrar en pánico. Si en algún momento necesitaba que su ira fría, desarrollada durante muchos años, la guiara, este era el momento.

Escuchó la respiración de Foster y se aseguró que seguía inconsciente. ¿Qué era ese líquido, que tenía tal efecto? No lo sabía, pero estaba preparada a volver a drogarlo si fuera necesario. Si empapaba la esponja nuevamente, ¿podría hacer lo mismo con el conductor en el momento que abriera la puerta? Lo dudaba. Su voz era profunda, y daba la impresión de que era un hombre grande, no de edad, sino de tamaño. Ella necesitaba ser ingeniosa y usar, como decía el Duque de Wellington, el elemento de la sorpresa. ¿Cuánto viajarían? Mientras más se alejaban de Londres, menos esperanza sentía.

Vio que su bolso estaba debajo del Sr. Foster, las cuentas negras brillando levemente. Lo movió con cuidado. Tal vez podía escribir una nota, envolverla alrededor de un soberano, y prometerle a quien lo aceptara que recibiese más si iban a buscar ayuda. Pero ¿Quién de las personas que había visto por la ventana podía leer? Además, no estaba su pequeño cuadernillo plateado. Luego se recordó que lo dejó sobre la mesa de noche y nuevamente sintió ganas de llorar. Puso el bolso nuevamente donde lo encontró, pero antes sacó dos billetes y cuatro

soberanos, pensando que si el caballero no contaba el dinero adentro, que no se daría cuenta que hacía falta. También los metió a su bolsillo.

Sus tías al fin se darían cuenta que el Vizconde Gascoigne de Raith no era lo peor que le podría pasar en su vida.

«Gascoigne, ¡encuéntreme!» pensó Delfina. ¿Qué tan ridículo era esperar algo así?

\*\*\*

Gascoigne de Raith y su acompañante entraron al salón sin ceremonia. El vizconde parpadeó en sorpresa al ver la cantidad de personas presentes. Alrededor de la figura recostada de la Señorita Beauford estaban, además de las tres tías, el Dr. McLeod, un preeminente cirujano que dedicaba la mayoría de su tiempo a atender los males imaginarios o no de las damas de sociedad, el señor de la casa, su expresión seria mientras observaba la escena parado detrás del sofá, y Lord Carswell, quien se miraba preocupado por el bienestar de la Señorita Beauford y no podía estar quieto debido al nerviosismo. Frecuentemente miraba a su esposa, como si estuviera preguntándole qué hacer.

—¿Secuestraron a la Señorita Delacroix? ¿Qué sucedió?

—Nada de eso, vizconde. ¿Dónde estuvo usted esta mañana? —preguntó Lady Mags con fuerza.

—Atrapando un espía —contestó, indicando con un movimiento de su cabeza al hombrecillo que lo acompañaba. El hombre solamente sonrió.

—¿A qué hora sucedió? —preguntó el hombre, dirigiéndose a Lady Pelleter, quien él supo instintivamente que era la líder en esta situación. Ella lo miró con desdén, pero el Sr. Mosely mantuvo su sonrisa.

—Hasta donde sabemos, fue a las once y media —contestó, aunque no estaba muy segura de por qué se dignó a dirigirle la palabra.

—Entonces puedo confirmar que el vizconde no estuvo involucrado, ni en la vecindad de dónde ocurrió.

—Supongo que se puede contratar a alguien para que haga el trabajo.

—¡Mags! —exclamó el Sr. Lynfield. —Lady Pelleter, realmente no puedes insinuar eso.

—Muy alterada, Vizconde —contestó Carswell, aliviado de tener algo que contribuir a la escena. —No sabe qué es lo que dice.

—Si nade más quiere enfrentar al gran Vizconde Gascoigne, lo haré yo. Ayer tuvo una discusión con mi sobrina, y hoy ha desaparecido. ¿Acaso le dijo que no ya no quería relación alguna con su persona ya que todos sabemos que le dejó de hablar? ¿Se enojó tanto con ella como para secuestrarla y forzarla a casarse?

—¡Margarita, querida! —exclamó Lady Eloísa. —Realmente no puedes acusar...

—No me importa que me acusen. Es falso. Eso no fue lo que discutimos. La Señorita Beauford lo puede confirmar. Ella estuvo presente,

—Realmente no escuché lo que dijeron, y lo que sí escuché no lo entendí —dijo la Señorita Beauford.

—No creo, Gascoigne, que hay algo malo en preguntar, dadas las circunstancias, cuál fue el tema que discutieron —articuló el Sr. Lynfield.

Gascoigne suspiró. —No tengo problema en contarles, pero eso no es lo más importante. ¿Ha podido la Señorita Beauford contarles algo que nos pueda ayudar a buscar a la Señorita Delacroix?

—¿Qué es ese olor? —preguntó el hombrecillo, hablando nuevamente.

La cara de la Sra. Lynfield expresó tanto sorpresa como ofensa, pero la voz grave con acento escocés del doctor le contestó mientras levantaba un objeto y lo sostenía en su mano. —Es esto —indicó. —Envié a un chico al parque a buscar qué fue lo que utilizaron. Me interesa mucho investigar sobre una sustancia que pueda incapacitar a una persona tan rápidamente. Me serviría mucho al momento de llevar acabo cualquier cirugía.

—Yo me desharía de esa esponja, doctor, si fuera usted —dijo el hombrecillo. —Es un veneno peligroso. Conozco un doctor que trabaja en una parte no muy buena de la ciudad que lo usa cuando necesita realizar amputaciones, y sí duerme a sus pacientes. Lo llama *spongia soporifica*, porque ese nombre le puso el español que se lo vende. El problema es que es difícil de controlar, ve, y no todos a los que duerme vuelven a despertar.

Las damas todas exclamaron con horror, y Lady Mags soltó un sollozo, una respuesta nada común para ella.

Gascoigne lo tomó del brazo. —¿Sabes quién fabrica eso, Mosely? ¿Me puede llevar allí?

—Sugiero que vayamos de inmediato —contestó el hombrecillo enérgicamente—, sí es que ya llegaron sus caballos.

Lynfield se acercó a Gascoigne y estiró su mano hacia él. El vizconde la tomó y la sacudió. —Encuéntrela, por favor —dijo el hombre mayor.

—Lo haré —prometió Gascoigne. —Que la Señorita Beauford se retire a su habitación. A los ojos del mundo, ella sigue en compañía de la Señorita Delacroix. Nadie debe tener razón para pensar lo contrario. —En menos de dos segundos, él y su sombra habían salido del cuarto.

—Todavía creo que fue él —comentó Lady Pelleter

—Acaso, querida hermana —dijo el Sr. Lynfield—, ¿nunca has visto un hombre enamorado?

\*\*\*

—Vamos a Cheapside, *milord*, y sin pensar en los caballos.

—¿Quién es realmente, Sr. Mosely?

—Soy el hombre quien conoce quién le vendió esa esponja a las criaturas viles que han lastimado a su dama.

—La Señorita Delacroix no es mi dama —contestó el vizconde. —En eso se equivoca.

—Y a usted se le olvida que llevo semanas siguiéndolo, *milord*. No soy ciego.

—¡Maldito sea!

—Deje que termine el día, señor vizconde, y veremos si piensa de la misma manera —respondió el Sr. Mosely sin dejar de sonreír.

La construcción donde el Sr. Mosely indicó que debían detenerse se encontraba en una parte no muy salubre de la ciudad. El palafrenero que los acompañaba se bajó de la parte de atrás y tomó las riendas, mirando a su alrededor. Le dijo a su amo —No creo que sea buena idea quedarse aquí mucho tiempo, *milord*. Los lugareños no parecen ser muy amigables.

El vizconde le dio el látigo y dijo en voz alta —Pégale con eso al que se acerque.

—Yo me encargo de esto, señor Vizconde, si le place —. Y con eso, el hombrecillo se adelantó y se dirigió a una puerta en el centro de la cuadra del callejón.

—¡Esto no es una clínica! —exclamó Gascoigne.

—No, señor. Es donde el matasanos compra sus insumos —le contestó, abriendo la puerta. Adentro, en un cuarto oscuro, se podía ver una mesa de madera con dos sillas al lado, unos estantes con muchos frascos de barro en diferentes tamaños, cada uno con una etiqueta amarrada al cuello del frasco con un poco de estambre. Desde el techo colgaban racimos de plantas que se estaban secando. El cuarto se veía pulcro, al igual que la mujer que estaba sentada, ocupada

cortando vegetales y depositándolos en un cuenco de cobre. Al menos Gascoigne pensó que eran vegetales, pero algunos parecían raíces que él nunca había visto. Ella tenía puesta una gorra anticuada, un vestido viejo, y un delantal.

—Pase adelante, Sr. Mosely —dijo, hablando con un acento marcado. —Suponía que lo vería.

—Pensé que le había dicho, Señorita Carlota, que ya no vendiera esas malditas esponjas.

—Me dijo, señor, que no debería vendérselas al cirujano. Él es un tonto, y ya no se las vendo. Le dije cómo se debían usar, pero no hace caso. —Escupió e hizo un gesto extraño con sus dedos, indicando su disgusto, pensó el vizconde.

—Pero sí se lo vendió a alguien más, ¿cierto?

—A un soldado que conocí en España. Él me vio usarlas allí para ayudar a los heridos. —Giró su cabeza para mirar directamente al vizconde. —Le llamamos *spongia soporífica* porque duerme a las personas. Mi familia ha cuidado la receta durante muchas generaciones. Puede ser muy útil en las manos correctas, pero demasiado y... — chasqueó los dedos. Sonrió, aparentemente no afectada por sus propias palabras, pero observando cómo se le helaba la sangre al vizconde. —El soldado vino, se lo llevó, y no me pagó. Eso es todo.

El vizconde sacó unas monedas. —Todo lo que sepa acerca de ese hombre, y esto es para usted.

—Tiene una gran barba.

—Barba, sí —repitió el vizconde.

—Pero solamente aquí —comentó, señalando solamente alrededor de la boca y las patillas. —Se llama Redmond.

Gascoigne profirió una grosería.

—¿Lo conoce, *milord*?

—Sí, y lo que es peor, creo que sé quién es su compañero en este asunto.

Carlota extendió su mano de nuevo. —Sé dónde vive.

El vizconde nuevamente sacó unas monedas, pero Mosely lo agarró del brazo. —Yo también sé dónde vive, *milord*. ¡Vamos!

Carlota gritó maldiciones tras de ellos mientras salían a la calle. —Es muy creativa con su vocabulario —comentó el vizconde.

El hombrecillo estaba concentrado. —No tiene sentido ir a buscarlo a su casa porque, a menos que me equivoque, ya no estará allí. Deberíamos preguntar en los establos cercanos a donde vive, para saber si alquiló un carruaje. —No tardó mucho antes de que el Sr. Mosely, luego de preguntar en varios establos de alquiler, encontrara el individuo que le alquiló el carruaje.

—También hice que uno de mis muchachos lo siguiera, para ver si tomaba la Gran Carretera del Norte —comentó el dueño del establo, hablándole al hombrecillo pero viendo al vizconde de manera respetuosa. —Tenía el presentimiento que quería usarlo para escapar hacia la frontera para un matrimonio improvisado. Quería que el carruaje estuviera cubierto con polvo para pasar desapercibido, y pidió que limpiara el interior porque allí iba a viajar una dama. En todo caso, el chico dice que solo llegó al Parque Hyde, así que regresó.

Gascoigne golpeó su mano contra su pierna, totalmente frustrado. —¿No vio qué camino tomó luego de llegar al parque?

—No, *milord*, el chico regresó a casa. Pero un amigo mío que es herrero tuvo que ir al campo a visitar a un caballo enfermo. Me preguntó esta tarde que qué hacía uno de mis carruajes en la carretera a Holburn, y viajando demasiado rápido para las condiciones de la carretera.

—Sr. Sheppy, ¡tome este soberano e invite a su ayudante y a su amigo el herrero a tomar algo!

Dándole una palmada en la espalda, el vizconde y su compañero se retiraron, y empezaron a conducir hacia la carretera a Holburn.

\*\*\*

—Un corredor de la calle Bow, eso es lo que es, Sr. Mosely —dijo el vizconde, contento de haber resuelto el enigma. —Aunque sigo sin entender por qué alguien lo contrataría para seguirme.

—No está del todo equivocado, su señoría. Podría decir que la calle Bow y yo nos hemos conocido desde hace muchos años, pero desde hace un par de años he trabajado haciendo investigaciones privadas. En términos de remuneración, es mucho más rentable —contestó, satisfecho.

—¿Cómo es que conoce a Redmond? ¿Sabe dónde vive?

—Bueno, vi que seguía uno de sus amigos cerca del salón de Cribbs. Redmond estuvo vigilando su mesa, al igual que yo, y se me metió la idea de que me interesaría saber por qué.

—¿Y lo averiguó?

—Algo, señor. Persuadió al joven caballero a que lo acompañara a otra taberna y logró que hablara con él acerca de la pelea que tuvo con su persona.

—Sí, estaba muy molesto. Dije cosas...

—Así supuse, señor. Me pareció que el joven no quería dar detalles. Solamente dijo que sus amigos lo habían traicionado. Luego habló de la Señorita Delacroix, señor, y de lo bella que era. Parecía estar muy afectado.

—¿Y Redmond?

—Bueno, él se aseguró de mantenerle el vaso lleno y el resentimiento vivo, recalcando sus problemas hasta que el joven quedó inconsciente en la mesa. Eventualmente se fueron, el capitán sosteniendo al joven, y los seguí a la casa de Redmond. A decir la verdad, pensé que había sido una noche desperdiciada. De haber sabido lo que planeaban, le hubiera contactado de inmediato.

El vizconde suspiró. —Otra cosa, Sr. Mosely, ¿quién entregaba la remuneración por investigarme?

—De cierta manera, podría decir que la dama quien buscamos ahora.

—¿La Señorita Delacroix mandó a que me investigaran? —preguntó Gascoigne, sorprendido.

—Recuerde lo que dije, su señoría: de cierta manera.

—¡El Sr. Rigby-Blythe! —exclamó Gascoigne. —¡Por supuesto!

—Sí, señor —dijo el hombre mientras sonreía. —Le dio al blanco, como dicen.

—Supongo que necesitaba estar seguro del carácter de cualquiera que tuviera una asociación — una asociación de negocios — con la Señorita Delacroix.

—No precisamente, señor. Él estaba interesado en saber qué un joven de calidad como usted — las palabras del Sr. Blythe, no más — pudo haber hecho para tener su reputación. Notó que la Señorita Delacroix sentía algo por usted, ya que cuando lo visitaba cada semana ella hablaba casi de ningún otro tema. Ella misma se delató, señor. Y él estaba seguro de que los dos iban a echar todo a perder.

Los ojos del vizconde brillaron peligrosamente. —El Sr. Rigby-Blythe toma demasiadas libertades, al igual que usted. Él está muy equivocado en cuanto a la Señorita Delacroix. Ella tiene menos interés en mí que en medio Londres que la está tratando de cortejar. Puede ser que en algún momento sintió algo de amistad, pero al final, hasta eso.... —Se detuvo de repente, sabiendo que hablaba demasiado y luego agregó —Maldita curiosidad la suya.

—Y usted, su señoría, ¿no se encontró pensando en ella más a menudo de lo que quería, pero sin poder decírselo?

—Si sigue así, Mosely, lo echaré del carruaje, y si cae debajo de los caballos, que se lo lleve el diablo.

—Sí, su señoría —rio Mosely.

Se detuvieron en una casa para preguntar si habían visto el otro carruaje. Como la carretera no tuvo mucho movimiento ese día, la mujer que les atendió les pudo decir que el carruaje solamente les llevaba treinta minutos de ventaja. El carruaje deportivo del vizconde con mejores caballos había logrado cerrar la ventaja del viejo carruaje de alquiler. Los ojos del vizconde brillaron mientras nuevamente siguieron el camino.

Después de un período de silencio, el vizconde preguntó —¿Qué hacía en Gascoigne Manor?

—Fui para obtener el panorama completo. Siempre fui uno de los corredores que investiga a fondo. Hay que obtener el panorama completo, es lo que siempre digo.

—¿Y lo logró?

—Oh, sí, señor. Un caballero que logró liquidar parte de la deuda que dejó su papá, que ha trabajado para hacer todo lo posible por las personas que dependen de él. Un héroe de la guerra que regresó lisiado solo encontrar una pésima situación e intentó repararla, pero fue, creo yo, abrumado por el daño que una vida de ocio (la de su papá, si no le molesta que se lo diga) pudo hacer. Aunque existe algo que el Sr. Blythe pidió que aclarara. Y no estoy seguro de que es un impedimento que sea difícil de sobrellevar.

—¿Oh? —preguntó el vizconde, tratando de proyectar indiferencia.

—Sí. Ese impedimento habita en la cabaña en su finca.

—Deje la cabaña y sus habitantes en paz —articuló el vizconde con un tono de voz amenazador.

\*\*\*

Parecían estar entrando a un pueblito, habiendo pasado el George, un hostel en Southwark, diez minutos antes. Seguramente los caballos estaban cansados, y Delfina pensó que no pasaría mucho tiempo antes de que los tuvieran que cambiar.

Estar quieta, una habilidad que Delfina perfeccionó durante muchos años para las ocasiones en que su mamá entraba a su recámara, y fingir estar inconsciente parecía ser la mejor opción. Sacó la esponja del bolsillo del Sr. Foster y se la puso debajo de la nariz nuevamente mientras ella se tapaba su propia nariz con su brazo. Luego puso la esponja en la mano del Sr. Foster y ella se recostó nuevamente después de respirar aire fresco de la ventana. Intentó no moverse.

Su sospecha se cumplió. Parecía que estaban entrando al patio de un hostel, basado en lo que pudo ver por la ventana mientras que el conductor todavía estaba ocupado con los caballos. Cuando él saltó para bajarse de su asiento, Delfina se quedó quieta y trató de calmar el latido de su corazón.

—¡Foster! —gritó, su voz conocida pero Delfina todavía no lograba identificarlo. —Por Dios, hombre ¿te quedaste dormido?— Abrió bruscamente la puerta del carruaje del lado opuesto a la cabeza de Delfina. —¡Bah! —exclamó cuando el olor proveniente de la esponja le pegó. —El tonto se drogó él mismo. —Delfina también se sentía algo mareada por el olor que estaba impregnado adentro del carruaje, y luchó por suprimir la necesidad de sentarse y poner su cabeza al lado de la ventana para poder respirar aire fresco. —Oye, allí. Atienda al caballero. Él no está bien. La dama igual, pero de ella me encargo yo. ¿Qué esperan, inútiles? No es una fiebre. Nada les va a pasar.

Abrió de golpe la puerta cercana a la cabeza de Delfina y ella tuvo que esforzarse enormemente para quedarse quieta y no mover un músculo. ¿Tal vez podría gritar? Pero si todos

los que estaban en el hostel estaban comprados por su secuestrador, ella perdería su única esperanza. Él colocó un brazo debajo de su cabeza y la levantó, jalándola hacia él. Su cabeza se inclinó hacia la de ella, buscando si sentía su respiración. Luego él puso su otro brazo debajo de sus rodillas y la cargó hacia el hostel. Parecía que otras personas estaban arrastrando al Sr. Foster detrás de ellos. Ella sintió la diferencia en el sonido y el aire cuando entraron al hostel, que olía a carne de carnero cocido y repollo, cuando un hombre dijo: —Ya está listo el cuarto. Por favor, señor, sígame.

Todo estaba planeado, entonces. No tendría sentido pedir ayuda aquí.

Subieron las escaleras, y luego la recostaron sobre un cobertor áspero. —Ahora la tengo, mi belleza. ¿Cuánto de esa cosa le habrá dado? Ah, pero sí tiene algo de color en sus mejillas. Estará bien. No tan altanera ahora, ¿cierto, Señorita Delacroix?

Entonces ella sí lo conocía. ¿Por qué no lo podía identificar? Cuando él empezó a desabotonar los diminutos botones de su chaqueta corta, tomó toda su fuerza de voluntad para no estremecerse. Escuchó un gran estruendo, ocasionado por la puerta abriéndose de golpe y rebotando contra la pared. Solamente eso lo detuvo.

—¿Qué haces? —preguntó el Sr. Foster, furioso y temblando. —Si intenta hacerle algo, juro que...

—No, no, hombre, nada así. Pero le dio demasiado. Le estoy desabotonando la chaqueta para que pueda respirar con más facilidad.

—Déjela. Que la atienda una de las sirvientas, o le juro que.... —Se escuchó el sonido amenazante del martillo de una pistola poniéndose en posición para disparar.

—Hildegart, mi amigo. Necesitas despejar tu mente. Dejemos a la dama para que la atiendan. Tiene toda la razón. Simplemente está un poco confundido.

Delfina escuchó pasos que caminaban hacia la puerta, y luego la puerta cerrándose. Se levantó de golpe y miró alrededor del cuarto, buscando una manera para poder escapar. Desde la ventana podía ver el techo de una construcción al lado del hostel, probablemente una bodega. Que fortuna. Así podría bajar en dos etapas, ya que si saltaba de la ventana directo al suelo seguramente se rompería una pierna.

—La voy a llevar de regreso. —Ella escuchó la voz de Foster mientras luchaba por abrir la ventana, que negaba moverse. La voz sonó como si estuviera cercano, y luego de darle una mirada anhelante a la ventana, se volteó hacia el centro de la habitación, interesada en saber qué sucedería. Un hoyo en el piso del tamaño de una guinea dejaba ver lo que sucedía en el cuarto de abajo. A pesar de que el piso estaba empolvado, Delfina se acostó para intentar ver a través de hoyo. Pudo ver una mesa en el cuarto de abajo. No podía ver al Sr. Foster, pero sí podía ver la cabeza de un hombre con calvicie incipiente y la parte lateral de su barba. Cuando él habló, todo le hizo sentido. Era el Capitán Fulanito, que a ella no le inspiró confianza cuando le sonrió, y con quien no quiso bailar.

—¿Llevarla de regreso? ¿Después de todo lo que hemos gastado? Debe estar loco.

—Lo que hemos hecho, lo que yo he hecho, es algo cobarde. No puedo seguir.

—¡Pero se va a casar con ella! —objetó el capitán.

—No de esta manera.

—Si no es de esta manera, entonces será nunca. Ella ya lo vio. No la puede regresar sin casarse. Mire, tengo la licencia especial aquí conmigo.

—No lo involucraré —dijo el joven. —Ella no lo ha visto. Y de alguna manera le pagaré lo que ha gastado.

—¡Ja! —exclamó el capitán.

Delfina escuchó que alguien caminaba en el pasillo afuera del cuarto. Se levantó y rápidamente acostó en la cama. No había necesidad de que nadie supiera que ella estaba despierta.

—No me convence esto —dijo una voz silbante mientras se acercaba a la cama. Parecía que estaba hablando sola. —Una dama que se desmayó. Seguramente la drogaron, pienso yo, con láudano o algo parecido, y esos dos tipos raros con ella. —La mujer empezó a desabotonarle la chaqueta mientras seguía con su discurso. —Debería llamar a la justicia, eso es lo que debería hacer. Si todo es tan honesto, ¿por qué Ned tiene dos soberanos de oro guardados bajo la cama donde él cree que yo no los puedo encontrar?

Delfina de repente tomó la decisión. Agarró una de las manos que estaba abriendo su chaqueta, y puso su otra mano encima de la boca de la mujer. —Tiene la razón, señora. Ellos son villanos, y sus intenciones hacia mí no son buenas.

La mujer soltó un chillido de sorpresa. —Si la ayudo, Ned me mataría —contestó. Ella era una señora regordeta, tal vez el doble del tamaño de Delfina. Aunque sus ojos reflejaban que estaba asustada, también se podía ver gentileza y bondad.

—¿Estaría enojado si le entrega diez libras después de ayudarme?

Los ojos de la mujer se hicieron enormes. —No, yo creo que diría que fui muy inteligente.

—Bueno, aquí están las diez libras —dijo Delfina, sacando el billete de su bolsillo—, y lo puede esconder debajo del colchón hasta que yo me haya ido. Si me voy ahora —y señaló hacia la ventana —¿puede decirles que aún estoy dormida?

Los billetes fueron aceptados y la señora los escondió debajo del colchón en un dos por tres. Ayudó a Delfina a que abriera la ventana. Cuando Delfina estaba lista para salir, le dijo: —Si puede mantenerlos ocupados, prometo que le enviaré otras diez libras cuando llegue a Londres. —Buscó en su otro bolsillo y sacó la botella. —Si le echa esto a un trapo y lo deja encima de su mesa, podría ganarme un poco de más tiempo. Solo tenga cuidado de no respirarlo usted. ¿Tienen algún vehículo que pueda usar?

—No, señorita. Solo tenemos una calesa, pero no está aquí ahorita. Un momento, por favor —dijo la señora, corriendo a un clóset en la esquina del cuarto. —Llévese mi capa. Llamará menos la atención así que si caminara con su ropa bonita descubierta. —Se la tiró al techo de la bodega justo mientras Delfina bajaba hacia él.

Un último salto de más o menos dos metros, y en poco tiempo Delfina se alejaba del hostel, cubriéndose con la capa de la señora.

\*\*\*

Gascoigne y el Sr. Mosely se detuvieron en el Hostal George, donde había mucho movimiento de personas y carruajes, buscando el carruaje viejo y desgastado que perseguían. A ninguno le sorprendió que no estuviera allí, ya que una mujer secuestrada seguramente llamaría la atención en un lugar así, por donde pasaba medio mundo. Pero tampoco nadie lo había visto. Al Sr. Mosely se le ocurrió la idea de preguntarle al dueño del hostel si había otros lugares cercanos donde no pondrían peros a una situación no del todo legal a cambio de un pago más jugoso. Al dueño del hostel no le agradó mucho la idea de hablar de su competencia, pero luego de que le dieran unas guineas él les proporcionó el nombre de dos lugares, diciendo que el dueño de uno de ellos era capaz de «vender a su abuela por una moneda de cuatro peniques y una botella de ginebra.» Luego lo pensó y dijo — Bueno, tal vez solo por la ginebra.

El Zorro y el Ganso era el lugar más probable y empezaron el camino hacia él luego de recibir la sugerencia de regresar al George si querían cambiar los caballos, ya que los caballos

viejos que tenían en el Zorro y el Ganso tardarían una semana para llevarlos de regreso a Londres.

Gascoigne empezó la marcha y pasó por el portón ancho justo al mismo tiempo que el carruaje de correos estaba por entrar. En él viajaba una figura cubierta con una capa de lana voluminosa, sentada al lado del conductor.

—¡Gascoigne! —exclamó la voz de la cual estuvo soñando toda la tarde. —¡Me encontraste!

El vizconde paró de repente, casi causando un accidente con el carretón que venía detrás de él. Le tiró las riendas a Mosely y saltó al suelo al mismo tiempo que la figura bajaba del otro carruaje,

—¿Realmente eres tú? —preguntó mientras ella corría directo a sus brazos.

—Oh, Gascoigne, ¡no sabes lo mucho que deseaba que vinieras!

Él la abrazó con fuerza y con una mano sujetó la capucha para que ninguno de las personas en los diversos carruajes que se encontraban en el patio pudieran ver su rostro. La levantó y puso en el asiento trasero del carruaje, y le dijo al palafrenero —Jack, conduce el carruaje.

—¿Yo? ¿Conducir los caballos, señor?

—Sí, carajo. Inmediatamente.

Gascoigne subió y se sentó al lado de Delfina. —Mantén la cabeza agachada, querida. No queremos que nadie te vea conmigo.

Ella levantó la cabeza y preguntó —¿Contigo? ¿Por qué no querría que me vieran contigo? Oh, Gascoigne, ¿realmente me estabas buscando?

—¿Acaso lo puedes dudar? —preguntó, riendo un poco por el alivio que sentía. —Me enteré de lo les sucedió a ti y a la Señorita Beauford. Salí inmediatamente para buscarte, aunque no hubiera podido llegar hasta acá sin mi amigo presente, un maldito espía que contrató el Sr. Rigby-Blythe. Sin embargo, mostró ser bastante útil. Cuando tu tía Pelleter me acusó de haberte secuestrado, él pudo dar fe de dónde estaba. Después, supo el origen de esa mezcla nociva que utilizaron para dormirte. ¿Cómo te sientes?

Viendo que ya no había tantos carruajes en el camino, ella se sentó erguida y se quitó la capucha de la cabeza, dejando su pelo y su rostro al descubierto. Él se apartó un poquito pero no dejó de sostener su mano.

—Mis tías me dijeron que nunca debería dejar que me tomes de la mano —dijo, mirando sus manos. —¿Crees que me puedan perdonar?

Él aumentó la presión de sus manos y preguntó —¿Fue Foster, cierto? ¿Junto con Redmond?

—Sí. ¿Cómo lo supiste? No vi a Redmond hasta que pude espiarlo desde un hoyo en el piso del cuarto donde me dejaron. Ves, estaba fingiendo estar dormida. Su voz me parecía conocida pero no sabía de dónde. Luego, cuando lo vi, entendí. Me negué a bailar con él una vez. ¿Por eso lo hizo?

—No —contestó decididamente el vizconde. —Fue porque es un sinvergüenza y un canalla. Y pagará por sus acciones, te lo aseguro.

—Y el Sr. Foster. Pensé que yo le gustaba.

—Y yo pensaba que él era mi amigo.

—Oh, entonces debería decirte, *milord*, que cuando me fui, ellos estaban discutiendo en el cuarto de la planta baja. El Sr. Foster se dio cuenta de lo grave de sus acciones, y creo, que había decidido regresar conmigo a Londres. De todas maneras, no confiaba en ninguno de los dos, así que me escapé por una ventana y hui.

—Que chica tan formidable eres. No me sorprendería que les hubieras roto la cabeza con una bacinilla y los hubieras dejado allí tirados.

—Bueno, sí utilicé esa horrible esponja con el Sr. Foster.

Él empezó a reír pero repentinamente se puso serio. —Si te hubiera perdido... yo... yo.... — Retiró sus manos de las de ella. —¿Dónde puedo encontrar a estos desgraciados?

—En un hostel unos kilómetros después del George. Creo que vi un zorro y un cisne en el letrero.

—El Zorro y El Ganso. Tal vez el ganso no estaba bien dibujado. —Él rio nuevamente y la tomó de la barbilla de manera juguetona. —El dueño del George pensó que podría ser allí. Deberíamos darle la vuelta al carruaje para que pueda ir a enfrentarme con el Capitán Redmond.

El pequeño hombre que estaba sentado junto al mozo se volteó hacia ellos y comentó —Creo que me deberían dejar aquí. Caminaré de regreso al George y contrataré un carruaje para poder vigilar a esos dos sujetos, *milord*. La Señorita debería regresar a Londres lo más rápido posible.

—¡Rayos! Tiene razón. Jack, detén el carruaje. Gracias por las guineas que gastó en el George, Sr. Mosely. Si me busca al regresar a Londres, se lo pagaré.

—No se preocupe, *milord*. Seguramente la Señorita Delacroix cubrirá mi cuenta, por medio de su abogado —respondió sonriendo. —Muy generoso con los gastos, el Sr. Rigby-Blythe. Fue un placer conocerla, señorita, encontrarla bien y sin novedades, como dicen. —Bajó del carruaje, se quitó el sombrero y los saludó desde el suelo antes de emprender el camino de regreso al George, haciéndole señas al carruaje de un cervecero que viajaba en esa dirección.

—¿Cree, *milord*, que esos hombres tratarán de seguirme? —preguntó Delfina, tratando de no mostrar temor en su tono de voz.

—Espero que sí. Solo deja que les ponga las manos encima. —Ella rio al escucharlo, que fue su propósito, pero se escuchó una nota de amenaza latente en la voz del vizconde.

Al ver a un carruaje que venía hacia ellos del otro lado del camino, Delfina nuevamente se tapó la cabeza y su rostro con la capucha, y recostó su cabeza contra el hombro de Gascoigne para que no la pudieran reconocer. Él le puso un brazo alrededor de su hombro para darle apoyo. Cualquier bache u hoyo en el camino le daba la oportunidad para que la abrazara un poquito más fuerte, y él casi quería decirle a Jack que condujera por los baches a propósito. Así viajaron hasta que llegaron a Londres mientras ella preguntaba qué le había sucedido a la Señorita Phoebe, y cómo fue que él la había encontrado.

Antes de entrar a la ciudad, él se pasó al asiento de adelante y Delfina se quedó en el asiento trasero como una tía solterona, su cabeza agachada y la capa cubriéndola completamente. Nadie podría adivinar que la Señorita Delacroix, quien siempre vestía a la moda, iba vestida con una capa tan vieja y haraposa.

## Capítulo 12

El Vizconde Gascoigne llegó en su carruaje a los establos que le brindaban servicio a la casa del Sr. Lynfield en Russel Square y dejó el carruaje allí. Una chica, al parecer alguien que trabajaba en la cocina por la capa vieja y desmejorada que tenía puesta, se bajó del carruaje y lo acompañó hacia la puerta trasera de la casa. Si el mozo principal del establo pensó que era un poco raro que el vizconde entrara a la casa por la entrada de servicio, no se sorprendió de la respuesta cuando le hizo el comentario al mozo del vizconde.

—¿Quién sabe por qué hacen lo que hacen? —dijo Jack mientras encogía sus hombros desinteresadamente. El mozo principal del establo pensó que tenía razón. Todos los de la nobleza eran raros, no cabía duda.

Adentro de la casa, Fiennes tomó la capa de las manos de Delfina cuando ella entró al vestíbulo.

—¿Está sola mi tía, Fiennes?

—No precisamente sola, Señorita, pero solo hay familia presente. Si me permite decirlo, creo que ella estará muy contenta de verle.

Gascoigne entró detrás de ella. —Infórmele a la Señorita Beauford de una vez, Fiennes. Ella ha de estar loca por la preocupación.

Delfina giró para verlo y con toda naturalidad puso su mano en el brazo del vizconde. —Tienes toda la razón. Una vez más, tu gentileza eclipsa a la mía.

Él movió la cabeza para negar lo que ella dijo. —No lo creas. Es que sé que ella no está abajo con los demás. Le dije a tu tío que ella debería mantenerse fuera de vista mientras tu no estabas.

Delfina corrió hacia el salón verde, hacia donde apuntó el brazo de Fiennes. Cuando ella abrió la puerta, Gascoigne escuchó las exclamaciones de «¡Delfina!» «¡Mi niña!» y «¡Gracias a Dios!».

Él entró tras ella y la encontró rodeada de su familia, con su tía Sibila abrazándola fuertemente.

El Sr. Lynfield se acercó a él para darle la mano. —Gascoigne —dijo, —he puesto toda mi confianza en ti. No tengo cómo agradecerte. La trajiste de vuelta a casa... ¿a salvo?. —Se podía ver la duda en su mirada.

—Completamente a salvo, señor —contestó, entendiendo la preocupación del otro. —Pero no tiene por qué agradecerme. La Señorita Delacroix se salvó ella misma.

—¿Dónde están esos canallas?

—No los encontré, sino que me topé con la Señorita Delacroix luego de que logró huir de ellos. Pero el Sr. Mosely los está vigilando, creo, si es que no huyeron antes de que él los alcanzara.

—¿El tipito raro que estuvo aquí contigo en la mañana? ¿Quién es? ¿Confías en él?

—Creo que los magistrados en la Calle Bow confiaron en él durante muchos años.

—Ah —dijo el Sr. Lynfield. —¡Entonces fue uno de los corredores! Sin duda, entonces, tiene sus métodos.

—Sin él, no hubiera adivinado en qué dirección se dirigían al salir de Londres.

Mags Pelleter miró hacia Gascoigne y movió su cabeza en aprobación, una gran muestra de su agradecimiento. —¿Quiénes eran, Delfina? Debemos...

—No les puedo decir. El Sr. Mosely me aconsejó que no hablara todavía. Al menos uno de ellos cree que no sospechan de él, ya que piensa que no lo vi ni escuché. Puede que regrese a Londres.

—Yo —anunció pomposamente Lord Carswell —¡tendré unas palabras con ellos cuando regresen!

—Sí, sí, querido —contestó Lady Eloísa. —Tal vez deberías tomar asiento.

—Yo me retiraré, damas y caballeros, Sr. y Sra. Lynfield, Señorita Delacroix. Debo estar en casa por si el Sr. Mosely manda alguna noticia —comentó el vizconde.

Delfina se apartó del grupo que la rodeaba. —Gascoigne, ¡gracias! —exclamó mientras extendía sus manos hacia él con toda confianza. Él se sonrojó y notó la mirada de desaprobación que le lanzó Lady Pelleter, pero tomó las manos de Delfina entre las suyas y las apretó por un breve momento. Luego se dio la vuelta y salió del salón.

Mientras él salía, la Señorita Beauford corrió hacia el salón, una enorme venda cubriéndole la frente. Él abrió la boca para preguntarle cómo seguía, pero ella no se detuvo, sino que siguió de largo, exclamando —¡Delfina!

\*\*\*

«Ella está a salvo» pensó el vizconde mientras manejaba de regreso a Grosvenor Square. Eso debería ser suficiente. Era suficiente. Solo que la cabeza de ella había descansado tan cómodamente sobre su hombro, y su brazo alrededor de los hombros de ella se sintió tan cálido, que ahora lo echaba de menos. Ella estaba agradecida con él, cierto, pero todas las barreras que los habían separado seguían en pie. Él todavía tenía una deuda con ella, aunque sabía que podía pagarle al finalizar la venta de la casa. Eso no cambiaría el hecho de que él era un hombre sin reputación de fidelidad con las mujeres. Por el momento no participaba en los muchos juegos de azar comunes entre la nobleza, pero quién sabe si en algún momento empezaría de nuevo. Su vida entera hasta ese momento se había basado en la búsqueda de placeres hedonistas. Solo el *Club de los Casados o Muertos*, su invento, crearía una conmoción enorme entre la nobleza si lo descubrieran.

Nunca podría buscarla, nunca podría verla de nuevo, excepto desde el otro lado de un salón de fiesta lleno de gente. Él no la merecía. Su gratitud era grande, pero encontraría su límite en el momento cuando ella supiera que él fue quien le hizo creer al joven Hildegart Foster que podía engañar a una heredera para contraer matrimonio con él. Y que luego hizo que se enojara de tal manera como para actuar de la manera en que lo hizo. Quería matar a Hildegart, pero debajo de su enojo latía la culpabilidad que sentía por lo que él, siendo el mayor, permitió que sucediera. Redmond era diferente. Redmond sería destruido.

La confianza que ella puso en él estaba cruelmente mal direccionada. Sus bellos ojos llenos de lágrimas de felicidad cuando lo vio... sin embargo, él atesoraría esos momentos del viaje de regreso a Londres, momentos en los que él casi estaba seguro de que ella lo amaba, todo el resto de su miserable vida.

Sin lugar a duda, él terminaría en el infierno, pero aún no. Antes de eso, la venganza.

\*\*\*

Delfina, ya en cama y pensando en lo ocurrido durante el día, casi no podía creer que apenas diez horas antes el Sr. Steel la llevaba camino al parque Hyde. La pobre Phoebe fue la que llevó la peor parte, pensó, porque además de ser maltratada por ese sinvergüenza Redmond,

provocándole el golpe en la cabeza y varios rasguños y moretes, pasó todo el día preocupada por ella.

Ahora, mientras Delfina descansaba en su cama, sus pensamientos se enfocaron menos en el tiempo que pasó con sus secuestradores y más en lo que sucedió después, la manera en que la recibieron cuando regresó a casa. Se dio cuenta que la casa de su tía era más su hogar que su propia casa, y la manera en que la recibieron fue abrumadora. La habían rodeado de afecto, sus tíos y tías tan obviamente aliviados y contentos de verla nuevamente que al fin entendió que realmente la querían. Hasta la tía Mags, esa mujer tan estricta y que criticaba hasta el más mínimo detalle, casi lloró de la emoción y la abrazó al punto de quebrarle los huesos mientras que las tías Sibila y Eloísa la miraban con afecto. La llegada de Phoebe, sin pensar en sus propias heridas y sin culpar a Delfina en lo más mínimo, fue lo que finalmente desbordó el vaso de sus emociones y todos insistieron que debía sentarse a descansar.

Solamente había una conclusión a la que llegar a raíz de todo esto, pensó con asombro. Ella era amada. Qué extraño que los sucesos tan horribles del día al fin le revelaran lo que estuvo frente a su cara durante tantos meses: por primera vez en su vida, a ella la amaban. Su familia era algo excéntrica, cierto, y su manera de actuar la entretenía muchísimo, pero al final del día, eran su familia.

Cuando finalmente pudo contarles lo sucedido, fue Lord Carswell quien estaba más furioso, casi inconsolable. Intentó expresar su furia por medio del lenguaje más fuerte que poseía, pero su gentileza innata le dificultó expresarse de la manera en que quería.

—Tendré que hablar con esos caballeros. Pon atención, Eloísa. ¡No me lo vas a impedir!

—Tranquilo, querido —contestó su tía, tratando de apaciguarlo. —No lo haría por nada del mundo.

—No —contestó, habiéndose calmado un poco. Luego su rostro se enrojeció de furia nuevamente. —Pero todo esto es... es... quiero decir que es nada caballeroso. Digo, casi no lo puedo creer. Tendré que... ¡realmente tendré que hablar con ellos!

—Perdonen —dijo su tía Eloísa a los demás. —Normalmente no utiliza un lenguaje tan fuerte.

Delfina rio al recordarlo. Su tía Mags estuvo muy orgullosa de la manera en que escapó, pero cuando escuchó que Delfina le entregó un soberano al dueño de la carreta en que se fue, ella refunfuñó. —Más de lo que ganará en el año, de seguro. —Al escuchar eso, Delfina decidió no mencionar lo que le había pagado a la esposa del dueño del hostal.

Encima de todo, hubo otra revelación esa noche, una que Delfina ahora sostenía en su corazón. Empezó cuando su tía Eloísa comentó —Fuiste tan valiente, Delfina. Tu padre estaría tan orgulloso de ti si te pudiera ver ahora.

Delfina se quedó quieta, y su sonrisa se convirtió en una mueca cuando dijo —Mi padre, ¿orgulloso? No lo creo, tía, aunque es gentil de su parte creerlo. Mi padre me odiaba. Yo no fui el varón que él tanto deseaba.

—Que ridiculez, Delfina —rio su tía. —¿Qué te haría pensar eso? Eras la niña del ojo de tu papá. Lo seguías por todos lados y él nunca te mandaba a tu cuarto, aunque tu Mamá le pedía que lo hiciera. Él era más feliz cuando te sentabas en su regazo y le jalabas el pelo. ¿No lo recuerdas?

Delfina casi se quedó sin aliento.

—Antes de que falleciera, los veíamos más seguidos, sea aquí en Londres o cuando llegábamos a la Casa Delacroix para las fiestas familiares. Tu padre solía perseguirte por el jardín durante horas.

—Y te llevaba a pasear en esa lancha llena de hoyos —comentó Lady Pelleter. —Siempre

regresaban a la casa empapados. ¡Emilia se ponía furiosa!

Delfina recordaba sus paseos por los jardines de la Casa Delacroix acompañada de la sirvienta amargada de su mamá, Susan, siempre siguiendo el camino empedrado. A veces miraba hacia los campos aledaños, lejos del camino, y parecía recordar un lugar lleno de alegría. Una vez le preguntó a su mamá acerca de un recuerdo de haber estado sentada en los hombros de un hombre, queriendo saber si el recuerdo era de un tío. Su mamá la paró en seco, diciéndole que ella nunca hubiera permitido tal cosa.

—Pero ¿por qué pensarías...? —preguntó su tía Eloísa.

—Porque Emilia se lo dijo —contestó tía Sibila, su voz tan formidable como la de la tía Mags.

—Sabía que Emilia no tenía corazón —comentó tía Eloísa, conmovida, —pero que llegara al punto de mentirle a su hija...

La tía Mags tomó las manos de Delfina en las suyas nuevamente. —Tu padre te adoraba, Delfina. Te lo aseguro, todas nos culpamos por haberte dejado sola con ella luego de que él falleciera. Parecía que no había mucho que pudiéramos hacer cuando ella nos informó que estabas demasiado afectada por su muerte y que no querías recibir visitas. Luego de escuchar lo mismo durante años, dejamos de intentar. De estar enterada de lo que ahora sé, pobre niña, ¡hubiera derribado la puerta para entrar a verte!

Así que ahora sabía cómo, ya que se lo había preguntado varias veces durante los años, una pequeña parte de su corazón todavía latía con fuerza y calidez cuando solo recordaba la cruel indiferencia de su mamá. Era la parte que atesoraba a su papá, un papá quien la amó tanto que ella mantuvo ese amor en su corazón aún cuando ya no lo recordaba.

Sus pensamientos luego cambiaron a la otra parte placentera de su día: la aparición súbita de Gascoigne, casi como una respuesta a sus plegarias. Él fue a buscarla. Insistía que fue el Sr. Mosely quien hizo todo el trabajo, pero aún así, él hizo el esfuerzo de buscarla. Y cuando ella ignoró por completo las reglas de la etiqueta y corrió a sus brazos cuando lo vio, él la abrazó y la sostuvo contra su pecho como si nunca quisiera soltarla. Ella estaba segura de que sintió cómo la ansiedad desaparecía de él, y supo que lo reconfortaba al mismo tiempo que ella recibía consuelo. Él, también, sentía algo. No había manera de negarlo; ninguno de los dos podía negarlo. Mientras ella se recostaba contra su hombro durante el viaje de regreso a Londres, ella no solo recibió consuelo por los horrores del día, sino que también por toda la miseria que sintió los días que estuvieron separados, los días que Delfina pensó que era demasiado peligroso, cuando ya no se podían ver como amigos. Delfina nunca tuvo un amigo como él, alguien que la hacía reír, tanto de ella misma como del mundo, quien la impulsaba a pensar tanto, y lo disfrutaba. Era imposible ofender el vizconde, así que ella podía bromear con él, y él con ella. Le mostró sus flaquezas, y cambió su vida.

Mañana, cuando él llegara a verla, ella le diría nuevamente lo agradecida que estaban ella y su familia, y serían amigos nuevamente.

\*\*\*

Gascoigne no llegó al día siguiente, y Delfina se preguntaba qué se lo impedía. Aunque no tenía muchas ganas, su familia decidió que seguiría con sus actividades normales para poder desmentir cualquier rumor que pudiera surgir. Sir Randolph Frasier llegó a visitarla al día siguiente, y ella accedió a acompañarlo al parque, muy al pesar del Sr. Steel, quien llegó unos minutos tarde. Ya que la Señorita Phoebe tenía instrucciones de quedarse en casa durante el día, siendo consentida con toda la comida, libros u otra cosa que quisiera, la Sra. Lynfield accedió a

acompañarla.

La Señorita Delacroix fue vista en el parque acompañada Lord Fraser, y si ella no le prestó su completa atención mientras buscaba un carruaje amarillo, él nunca se dio cuenta. Regresaron a la casa de Russell Square más temprano de lo normal, ya que tía Sibila no quería caminar mucho. Delfina pasó el resto de la mañana en el cuarto de Phoebe, leyéndole la más reciente novela emocionante y atendiéndola, llevándole la medicina o preguntándole si quería un poco de vino y pastel. Todo eso hizo que la Señorita Phoebe llorara, protestando que Delfina era demasiado buena con ella. Entretanto, Delfina intentaba escuchar si llegaba alguna visita o una carta.

Ella le dio instrucciones a Fiennes que no admitiera otra visita que no fuera el vizconde, y no tuvo visitas el resto de la mañana. En la tarde, se sentó a escribirle una nota, pidiéndole al vizconde que le comentara si el Sr. Mosely se había comunicado con él. Distaba mucho de lo que en realidad quería escribir, pero seguramente eso lo impulsaría para llegar a visitarla.

Sin embargo, la respuesta fue una nota breve donde el vizconde le informaba que el Sr. Mosely no se había comunicado, y que mantendría al Sr. Lynfield informado en cuanto tuviera más información. Se despidió atentamente, Gascoigne.

Ella leyó nuevamente la nota, tan formal, y decidió que prefería cuando simplemente firmaba las notas como «G», como lo hizo cuando le mandó las flores. Esa «G» arrogante era mucho más auténtica que esta nota. Ella la rompió en pedacitos e intentó no llorar. Realmente era extenuante sentir tantas emociones tan repentinamente, y quería poder apagarlas nuevamente, al menos por unos momentos. Definitivamente iba a decirle unas cosas cuando llegara a verla. Bromearía y lo molestaría hasta que le respondiera como lo solía hacer, también bromeando con ella y molestándola.

Sin embargo, al día siguiente llegó una nota aún más breve, dirigida a su tío, informando que el Sr. Mosely lo contactó y que Gascoigne tenía que salir de la ciudad. Era relacionado con el asunto del otro día, pero que mantendría al Sr. Lynfield informado de cualquier suceso.

—¿No llegó nada para mí, tío? —preguntó Delfina, pero su tío solamente sacudió la cabeza.

—No, querida. Supongo que estaba demasiado ocupado como para escribir algo más. Después de todo, son tus asuntos los que él está resolviendo.

Delfina se retiró, molesta y enojada. Pero no duró más que un instante antes de que el pánico la invadiera. ¿Le contó sobre la pistola? Estaba casi segura de haberlo hecho, pero... ¿qué sucedería si se enfrentaba a ellos sin un arma propia? Luego se recordó que si le había comentado acerca del arma que escuchó mientras fingía estar dormida.

Un minuto estaba arriba, el siguiente estaba sumida en la desesperación. Que se derritiera la Reina del Hielo, cómo escuchó que le habían tildado, estaba resultando ser una experiencia dolorosa.

\*\*\*

Mientras tanto, Lord Gascoigne viajaba hacia Portsmouth, donde le habían indicado que se dirigía Hildegart Foster para buscar una embarcación adecuada para llevarlo a Francia. El Sr. Mosely seguía el rastro del Capitán Redmond, aunque estaba casi seguro de que el capitán simplemente regresaría a casa, ya que no creía que lo estuvieran buscando. Después de todo, según él, la Señorita Delacroix nunca lo vio ni lo escuchó.

Fue en el segundo hostel en el camino hacia Portsmouth donde Gascoigne encontró a su amigo Foster, tomando una cerveza en la taberna.

El primer indicio que Hildegart tuvo de la presencia de Gascoigne fue un golpe en la boca que lo tumbó de la banca donde estaba sentado. Miró hacia arriba, tocando su boca ensangrentada

con una mano, su rostro descompuesto.

—Maldito sea, ¡levántate! —dijo Gascoigne después de un minuto.

Hildegart Foster se levantó, sus piernas temblando, mientras que el dueño del hostel llegó corriendo, diciendo, —Por favor, caballeros...

—¡Cállese! ¡Esto no le incumbe! —gritó Hildegart al señor bajo y rotundo con delantal que caminaba hacia ellos. —No se meta.

El vizconde se le acercó nuevamente, esta vez pegándole en la mandíbula. El joven se meció, pero no cayó. Simplemente volvió a acomodarse, esperando el siguiente golpe.

—Hildegart ¿qué haces? —preguntó el vizconde.

—¡Pégame de nuevo, Tito! Dios sabe que me lo merezco.

El vizconde se detuvo y se sentó en la banca del otro lado de la mesa, ya sin ganas de pelear. —No más que yo, Hildy. Ese Club infernal. Quisiera que nunca te hubiera involucrado en eso. Es tanto mi culpa como la tuya. Pero nunca se me hubiera ocurrido que...

—No, la verdad no. Eso es mi responsabilidad. Estaba desesperado y me quejé con alguien...

—Redmond, lo sé. No trates de protegerlo.

—No creo que quiera hacerlo. Creo que él... pero eso es buscar una excusa. ¿Cómo está la Señorita Delacroix? Esa esponja era peor de lo que Redmond me hizo creer. Yo mismo quedé inconsciente al usarla.

—Sí, lo sé, aunque tuviste un poco de ayuda en eso. La Señorita Delacroix la usó contigo otras dos veces, creo. Por lo que ahora sé, creo que ambos tienen mucha suerte de estar vivos.

—Me arrepentí casi tan pronto como lo hice, Tito. Lo prometo.

—La Señorita Delacroix escuchó que discutías con Redmond. Es por eso que no estas muerto. Ella solamente fingió estar dormida durante una parte del viaje.

—Debería entregarte esto. —Le tiró a Gascoigne la bolsa que tenía guardada en su bolsillo espacioso. —Me quedé con algo de dinero que pienso devolverle luego. Tuve que pegarle a Richmond en la cabeza con mi pistola para impedir que él subiera a verla de nuevo. Ya no confiaba en él. Cuando vi que ella ya no estaba, me llevé el carruaje pero me quedé dormido poco después y choqué el carruaje. Probablemente fue por los efectos de esa maldita esponja.

—No, no lo creo. La esposa del hostelero puso láudano en el vino para ganar un poco de tiempo para la Señorita Delacroix, según le contó a mi amigo Mosely. Ella tenía tu maldita botella, pero no confiaba en el contenido y usó su propio láudano.

—Ella sabía que era un villano, supongo. Hasta me llevé su bolsa para que pudiera usar el dinero para escapar. ¿Sabías que ella lleva cien libras en efectivo en su bolsa?

Hubo silencio, el cual duró un largo rato, mientras Foster arregló la banca y se sentó en ella, cabizbajo, como si estuviera viendo a las gallinas que caminaban por el patio. Gascoigne sabía que no era así.

—¿Entonces cuál es tu plan?

—Sinceramente no tengo idea. Salir de Inglaterra y encontrar el ejército de Wellington y unirme a él, supongo. No sé por qué me aceptarían. Soy demasiado cobarde como para aceptar mi castigo en Londres, o esperar a que me encuentren los Corredores.

—De cierta manera, uno ya lo hizo. Pero no hay nadie más quien te esté buscando, Hildegart. La Señorita Delacroix sabe que querías llevarla de regreso. No te ha perdonado, pero tampoco quiere que seas castigado por la ley. Supongo que podrías regresar a Londres, si quisieras.

—No podría darle la cara. No lo puedo hacer.

—Tenías sentimientos hacia ella, y aún así hiciste esto. —Se quedó callado unos momentos.

—Pero creo que el principal responsable es Redmond.

—No, al parecer yo ya había esbozado un plan antes de quedar inconsciente esa noche.

—Eso no es cierto. Mi amigo Mosely estaba allí y escuchó toda la conversación. Nunca elaboraste un plan.

—Entonces todo fue idea de Redmond. Pero no, aún así, yo lo hice. —Agachó su cabeza y la sostuvo con sus manos.

—Sí.

—Iré a Francia. Me iré de polizón si es necesario. Entrar al ejército es la única solución.

—Aún si no puedes comprar tu nombramiento como oficial, en una guerra hay varias formas de subir de rango. Le escribiré a mis amigos para que puedan echarle una mano. —Le tendió la mano para despedirse. —Buena suerte, Hildegart. Verdaderamente lamento el rol que tuve en que llegaras a esto. Espero que te puedas vindicar. —Luego sacó tres guineas de su bolsillo y las colocó sobre la mesa. —Un préstamo —dijo. —Espero que me lo pagues de aquí a tres años.

Hildegart rio amargamente, y Gascoigne lo dejó allí.

\*\*\*

Se dio unas palmaditas en el chaleco aterciopelado como un gesto de satisfacción. El Capitán Redmond estaba en su casa, durmiendo tranquilamente mientras que el Sr. Mosely estaba parado afuera de su ventana. Él consideró sus opciones y decidió regresar a Cheapside y dormir tranquilamente también. Las posibilidades incluían sorprender al gallardo capitán para arrestarlo mientras dormía, o llamar a sus amigos Corredores para que lo aprendieran, pero al final desechó esas ideas. La primera le negaría a Gascoigne la manera de desahogar su ira, y la segunda podría causar rumores no deseados sobre la reputación de la dama, a pesar de lo discreto que los magistrados podían ser. Aunque, si ella iba a convertirse en la esposa del vizconde, no habría ningún escándalo, pero él tenía la sensación de que esas dos almas que tan obviamente deberían estar juntos podrían todavía echar las cosas a perder.

Tal vez sería buena idea charlar con el Sr. Rigby-Blythe, ya que él parecía el más sensato de todos.

## Capítulo 13

Delfina recibió una carta de Gascoigne al día siguiente, lo que la hizo enojar. Ella no quería recibir más cartas. Lo quería ver. ¿Por qué no llegaba a verla? Rompió el sobre para leer la carta.

*Mi querida Señorita Delacroix:*

*Te comento que uno de los hombres involucrados en el asunto que me encomendó, el más joven, se ha ido a Francia. Él ruega que lo perdone y me ha devuelto tu bolsa, la cual adjunto con esta carta. Sé que no quieres que sea castigado por la ley. Yo creo completamente que él se arrepiente. Su intención es unirse al ejército de Wellington, sin un nombramiento oficial, e ir avanzando bajo su propio esfuerzo para poder recuperar el honor y la respetabilidad que ha perdido.*

*En cuanto a esto, también debo añadir que fui yo quien incité a un joven inocente y placentero a que tomara el camino cínico que lo llevó a comportarse en esta manera tan deshonrosa. Él se arrepiente, pero yo aún más. Aunque no tenía manera de saber cómo terminaría, la mayor parte de la responsabilidad recae en mis hombros.*

*El otro hombre está bajo control, no tienes por qué temer.*

*Espero que tu y la Señorita Beauford se encuentren totalmente recuperadas.*

*Tu sirviente,  
Gascoigne*

¿Él fue el que llevó a Foster a intentar un secuestro y matrimonio forzado? No podía ser.

Se recordó que era jueves, y sabiendo que no iba a recibir la visita que esperaba, decidió que ella y Phoebe, quien decidió ya no usar la venda y se declaró completamente recuperada, tomarían un carruaje arrendado para ir a ver a su abogado como de costumbre.

\*\*\*

El Sr. Rigby-Blythe recibió una visita la noche anterior del Sr. Mosely, y estaba muy contento cuando llegó la Señorita Delacroix.

Se levantó de su silla con más vigor del que ella pensó que era posible y se apresuró para llegar a la puerta a saludarle en cuanto llegó.

—¡Señorita Delacroix! Mi querida niña, estoy tan contento de verte bien. Y usted también, Señorita Beauford. Mi asistente nos traerá algo para el té. ¿Desean unos rollos calientes, o solamente el té, tal vez?

La joven dama lo siguió a su oficina privada y la Señorita Phoebe se sentó en su lugar de siempre mientras que el asistente platicaba con ella y le llevaba el té.

—Querida, me alegro mucho de que no supe de tu secuestro hasta que habías regresado, sana y salva. No sé si mi viejo corazón hubiera resistido.

Ella se inclinó para darle un beso en la mejilla, acto que lo hizo sonreír. —En fin, ya estás a salvo —dijo mientras le daba unas pequeñas palmadas en su brazo.

Tomaron sus asientos acostumbrados y Delfina se dio cuenta realmente cuánto le gustaba visitar este viejo cuarto, con las pilas desordenadas de documentos, el fuego crujiendo en la chimenea, la tetera lista para preparar el té, y la ventana opaca detrás de la silla del Sr. Rigby-Blythe que mantenía todos los secretos dentro de la oficina. Ella siempre, aún antes de entender el afecto genuino de sus tías, se había sentido querida allí.

—Supongo que debería explicar lo del Sr. Mosely. Parece que tuvimos suerte de que lo había contratado, pero supongo que querrás saber por qué no te avisé. —Él la miró con esa expresión tan sabia, y continuó. —El problema fue que el vizconde me causó una impresión favorable, y tenía que entender cómo era posible que un joven así pudo llegar a aceptar tu oferta tan curiosa. Y si a mí me impresionó y yo no era...

—Una joven dama susceptible, sí, lo entiendo. Pero como le dije, era un trato de negocios solamente.

—Cierto, pero aún ignorando su apariencia, su rango y carisma, hablabas con demasiada frecuencia acerca de sus comentarios...

—¿Y pensó que yo estaba en peligro? —preguntó con demasiada alegría. —Tenía toda la razón.

Los ojos del anciano se llenaron de lágrimas de preocupación y compasión. —Justo lo que deseaba, y como tu misma dijiste que necesitabas toda la información acerca de tus pretendientes...

—Para asegurarme que tuviera toda la información acerca de él. —Ella movió su cabeza, de acuerdo con la decisión, pero mirando hacia abajo. Cuando ella levantó la vista nuevamente, su expresión mostraba su vulnerabilidad. —¿Aceptaría que le dé una instrucción, Sr. Rigby-Blythe?. —Él asintió. —No me diga lo que sabe de él. En ningún momento quiero saber toda la información sobre Lord Gascoigne. —El Sr. Rigby-Blythe se recostó contra el respaldo de su silla, sorprendido. Ella le sonrió, aunque había algo de tristeza en sus ojos. —Temo que no haría ninguna diferencia.

—Entiendo, querida —contestó y le sonrió. Pero en su interior aún estaba preocupado. ¿Qué hay del inquilino de la cabaña en Gascoigne Manor?

\*\*\*

La persona que vivía en la cabaña en Gascoigne Manor en ese momento viajaba hacia Londres, preocupada por los rumores que había escuchado acerca de Tito y su interés en la Señorita Delacroix, y también por los comentarios acerca del tipo que estuvo husmeando y preguntando cosas acerca de ella. Esta vez Gascoigne no la ignoraría. Ella haría que él le contara todo. Abrazó el niño pelirrojo a su pecho. El niño solamente se acomodó y siguió durmiendo. Ella estaba preocupada por su futuro. Gascoigne le había hecho ciertas promesas, pero...

\*\*\*

El Capitán Fanshaw Redmond, estaba muy tranquilo, aunque se había quedado sin varias guineas debido al intento de secuestro. Se preguntaba si debería ir a caminar por el parque, saludando a las damas que pudieran estar. No se acercaría a la Señorita Delacroix. Sabía que no tenía esperanza allí, y que ahora la tendrían más protegida que nunca, pero siempre había otras jóvenes damas de *Beau Monde* quienes pensaban que un gallardo capitán del regimiento de los húsares era una figura heroica. El matrimonio nunca fue el objetivo del capitán, pero luego de dejar el ejército se percató de lo difícil que era financiar sus actividades. Ciertamente un soldado

tenía sus gastos. El uniforme de un oficial con las trenzas doradas y su corte ajustado, además de su espada y demás accesorios eran más costosos que los sacos que le compraba a Shultz, el sastre. Pero para una vida como civil se necesitaba algo más que solo eso en el guardarropa: sacos para cabalgar y las extremadamente caras botas, todos los complementos necesarios para cazar, los trajes para las fiestas de baile con sus medias de seda, varios juegos de ropa diaria, los pantalones a la moda para ir a cenar con los amigos, y demás. Se le había olvidado lo costoso que era la vida afuera del ejército, así que debía encontrar a una mujer con un ingreso suficiente. Sabía que, siendo un hombre en sus cuarentas, su atractivo físico se estaba desvaneciendo. Tendría que buscar una heredera cuyo padre no era muy inteligente, o alguien involucrado en el comercio. Su tío era un baronet sin hijos, así que en algún momento él heredaría el título.

Todo esto lo pensaba mientras caminaba. Aunque le dolió perder la oportunidad con Delfina Delacroix, y estuvo furioso cuando sus planes colapsaron debido a la cobardía de Foster, él era un soldado que no vivía en el pasado. Dejaba atrás la última pelea y se enfocaba en la siguiente. ¡Dudar a última hora! Si lo llegara a ver de nuevo, se vengaría del golpe que le dio en la cabeza. Había despertado varios minutos después, sin carruaje y sin los dos compañeros. No tomó mucho tiempo descubrir que Foster se fue solo, y que la chica seguramente se escapó. El idiota solamente tenía un trabajo que hacer, pensó Redmond amargamente, y aún así metió la pata. El capitán alquiló un carruaje con lo último que le quedaba de efectivo, aunque recuperó algo después de que encontró el carruaje que alquiló en Londres tumbado en una zanja a tres kilómetros del hostel. No estaba dañado, así que cambió los caballos en el George y regresó a Londres sin más gasto.

Ahora caminaba por un callejón no muy salubre hacia el parque (su vivienda estaba en el límite del área utilizada por la alta sociedad) pero era un buen atajo para llegar a donde quería ir.

Una voz conocida dijo —Buen día, Capitán. Gusto en verle. —Vio que un hombre de baja estatura bloqueaba el camino al final del callejón. Tuvo la impresión de conocerlo, más por el chaleco aterciopelado que llevaba puesto, como el parlanchín que entabló conversación con él en una taberna, y luego en otra ocasión mientras caminaba por la calle. Que raro encontrarlo una tercera vez, y que lo saludara como amigo. Se detuvo, preparándose para enfrentar cualquier problema, pero fue demasiado tarde. Mientras el hombre lo distrajo, otro salió a sus espaldas. Redmond solamente escuchó el silbido producto del garrote descendiendo sobre su cabeza.

Despertó en la biblioteca de alguna casa de sociedad. A juzgar por la figura apuesta sentada en la orilla del escritorio de madera de nogal, era la Casa Gascoigne. El vizconde lo observaba fríamente, una de sus piernas balanceándose sin preocupación, notó Redmond, pero la otra firmemente plantada sobre el suelo y listo para impulsarlo a la acción. Distraídamente pensó en cuánto quiso recibir una invitación a este preciso cuarto, para formar parte del círculo de amigos del vizconde. Pero ahora no creía que recibiría una invitación para acompañarlo a cenar.

—¡Ya despertó! —exclamó una voz conocida detrás de él, como si estuviera contento de que no había recibido daño permanente.

—Así veo —contestó Lord Gascoigne. —Ya se puede retirar, Mosely.

—No lo creo, *milord*. No creo que eso sea en el interés de nadie.

El Capitán escuchó una conmoción en el vestíbulo, y una voz que le sonó conocida diciendo —¡Fuera del camino, hombre!

El vizconde observó con los ojos entrecerrados al hombre detrás del asiento. —Maldito sea, ¿qué hizo?

—Salvarle su alma inmortal, *milord* —contestó la voz animada a sus espaldas.

Redmond era de la idea de que cualquier persona que entrara a la biblioteca, que al parecer era lo que el grupo de voces intentaba hacer, era para su bien. Cualquier cosa era mejor que estar

a solas con el implacable Gascoigne. Pero cuando la puerta se abrió, cerró sus ojos, no pudiendo creer lo que veía. Entraron varios hombres, los primeros dos siendo el Sr. Lynfield y Lord Carswell, los tíos de la chica Delacroix. Con ellos iban otros tres individuos vestidos de ropa oscura, todos con pinta de ser Corredores de Bow Street. El juego, aparentemente, llegó a su fin.

—¡Jefe! ¿Qué hace aquí? —pregunto uno de los oficiales jóvenes.

—Dios, ya no trabajo con ustedes, joven Malahyde. Pero ustedes pueden esperar a fuera, hasta que los llame —añadió mientras que los hombres automáticamente seguían sus instrucciones. Finalmente caminó hacia donde Redmond lo podía ver. —Y si escuchan que alguien grite que no sea yo, ignórenlo —continuó antes de que cerraran la puerta. —Este tipo secuestró a una dama, y estos caballeros, cuyos nombres espero que olviden, son parientes de ella.

El joven Malahyde, igual de alegre que su viejo jefe, contestó por todos. —Ciegos y sordos, eso es lo que somos, jefe.

Hubo un breve silencio mientras la puerta se cerraba. El Sr. Lynfield en ese momento era muy diferente al calmado y afable hombre que Redmond tenía el placer de conocer. Este hombre era frío y estaba lleno de ira mientras caminaba decididamente hacia él. —¡Tú! —exclamó vengativamente.

El vizconde lo detuvo. —Yo lo atrapé. Reclamo el privilegio de empezar.

—¡Señores! —exclamó el Capitán.

—Cállese la boca —le interrumpió el que habían llamado jefe.

Detrás del vizconde, una voz temblorosa pero brava dijo —Quiero... ¡quiero una palabra con usted, sinvergüenza! — Los demás caballeros en el cuarto intercambiaron una mirada entretenida, pero en un segundo, el Capitán encontró un demonio frente de él, con los ojos saltados y su rostro morado de la ira. El golpe que lanzó le dio con suficiente fuerza como para desencajar la mandíbula de Redmond y que la silla cayera de espaldas sobre el piso. Redmond sostuvo su mandíbula y gritó por el dolor.

—¡Dios Santo, Pinky! —exclamó el Sr. Lynfield.

—¡Te dije que quería unas palabras con él! —contestó Lord Carswell, parado sobre la silla y viendo a Redmond con satisfacción.

En un segundo la tensión que había en el cuarto se rompió y se esfumó. El Sr. Mosely, el vizconde y el Sr. Lynfield se echaron a reír a carcajadas, teniendo que sostenerse el uno del otro para no caer al piso por reír tanto.

\*\*\*

Esa noche, el tío Edgar habló con Delfina en privado. —Querida, ya nos encargamos del otro responsable. Está bajo custodia y los magistrados nos han asegurado que tu nombre no aparecerá en ningún documento. Se le hizo saber que si él menciona tu nombre, le irá peor. Lord Gascoigne y el detective, el Sr. Mosely, lo atraparon. Es un hombre interesante, el Sr. Mosely.

Ella sabía que era importante fingir que nada de esa situación la afectaba. Si alguien se llegara a enterar de que ella fue la víctima, entonces los rumores no cesarían. Así que esa noche salió con su tía Eloísa y fueron a bailar a Almacks. Ella bailó con todos sus pretendientes y disfrutó los enérgicos intentos de bailar de la Señorita Beauford, todo mientras buscaba a la persona que nunca llegó.

Se había vuelto nuevamente la fría y distante Señorita Delacroix, aunque ella misma no lo notó.

Al día siguiente, seguía sin tener noticias de Gascoigne. No la había llegado a ver. ¿Qué significaba? Que no podía al menos expresarle su gratitud era insoportable. Tres días y lo único

que había recibido eran dos notas bastante formales. ¿Fueron solamente un sueño sus cálidos brazos a su alrededor, su compasión hacia ella? Eso tenía que ser. Era compasivo, nada más. Sin lugar a duda, la manera en que lo observó ese día, sus ojos llenos de emoción, fue algo incómodo para él. Ella se había delatado por completo. Ahora él sabía lo que ella sentía, y al no ser capaz de corresponderle, mejor se mantenía lejos de ella. Ya no tenían nada pendiente entre ellos. El dinero que devolvió fue para salir de la situación vergonzosa de estar atado a una joven ingenua que solamente podía comprar su amor.

Ella no dejaría que él viera lo mucho que le dolía. Nadie podía saberlo. Ella caminaba de un lado del salón hacia el otro mientras pensaba esto, y se dio cuenta de la mirada preocupada de Phoebe mientras la observaba. —Salgamos a caminar un rato, ¿sí? Creo que necesito otra chalina ahora que las noches se están poniendo más frescas. Tu también, Phoebe. Las dos hemos usado la misma chalina durante toda la temporada. ¿Crees que tendrán una mejor selección en Waithman & Hijos o en Clark & Debenhams?

Ya que la Señorita Phoebe no podía opinar mucho sobre esto por no ser experta en cuanto a las tiendas de Londres, Delfina le preguntó a su tía antes de salir.

Una hora después, sintiéndose mejor luego de caminar y salir de compras, Delfina vio un conocido carruaje amarillo. Casi levantó el brazo para hacerle señas cuando vio que en el asiento delantero iba sentada la mujer mas bella que ella había visto, sentada al lado del Vizconde Gascoigne. Él la vio, y la saludo formalmente, inclinando su cabeza hacia ella, y luego apartó la vista.

El Sr. Mosely, si hubiera estado presente, le podría decir que en esa belleza de pelo oscuro y ojos exóticos estaba la barrera que le impedía ser feliz: la habitante de la cabaña en Gascoigne Manor.

Aún así, aunque no tenía esa pieza del rompecabezas, de alguna manera Delfina supo que había muerto su esperanza.

## Capítulo 14

El humor de Delfina variaba entre rojo fuego y helado. No podía confiar sus sentimientos a Phoebe ni a su tía, aunque ambas le preguntaron qué le pasaba. Ella contestó con una alegría fingida que «No pasa nada», y eso solamente las asustó más. Mientras se vestía para la reunión de esa noche, un gran baile en la casa de Lord Grandiston, su risa era forzada y fue meticulosa en su insistencia en cuanto a los detalles de su atuendo.

El peinado elaborado del cual colgaban algunos mechones rizados era un poco más alto de lo normal y los capullos blancos de rosa que usó para adornarlo se colocaron con gran precisión. Llevaba puesto un vestido sencillo de satín blanco con una cola de medio metro y un collar de encaje rígido que se levantaba atrás de su cuello, dándole un toque real. Una chalina plateada adornada con los mismos capullos blancos adornaba sus hombros, y las zapatillas plateadas completaban el atuendo. La Reina del Hielo regresó, pensó Phoebe con preocupación, y era una diosa peligrosa.

La Señorita Phoebe llevaba un vestido de seda café de corte sencillo y una chalina de cachemir. Tía Sibila iba de morado, con guantes largos y chalina de color violeta.

La plática durante el viaje en el carruaje fue ligera, llena de la extraña risa que Delfina empezó a adoptar unos días antes. Su tía creía saber qué era lo que le pasaba, pero luego de discutirlo con sus hermanas, ninguna sabía qué podían hacer para ayudarla.

El baile fue algo grandioso. El Conde de Grandiston y su bella Condesa, una vez la heredera Oriana Petersham, les dieron una bienvenida calurosa, y la Sra. Lynfield nunca pensó ver a tanta belleza como a su sobrina y la Condesa juntas, una con el pelo dorado como el oro y el vestido con adornos bordados con hilo de oro y la otra una princesa de plata. Las dos damas jóvenes prometieron hablar más al rato, y luego el grupo entró al salón de baile.

No tomó mucho tiempo para encontrarlo. El Vizconde Gascoigne, su pelo café arreglado artísticamente sobre su frente, su cuerpo muscular cubierto por los pantalones de moda, medias de seda blancas y un saco negro que fue diseñado por un maestro para enmarcar perfectamente su cuerpo, estaba parado del otro lado del salón junto con un grupo de amigos. La Señorita Delacroix se volteó hacia la Señorita Phoebe y se rio sin razón con la misma risa forzada.

Al parecer el vizconde la escuchó, ya que empezó a caminar hacia ellas. No llevaba prisa, y se detenía para decirle a unas palabras a los amigos que se encontraba en el camino.

A todo esto, Delfina ya tenía a su alrededor un grupo de caballeros quienes querían bailar con ella. El Sr. Steel estaba a un lado, y Sir Roger Fentimen del otro. Su primo, Foggy Carswell, se le acercó y le dijo en voz baja —Perdón por perderme toda la acción, Delfina. Tuve que salir de Londres. Baila conmigo y me cuentas todo, lejos de estos pazguatos.

La Señorita Delacroix esperó hasta que el vizconde casi llegara a donde ella estaba para contestar. —Apúrate, Foggy. Vamos a perderselos el inicio del vals.

Carswell la sacó a la pista, y por un segundo ella vio que Gascoigne formaba parte del grupo de pretendientes desalentados antes de que él le pidiera a la Señorita Phoebe que bailara con él. El placer de la Señorita Phoebe al bailar el vals, el primero en su vida, le dio a Delfina un sentimiento de placer amargo. Foggy le preguntaba acerca del secuestro, y Delfina le contó todo como si fuera una comedia. Foggy rio cuando le contó la historia de cómo usó la esponja en el carruaje. Ella se negó a decirle el nombre de las personas responsables, y terminaron de bailar.

Foggy la miró con una expresión seria, insistiendo que eventualmente le sacaría la información porque él quería *una palabra* con ellos.

Su actuación de estar disfrutando la situación enormemente fue en balde, ya que Lord Gascoigne le pidió a Phoebe que lo acompañara a buscar algo para tomar. El Sr. Steel bailó con ella después, un baile campestre donde los pasos no le permitían preguntarle lo que él había decidido que le iba a preguntar esa noche. Logró decirle que ella se veía más hermosa que nunca esa noche, y ella, con completa y fría honestidad, le respondió —Sí, esa era mi intención. —Pero él no la podía culpar de ser vanidosa. Simplemente estaba diciendo la verdad.

Se encontraron con la Señorita Phoebe y el vizconde, ella hablando animadamente con él, en la puerta del cuarto donde estaba la comida. Se detuvieron, y él se inclinó hacia ella. —¿Puedo tener el placer de bailar con usted, Señorita Delacroix? —preguntó el vizconde amablemente.

—Voy a buscar algo de comer, *milord*, como puede ver —contestó Delfina con frialdad.

Él soltó la mano de la Señorita Phoebe y tomó la de ella, jalándola hacia la pista de baile. —Puede esperar. El Sr. Steel puede acompañar a la Señorita Phoebe de vuelta con el resto de su familia —añadió, hablando sobre su hombro.

Era otro vals, y Delfina maldijo a los músicos en voz baja. Cuando Gascoigne empezó a bailar, ella le dijo, con un tono de voz helado, —Su acompañante de esta mañana era muy hermosa. ¿Alguien de España, tal vez?

—Ella no es lo que piensas, Delfina.

—¿Cómo sabe lo que pienso? —preguntó ella con algo de molestia.

—Era obvio por tu expresión cuando viste el carruaje hoy —contestó cansadamente. —Pero quería preguntarte cómo estás luego de todo lo sucedido, y decirte que nunca más verás a los culpables.

—Entonces ¿no me contará acerca de su bella acompañante?

—No.

—¿No? Oh, le pido perdón. Creo que hay ciertos tipos de mujeres que los caballeros no discuten con las damas.

—Compórtate.

—¿Perdón?

—No deberías hablar así y lo sabes.

Otra vez Delfina rio con su nueva risa falsa. Miró hacia el lado del salón, donde vio a su tía Sibila y a la Señorita Phoebe acompañadas por sus tíos Edward y Carswell, Foggy, su tía Eloísa, y finalmente Lady Pelleter, todos observándola a ella y Gascoigne como si fueran un perro de dos cabezas en una feria.

—Todos nos están viendo —dijo mientras movía su cabeza en la dirección donde estaba su familia.

—Probablemente se preguntarán en qué nuevo drama el ruin cazafortunas de Gascoigne te va a involucrar.

—¡No! Todos están agradecidos contigo, al igual que yo. Y nunca fuiste un cazafortunas.

—Te equivocas. Te dije que sí desde un principio.

—Solo porque su dignidad no permitía que me dijera la verdad sobre su situación económica.

—Sí, pero esperaba que mi honestidad, aunque parcial, atractivo físico y carisma fueran suficientes y que me quedaría con la fortuna después de todo. Nunca he tenido problemas de auto estima. —Ella escuchó la amargura en su voz.

—¿Sus ojos siempre estuvieron puestos en el dinero, *milord*? No le creo.

—Oh, mis ojos se enfocaron en otra cosa, te lo aseguro. Lord Alvanley le comentó al Príncipe que aunque no hubieras tenido un céntimo, igual hubieras sido la belleza de la temporada. Eres increíblemente bella.

—Y aún así, ya no estás interesado. Tengo dinero y belleza pero no soy suficiente para ti. Creo que lo entiendo.

—¿Puedes dejarlo, Delfina? Sabes que no funcionaría. Lo has dicho muchas veces. No tengo las cualidades que quieres en un esposo.

—Y ahora hay otra razón por la cual no me visita y no me escribe más que las notas más formales y frías. Pelo oscuro y ojos exóticos.

—Estabas agradecida cuando nos encontramos nuevamente —dijo, su voz impersonal, —pero eso es todo. No puedo amarrarte a un caballo manco. Créeme, es para tu bien.

El baile terminó y los dos dieron un paso atrás, la Señorita Delacroix respirando con dificultad y sus ojos brillosos, y el vizconde con una expresión oscura y peligrosa. Ella no esperó que él tomara su mano para llevarla junto con su tía, sino que lo dejó en medio de la pista. Gascoigne abruptamente dio media vuelta y caminó en la otra dirección, su expresión facial la más severa que muchos de los otros invitados habían visto en sus vidas. Nuevamente empezaron a salir las apuestas, y las probabilidades de Gascoigne fueron ajustadas, dependiendo de cómo la audiencia interpretó este último encuentro. —Ahora no pueden insistir que no hay nada entre ellos —dijo una dama a otra, quien respondió —¡Definitivamente no!

—¡Ve tras él! —dijo el Sr. Lynfield a Foggy Carswell. —Tráelo a la biblioteca. No importa si tienes que dejarlo inconsciente y arrástralo hasta allí.

Foggy supo que su tío exageraba, pero igual fue en búsqueda del vizconde.

\*\*\*

El Sr. Rigby-Blythe y su diminuto acompañante vestido con un chaleco aterciopelado estaban cómodamente sentados en una taberna, calentando sus pies cerca de la chimenea y contentamente brindando al éxito de su colaboración.

—Supongo —comentó el astuto abogado —que no deberíamos contar nuestras gallinas, por decir.

—Bueno, en cuanto a eso, mi amigo... y nunca pensé llamar a alguien que practica la ley un amigo. En fin, nunca he visto a alguien en quien confío que pueda solucionar un problema así como el Sr. Lynfield. Es un buen hombre. Apuesto a que él puede lograrlo cuando otros no.

—Cabeza dura, es el vizconde.

—Al igual que la joven señorita. Cabeza dura pero de corazón suave.

—¡Un brindis a ellos! —exclamó el Sr. Rigby-Blythe, sus ojos llorosos mientras hablaba. —¡Que mi pequeño ángel triste, ya que eso es lo que fue durante demasiados años, Sr. Mosely, al fin pueda saber qué es el amor!

\*\*\*

Tomó algo de tiempo antes de que Foggy pudiera cumplir con lo que su tío le pidió. Gascoigne estaba dispuesto a marcharse inmediatamente y buscaba a sus anfitriones para poder despedirse mientras que varios conocidos y amigos lo detenían para hablar con él acerca de un caballo o una carrera u otro tipo de evento deportivo. Foggy lo seguía como un perro faldero, insistiendo —Pero te aseguro, viejo, es importante que hablemos. Algo de suma importancia.

—¿Conmigo?

—Yo, bueno, no sé exactamente —dijo Foggy —pero supongo que sí.

—Foggy, ¿de qué estás hablando? ¿Necesitas que te preste dinero o algo así?

—No, no —contestó Foggy, avergonzado. —Solo necesito hablar contigo. Eso es todo.

El vizconde se detuvo. —¿Acaso quieres una palabra conmigo?

Foggy frunció el ceño. —¿Qué?

—Que alivio —dijo Gascoigne, continuando a través de los presentes. —No tengo ganas de pelear hoy. Solamente quiero salir de aquí.

—¿Pelear? Gascoigne, realmente, no. De hecho, no me atrevería, y no sé por qué pensarías...

—Las características heredadas no son universales, entonces. Deja de fruncir el ceño, Foggy. Solamente estoy bromeando.

—Si, pero Gascoigne, te aseguro que realmente tenemos que hablar en la biblioteca.

El vizconde vio en ese momento a Lord Grandiston, y luego volteó para ver a Foggy. —¿No puedes esperar hasta mañana, Foggy?

—Bueno, supongo... —empezó Foggy, pero luego se recordó de lo que le dijo su tío. —Es decir, ¡rayos! No, no puede esperar.

Gascoigne se detuvo y encogió sus hombros. —Espero que sea bueno. No hay nadie con quien quiero hablar en este momento, así que manténlo breve.

Entró a la biblioteca para ver a la colección de tías de la Señorita Delacroix.

—¿Qué demonios?. —Gascoigne giró para salir nuevamente por la puerta, pero Foggy estaba bloqueando su paso, parado como si esperaba tener que defenderse de algún golpe. —¡Foggy! Por Dios.... —Gascoigne respiró profundo y nuevamente se giró para enfrentar a las damas, pero igual le dio un golpe ligero en la cabeza a Foggy mientras lo hacía.

—Ay —dijo el honorable Sr. Carswell, pero estaba sonriendo.

—Damas, ¿en qué les puedo servir? —preguntó el Vizconde Gascoigne de Raith con sus modales más esplendorosos.

—Tome asiento, Gascoigne —contestó Lady Pelleter, quien era un oponente formidable, aunque no llegaba más allá del pecho de Gascoigne en estatura.

El vizconde se sentó. La biblioteca era muy parecida a la suya, con innumerables tomos cubiertos en piel sobre los anaqueles y un par de escritorios grandes junto a las paredes. Grandiston tenía un secretario, pensó Gascoigne, quien le ayudaba a escribir los discursos que daba en la cámara de Lords en el parlamento. La biblioteca era más grande que la de la Casa Gascoigne, con suficiente espacio como para acomodar a las damas que lo enfrentaban además de la Señorita Beauford, quien estaba sentada en una esquina. Tal vez la Señorita Delacroix estaba ausente de esta reunión porque le iban a decir oficialmente que no querían que se él se le acercara.

—Damas, les aseguro que no tienen que decirme lo que me trajeron aquí para decir. Ya lo sé, y les aseguro...

—Cállese, Gascoigne —regañó Lady Pelleter, como si fuera un niño travieso.

Se produjo un tenso silencio, interrumpido solamente por los incómodos quejidos de Foggy, hasta que su tía Mags también hizo que él se callara. La puerta de la biblioteca se abrió repentinamente y otro grupo de parientes entró, junto con una confundida Señorita Delacroix.

—Pero tío, tengo dolor de cabeza, y quiero irme a casa.

—Tú me estás dando un dolor de cabeza —dijo su tío Edgar. —Por favor, haz lo que te pido, Delfina.

Este comentario proveniente de su tío la dejó callada, sorprendida. Miró a su tío Carswell, quien le dio unas palmadas sobre su brazo y le dijo —No te preocupes, querida. Adelante. Hay que enfrentar las cosas, ¿no?

Ella frunció el ceño al escuchar el comentario. Luego observó el interior de la biblioteca y vio al vizconde sentado sobre un sillón enorme con sus tías su alrededor. Se detuvo en seco.

—*Milord!*

—Señorita Delacroix —contestó él, parándose de inmediato.

—¿Qué es esto? —preguntó Delfina a todos los presentes pero sin dejar de mirar al vizconde.

Él desvió su mirada, diciendo —Imagino que nos trajeron aquí para enumerar todas las razones por las cuales no soy el mejor candidato para ser su esposo. Si les puede informar que ya lo sabe, Señorita Delacroix, tal vez nos podamos ir.

El Sr. Lynfield ahora se paró, apoyado contra un escritorio, imitando la pose de Gascoigne cuando enfrentó a Redmond. —Lo que se imagina, Gascoigne, no me interesa. Tome asiento.

Nuevamente, Gascoigne hizo caso, aunque no hubiera podido explicar por qué. —Supongo que si trato de irme, Lord Carswell querrá tener unas palabras conmigo.

Lynfield sonrió brevemente, pero se dirigió a Delfina. —Tú también, señorita. —Delfina se sentó. Su tío la estudió fijamente.

—He intentado, Delfina, desde que llegaste a mi casa, de que tu manejaras tus propios asuntos. Creí, tal vez equivocadamente, que habías tenido suficiente interferencia en tu corta vida y simplemente quería que te divirtieras mientras estabas en Londres. Esto también era el sentimiento de tus tías. —Todas movieron sus cabezas, mostrando que estaban de acuerdo con sus palabras.

—Gracias, tío. ¿Pero qué tiene que ver con...?

—Cuando te involucraste con Gascoigne, tuve las mismas preocupaciones que tus tías, supongo — el rostro de Gascoigne estaba congelado —en cuanto a su relación al principio. Luego me pareció que tenían otro tipo de relación, algo no romántico. Tampoco quería llegar a la conclusión equivocada acerca de Gascoigne. Él nunca antes estuvo interesado en cortejar a una heredera, a pesar de que todo mundo sabía que tenía muchas deudas. —Delfina abrió su boca para contestar. —No tienes que decirme nada, querida. Tuve una plática muy interesante con tu abogado hoy en la mañana, así que entiendo el arreglo entre ustedes.

—¡Pero yo no! —exclamó Lady Pelleter. —¿Qué arreglo?

—Eso no importa ahora —contestó el Sr. Lynfield. —Lo que importa es que, a pesar de lo difícil que es para mí admitirlo, en cuestiones del corazón, mi esposa *siempre* tiene la razón. —La Sra. Lynfield casi ronroneó audiblemente. Él seguía observando a Delfina. —Te enamoraste del vizconde. —Ella se sonrojó y su boca cayó abierta de la sorpresa, sin poder enfrentar la mirada de Gascoigne.

—Se equivoca, señor. La Señorita Delacroix nunca se enamoró. Ella terminó nuestro arreglo y me dijo que me fuera.

—¿Acaso no escuchó, *milord*? —preguntó Lady Pelleter. —Las mujeres de nuestra familia nunca se equivocan.

—Creo que se refería solamente a mí —comentó la Sra. Lynfield en voz baja.

—Creo que debí decir que los dos se enamoraron —continuó el Sr. Lynfield.

—¡Ajá! —exclamó Delfina. —Creo que el vizconde tiene más de un amor.

—Antes de proseguir, Delfina, debo decirte dos cosas. Uno, que persuadí a la Señorita Beauford que me dijera qué te pasaba hoy. —Delfina miró a su acompañante, quien movió sus labios para decirle «Lo siento». —Y dos, que antes de venir aquí esta noche, fui a la Casa Gascoigne para resolver el último misterio. Hablé con la persona que vive en la cabaña en la finca de Gascoigne.

—¿La persona que vive en la cabaña? Oh, que manera tan bonita de decirlo —exclamó Delfina, parándose. —¿Supongo que ella tiene ojos oscuros y exóticos?

El vizconde también se paró, diciendo —No es incumbencia de nadie...

—Cierto —interrumpió el Sr. Lynfield —pero pido tus disculpas. La Sra. Taylor me pidió que le relatara su historia a mi sobrina. En efecto, ella está preocupada de que Gascoigne guardara su secreto, aún si le afectaba negativamente. —Él sonrió. —El padre de Lord Gascoigne era todo lo que se dice acerca de Gascoigne y más. El tuvo una hija, no con su esposa, y la dejó a ella y a su mamá sin un centavo. Ella es muy hermosa, como viste, y se casó con un joven teniente en el ejército. Cuando él murió en la guerra, ella nuevamente se encontró sola, y ahora con un hijo. Fue precisamente en este momento que Gascoigne, revisando los papeles de su papá, se enteró de ella y la llevó a su finca para que viviera en la cabaña. Causó algunos rumores en el pueblo, y ella le ha dicho varias veces que se podía ir, pero Gascoigne no se lo ha permitido.

Delfina miró hacia el vizconde, pero él no podía verla a los ojos.

Lady Pelleter jaló el saco de Gascoigne para que se sentara nuevamente. Su sobrina la miraba, ahora sentada sobre la orilla del sofá.

—No lo entiendo. ¿Me trajeron aquí para explicarme por qué no me puedo casar con él?

Lady Carswell se paró al lado de su esposo y le dijo —No, querida. Estamos aquí para decir que a veces...

—Y solo en ciertas ocasiones —interrumpió su tía Mags.

—...tus tías nos podemos equivocar.

Delfina se paró de un brinco y corrió a su tía para abrazarla, y luego abrazó a su tío Carswell, quien se sonrojó y luego sonrió.

—Tal vez —dijo Foggy, algo confundido —él no se quiere casar con ella.

—¡Tonterías! Según lo que han dicho, él quería matar al hombre que la secuestró —contestó Lady Pelleter.

—Y —añadió su tía Sibila —no puedes discutir con jovencitas en medio de un salón de baile, perdiendo la dignidad de tu apellido y el título heredado, si no estás enamorado.

—Y no olvidar que me abrazó todo el camino de regreso a Londres —agregó Delfina.

—¡Cielos! —protestó su tía Eloísa, pero su esposo solamente le dio unas palmaditas en su mano.

—Oh — dijo Foggy —así son las cosas.

Delfina le sonreía al vizconde, parada a unos pasos de su silla, y su sonrisa iluminó el cuarto.

—Creo que a él le molesta la herencia de Delfina, saben —comentó la Señorita Phoebe desde su esquina, donde a todos se les había olvidado que ella estaba sentada.

—¡Precisamente! Pero si a nosotros no nos importa, sabiendo lo que ahora sabemos, ¿por qué le debería importar a él?

Gascoigne ya no estaba escuchando la conversación, sino que estaba sentado en su silla, mirando a Delfina, con su vestido blanco y chalina que lanzaba destellos, como si ella fuera un cañón a punto de ser disparado.

—Entonces ahora que se resolvió todo, ¿cuándo nos podemos casar, *milord*? —preguntó mientras caminaba hacia él. Mags Pelleter le hizo señas a los demás para que salieran y los dejaran solos. Uno por uno se levantó y todos se dirigieron a la puerta.

—Delfina... Señorita Delacroix, sigo siendo el mismo cazafortunas, el mismo hombre... —empezó a protestar.

Ella dio un paso hacia él sin desviar su mirada de la suya. —Entonces todavía tenemos una cuenta por saldar. Yo debo casarme —dijo, parada a su lado ahora. —¿Con quién me aconseja que

lo haga? ¿Será con el Sr. Steel, con su mente rígida y sin sentido de humor?. —Ella se sentó sobre su regazó y él tomó una bocanada de aire sorprendido por su atrevimiento. —¿O será con Sir Roger Fentimen, quien quiere enseñarme a pescar en su castillo en Northumberland?

Él la abrazó fuertemente. —Con cuidado, querida. No podemos...

—¿O con el Reverendo Wright, quien quiere leer literatura para ayudar...

—¡Dios mío, Delfina! —exclamó antes de besar su cuello en una manera de la cual ella aprobó en extremo. —Ya que insistes tanto, ¡me rindo!

En tan solo tres minutos fueron interrumpidos por un tímido golpeteo en la puerta, y la Señorita Phoebe abrió la puerta para meter su cabeza a la biblioteca. —Oh, que bien —dijo, observándolos. —Ya quedó. Su tío me pidió que los viniera a buscar. La orquesta tomará un descanso luego del siguiente baile.

—¿Por qué? —preguntó Delfina.

—Pues, para anunciar su compromiso, por supuesto. —La dama sonrió, cerró la puerta, y se fue.

Se levantaron, Delfina jalando de la mano del vizconde.

—Supongo que lo querrán anunciar para detener el escándalo por nuestro comportamiento después del baile —comentó el vizconde. —Probablemente ahora todos pensarán que tu familia me obligó a hacer lo correcto.

—Probablemente —contestó ella mientras él la abrazaba nuevamente. —Todos pensarán que compré un Vizconde.

—Y así fue, querida, junto con mi corazón y mi alma. —Ella no quería que ese abrazo terminara, pero luego él la guio, protestando, hacia donde su familia la esperaba para poder dar el anuncio de su compromiso.

Delfina puso su mano sobre el brazo de Gascoigne y, bromeando, lo regañó. —No deberías estar sonriendo. Tendrías que verte miserable y atrapado.

—Lo siento, pero no puedo dejar de sonreír. —Sus camanances hicieron que algunas señoritas casi se desmayaran mientras ellos seguían caminando hacia su familia.

—Bueno, entonces yo tendré que verme miserable cuando anuncien nuestro compromiso. Después de todo, debemos darles algo acerca de qué hablar. —Intercambiaron una mirada tan cómplice que cualquiera que los veía no podía dudar del resultado de las apuestas.

El vizconde la observó de una manera que causó que un escalofrío de emoción recorriera el cuerpo de Delfina. Después de todo, había sido un arreglo peligroso.

## Epílogo

La señorita Phoebe estaba terminando de empacar mientras que Delfina caminaba detrás de ella, hablándole.

—No lo hagas, Phoebe. Realmente no puedo dejar que te marches.

—Ya lo hemos discutido, querida. Por supuesto que me quedaré hasta la boda, pero después de eso debo regresar a Oakham. Aunque dónde usaré toda esta ropa —comentó, mirando al vestido de seda café que sostenía— no tengo idea.

—¿Sabes que hay que renovar la casa Gascoigne? Necesitaré de tus consejos.

La Señorita Phoebe sonrió y miró a Delfina. —¿Y yo soy quien escoges para ayudarte? ¡He vivido por diez años en una casita con goteras! Mi niña, no me necesitas. —Siguió doblando su ropa. —Te lo he dicho ya. Las parejas recién casadas necesitan su privacidad.

—Hay sesenta cuartos en Gascoigne Manor. Dudo que falta de privacidad sea un problema. Probablemente tendremos problemas para encontrarnos en una casa tan grande.

Su acompañante sonrió un poco ante ese comentario, pero continuó empacando su ropa.

—¡La ropa blanca! —exclamó Delfina, llena de inspiración—. Eres magnífica con la ropa blanca, y solo piensa en cuánta hay sin que se le haya dado el cuidado adecuado en Gascoigne Manor. Supongo que serán montañas y montañas.

—Podría... —empezó a decir la Señorita Phoebe, pero se detuvo. —No, es absurdo que me invites a vivir con ustedes. Ya has hecho demasiado...

—¡Mi prometido es adicto a los eventos deportivos!

—¿Qué...?

—A veces sale de la casa por horas, incluso días. ¿Con quién voy a hablar entonces?

—Vamos, Delfina, sé que quieres ser buena conmigo...

—No, no es así. —Tomó la mano de la Señorita Phoebe y se sentó junto a ella diciendo —Pasé mucho tiempo sola en la Casa Delacroix. No tienes idea. Por favor, Phoebe, no me hagas pasar eso de nuevo.

La Señorita Phoebe abrazó a su amiga y se puso a llorar. —Querida, si realmente eso es lo que quieres... —contestó.

Delfina le dio unas palmadas en la espalda, sonriendo.

\*\*\*

Esa noche, se llevó a cabo la última reunión del *Club de Casados o Muertos*.

—Señores, todos, a excepción de uno, logramos escapar de este club mal concebido con nuestro honor intacto (a penas) y una nueva vida —brindó el vizconde—. Enterremos sus huesos y sellemos la tumba, y de aquí en adelante nos reuniremos solamente como amigos.

—¡Llevaremos el secreto a la tumba! —brindó el Marqués.

—¡A la tumba! —contestaron los demás.

# Contenido

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

[Nota del Autor](#)

[También disponible](#)

# Nota del Autor

Queridos lectores,

Ha sido un encanto para mí que mis dos novelas de la Regencia anteriores han sido aceptadas de tan buena manera, y espero que hayan disfrutado de la aventura de Delfina. De ser así, ¿podrían ser tan amables y ayudar a otros para que encuentren este libro, dejando **una reseña en Amazon**?

También les recuerdo que pueden encontrar mi historia corta, *Angelique y la Búsqueda del Destino*, en inglés, en el siguiente enlace: <http://bit.ly/2vXZLhh>

No es muy larga, pero ¡creo que es mi historia favorita!

Me gustaría darles las gracias a muchas personas, incluyendo mi equipo de lanzamiento y el sinfín de personas involucradas en publicar un libro, especialmente Margaret Bandy y Denni Li, quienes fueron lectores beta fantásticos.

Pueden seguirme en Twitter [@aliciaclarissa2](https://twitter.com/aliciaclarissa2) o en Facebook:

<https://www.facebook.com/aliciacameron.100/>

Me encanta saber acerca de mis lectores, y pueden contactarme directamente en la dirección siguiente dirección: [alicia@aliciacameron.co.uk](mailto:alicia@aliciacameron.co.uk).

Feliz lectura,  
Alicia

## También disponible

Como libro de portada suave, libro electrónico (inglés y español) y audiolibro

### **Espanol**

[Clarissa y las mujeres sin importancia \(Spanish Edition\)](#)

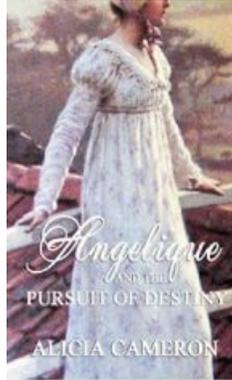
[Honoría y la Obligación Familiar \(Spanish Edition\)](#)

### ***Novelas policiales del mismo autor con otro nombre***

[Adivinando un Asesinato \(suspenso romántico, Andromeda:1\) \(Spanish Edition\)](#)

[Adivinando lo Perdido \(Spanish Edition\)](#)

¡Gratis!



La marquesa de Cabernet, su abuela materna francesa, la miró con ojos brillantes cuando Angelique tenía apenas diez tiernos años y le dijo –Si hay algo que quieres en la vida, mi ángel, no le creas a nadie que te diga que no lo puedas lograr.

© *Alicia Cameron, 2018. El derecho moral de la autora se hace valer.*